



~~275 e. 21~~
~~274. e. 19.~~
Vet. Span. III. B.53
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.
M
1895



2 Vols 3/-

LA IBERIADA.

POEMA ÉPICO

À LA GLORIOSA DEFENSA

DE ZARAGOZA,

BLOQUEADA POR LOS FRANCESES

DESDE 14 DE JUNIO HASTA 15 DE AGOSTO DE 1808, Y

DESDE 27 DE NOVIEMBRE DE ESTE AÑO HASTA

21 DE FEBRERO DE 1809.

POR

EL P. F. RAMON VALVIDARES Y LONGO,

MONGE DEL ÓRDEN DE SAN GERÓNIMO DEL MONASTERIO

DE BORNOS, E INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA

DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA.

TOMO I.

CADIZ:

IMPRENTA DE D. VICENTE LEMA: 1813.

AL REY NUESTRO SEÑOR

D. FERNANDO VII, Y EN SU NOMBRE

A LA REGENCIA DE LAS ESPAÑAS.

SERENISIMO SEÑOR.

La benéfica proteccion que han hallado las letras en todos tiempos baxo la sombra honrosa de los poderosos no tan solamente las ha elevado á un eminente grado de esplendor y de gloria, sino que ha sido tambien como el resorte de la pública felicidad. Debaxo de ella los labios

del sacerdote guardan la ciencia de la deidad y del culto: el jurisconsulto con su aplicacion y talento mantiene en un recto nivel la balanza de la ley y de la justicia: el médico sacrifica sus tareas á la salud de sus semejantes: el físico se afana en descubrir los arcanos de la naturaleza en obsequio del bien comun: el historiador y el poeta cantan y dibuxan con los colores mas expresivos las gloriosas hazañas del guerrero para animar á los demas á su imitacion; y en fin, no hay sábio alguno que dentro de su esfera no forme los planes mas útiles á la sociedad, alentado siempre por alguna mano bienhechora que mueve una máquina tan uniforme y agradable.

No hubiera tal vez llegado Roma á gozar de su tranquilidad entre las tur-

bulencias que la agitaban, si el talento superior de un Virgilio no hallase un tan grande escudo de proteccion en las personas de Octavio Augusto y su ministro. Cubierto de ella se dedicó à formar un poema que fué sin duda el antídoto contra las dolencias que debilitaban el imperio, y baxo la corteza de su fábula escondió un sazonado fruto de moralidad que él solo bastó à domar la fiereza de aquellos pechos rebeldes.

Tales son los efectos de una diestra pluma quando el buen gusto y la aficion á la literatura forman el carácter de aquellos grandes hombres que se hallan á la cabeza del Gobierno.

Convencido yo de esta verdad, no he dudado consagrar á V. A. el presente poema, satisfecho que llenará tal

vez sus deseos y los altos fines que me he propuesto en su publicacion, si separando de él los muchos defectos que lo obscurecen, fixa su alta consideracion en los innumerables bienes que pueden resultar á la Patria de su lectura y meditacion.

El nos anima á la empresa mas noble, vivifica el sagrado fuego de nuestro patriotismo, alienta nuestra flaqueza, corrige nuestro egoismo y ambicion, refrena los excesos del amor propio, enseña la subordinacion y disciplina del soldado, descubre los sangrientos males de la desunion y nos convence del inminente riesgo con que nos amenaza nuestro infundado temor y desconfianza.

El mantendrà siempre viva la memoria de una traycion enorme con que

un vil usurpador atacó nuestros derechos, conservará perpetuamente los hechos ilustres de nuestros compatriotas que con tanto honor supieron defenderlos, estimulará nuestra constancia para imitarlos y transmitirá á la posteridad el augusto nombre de un Monarca sacrificado á la tiranía, y el de sus leales vasallos que supieron vengar sus injurias á costa de su propia sangre: en una palabra, él solo bastará à romper nuestros eslabones y levantar el estandarte de nuestra libertad, si exâminamos detenidamente los exemplos ilustres que nos propone, las saludables màxîmas que nos inspira, la interesante dòctrina que nos suministra y las sublimes ideas que nos presenta en todo su contexto. Estas reflexiones tan solas me han impulsado

á poner baxo los auspicios de V. A. una obra tan propia de su zelo patriótico, y que tan justamente le pertenece como á representante dignísimo del augusto Monarca á quien se consagra.

Dígnese V. A. protegerla con el escudo de su relevante nombre, para que cubierta con él contra los ataques de la emulacion, logre yo cooperar á los justos deseos de V. A. y ofrecerle mis escasos talentos en señal de mi respeto y veneracion.

SEÑOR:

A L. P. de V. A. S. su mas atento Capellan.

Fr. Ramon Valvidares.

RAZON

Y

PROSPECTO DE ESTE POEMA.

Las hazañas y hechos memorables de aquellos varones ilustres que derramaron su sangre valerosamente en los campos de batalla por la felicidad de su patria, no tan solamente dexaron á la posteridad unos brillantes rasgos de heroismo que excitasen justamente su admiracion, sino que fueron tambien el modelo mas acabado por donde los venideros pudiesen formar el hermoso quadro de sus virtúdes militares y políticas; mas estos relevántes exemplos serian desconocidos enteramente de las edades futuras, si no apoyasen su exístencia y perpetuidad sobre el esmero infatigable de aquellos célebres poetas que con tanto decoro y belleza nos presentaron en sus versos y canciones unas empresas tan gloriosas, y al son de su templada lira cantaron su fortaleza y constancia para despertar los ánimos de todos los hombres á su imitacion.

De aquí es que los antiguos Romanos condecoraron del mismo modo á los capitanes victoriosos que á los poetas panegiristas de sus triunfos; porque así como los unos con los esfuerzos de su valor encendían los pechos de sus admiradores y los estimulaban á las acciones mas elevadas, los otros escribiendo sus hechos, realzando sus victorias y perpetuando sus nombres, inflamaban no ménos los corazones mas tímidos para caminar por aquella carrera y alcanzar la gloria que ellos merecieron. Á esto alude Pitágoras quando dice *que las obras de los poetas entre todas eran las primeras que debian leerse y conservarse; porque en ellas se nos elogian y cuentan los hechos y proezas de aquellos hombres que se hicieron famosos por sus virtudes, á fin de que los jóvenes impelidos de una noble emulacion se muevan á copiar las acciones gloriosas de sus mayores.*

No es necesario mas que dar una ojeada sobre los maravillosos efectos que han producido los célebres poemas de aquellos tiempos para conocer las grandes ventajas que llevaban sus autores á los mismos generales y soldados que en ellos realzaban; porque estos á la verdad, solo aprovechaban con sus exemplos á los naturales de aquel país que ennoblecían con sus brillantes acciones;

pero aquellos, á pesar de las mudanzas del tiempo, de la distancia de los lugares y del transcurso de los siglos, nos conservaban unos vivos modelos de valor, de fidelidad y de constancia, que corriendo de generacion en generacion, traspasando los climas mas remotos y venciendo las opacas sombras del olvido, brillan y relucen hasta nuestros dias con las virtudes de sus héroes, y se conservan siempre en la memoria de todos. Mayores victorias alcanzaron los Lacedemonios de los Mesenios por el fuego poético de un Tirteo que les enviaron por capitan los Atenienses, que por el de su valor y arrogancia.

Ningunos otros conocieron mejor esta verdad que los ya citados Romanos, quando para alentar á sus generales y soldados, acostumbraban en los convites y fiestas presentarles diestros músicos que les cantasen en armoniosos versos aquellos hechos mas notables de sus antepasados.

No sé qué género de atractivo tiene la poesia sobre todas las demas ciencias, que embelesado el ánimo con la dulzura de su consonancia, con la grandeza de sus pensamientos, con la elevacion de sus conceptos, con el encadenamiento de sus ideas, con la gravedad de sus sentencias, con la moralidad de sus máximas, con la vive-

za de sus imágenes y con el maravilloso artificio de sus máquinas ó deidades, se mueve y estimula á repetir con gusto la lectura de un hecho memorable, y queda mas impreso y fixo en su memoria que otro alguno destituido de semejantes gracias y artificiosos adornos.

A ellos han debido su conservacion y perpetuidad las acciones gloriosas del Romano, las ilustres victorias del Griego y las hazañas y triunfos de casi todas las naciones. Por ellos viven y vivirán siempre los famosos conquistadores de Arauco, los subyugadores del orgullo Mahometano, los esforzados brazos que reprimieron la rebelion de Granada, la intrepidez y constancia de los Numantinos, los célebres vencedores de Lepanto y otras empresas admirables que hasta hoy subsisten contra la inconstancia y vicisitud del tiempo que todo lo consume.

Movido pues de estas consideraciones nuestro Supremo Gobierno, y reflexionando que la constante defensa de Zaragoza era sin duda una de las acciones mas gloriosas para nuestras armas, y acreedora por lo tanto de perpetuarse entre los fastos de la nacion para modelo y exemplar de sus ilustres hijos, tuvo á bien el acordar que se estimulase con honores y premios á los sábios ora-

dores y poetas, á fin de eternizar en sus discursos y poemas un hecho que inmortalizará nuestra fama, alentará la constancia y fidelidad de nuestros verdaderos compatriotas y confundirá la timidez y perfidia de los espúrios que conspiran contra su patria ó la abandonan en su mayor peligro y necesidad.

Para llenar estas ideas en toda su extension y cooperar por mi parte al lustre, decoro y felicidad de esta madre comun tan digna de nuestros desvelos y sacrificios, me propuse, luego que se publicó el noble pensamiento del Gobierno, escoger aquella clase de composicion poética que mejor reuniese y enlazase todos los medios concernientes á tan altos fines y que suministrase mas auxîlios para la consecucion de tan relevantes designios.

Á este fin traté de formar no una breve oda ó algun poema tan sucinto que no bastase á elogiar debidamente el mérito y valor de nuestras tropas y el heroismo de sus gefes; pues aunque estas obras merezcan la atencion de los sábios si se executan y desempeñan dignamente, son al fin unos monumentos que por su brevedad no pueden conservar todos los hechos notables de un heroismo tan brillante, ni abrazar muchas cir-

cunstancias y puntos históricos que son indispensables en el dia para exîtar nuestro patriotismo, y el odio que todo español debe tener á la perfidia del usurpador tirano. Por esta causa me determiné á trabajar un poema épico en que la novedad á lo ménos consiguiese lo que no pueden lograr otras composiciones de mucho mérito; y la narracion circunstanciada de nuestras presentes revoluciones y guerras, enlazada en sus episodios moviese la curiosidad para leerlo y conservarlo como un perpetuo despertador de nuestro heroismo y de nuestra cautela.

Con estas reflexiones me animaba á la empresa; pero no podia dexar de acobardarme lo arduo y dificultoso de ella. Consideraba atentamente que una obra de esta naturaleza era el último esfuerzo del entendimiento humano, en frase de los sábios maestros, y que por lo tanto exîgia unos vastísimos conocimientos y particular instruccion en muchas materias análogas á su constitucion: que era necesario para esto meditar y leer mucho tiempo, ó como se expresan algunos, por espacio de veinte años, y que en el corto plazo de sesenta y seis dias señalado para su publicacion, ni aun era posible formarse el plan de la fábula con aquella grandeza que pe-

día la sublimidad del asunto: que tratándose en un poema semejante de muchos puntos pertenecientes á la mitologia, á la geografia, á la política, á la historia, á la moral y á la filosofia, no se debia carecer de los principios elementales de estas ciencias, mayormente en el que yo intentaba formar, cuyo plan exigia tambien por lo ménos una noticia general de la física, de la náutica, de la arquitectura civil y militar, de la táctica y estratégica, de la topografia y astronomia con otras muchas materias que en él se tocan. Veía que una obra de esta clase, si su fábula ha de ser grande, ilustre y maravillosa, debe estar adornada de pensamientos sublimes y brillantes, de pinturas é imágenes expresivas, de máximas políticas y filosóficas, de figuras y tropos acomodados, de metáforas y translaciones significativas, de armonia y claridad que deleitase, de episodios instructivos y deducidos sin violencia, de razonamientos tropológicos y propios de los interlocutores, de varios géneros de estilo correspondientes á las personas que hablan, y ultimamente, de todos los adornos peculiares de la poesia, y principalmente de la epopeya.

Miraba tambien las innumerables reglas que

es preciso guardar en ésta, y qué pocos de los mejores maestros del arte han acertado á practicarlas: que era necesario inspirar en todo el poema alguna máxima moral, ó proponer artificiosamente la idea de un perfecto héroe militar: que se debia sostener el carácter propio de este, sin implicarlo en sus virtudes: que tanto á él, como á las demas personas dependientes de esta cabeza principal se debian presentar con aquella heroicidad y decoro correspondiente á su grandeza y á la calidad ilustre de que deben estar adornadas: que las virtudes de estas tampoco debian contradecirse entre sí, ni destruirse en un mismo sugeto, y que al pintar las costumbres de cada uno era indispensable guardar las quatro calidades de *bondad*, *conveniencia*, *igualdad y semejanza* que distinguen á una persona de otra: que debía usarse con mucho tino de las máquinas ó deidades para conservar la propiedad y verosimilitud de la fábula: que debía ésta guardar las unidades y proporciones necesarias para que no fuese monstruosa; y por último, que debia ser de justa grandeza, y tener su principio, medio y fin, enredo y solucion ó *catástrofe* que la hiciesen ordenada y metódica.

Atendido todo esto era preciso desfallecer en

en mi propósito, y mas quando consideraba que el maestro de los poetas despues de once años de trabajo, mandó quemar su Eneida por parecerle poco limada, y que todos los demas que le han seguido en semejantes obras han sacrificado no ménos tiempo á su formacion, siendo muy pocos los que han llenado el concepto de los sábios y literatos de buen gusto: así que ya intentaba desistir de mi empeño, quando las insinuaciones y respetos de algunos amigos de la primera gerarquía, á cuyos deseos no pude menos que condescender gustoso, me estimularon á complacerles y emprender en obsequio de la Patria y de nuestro Monarca esta presente obra, que si bien era sobre todas mis fuerzas, debe por lo tanto ser mas digna de indulgencia que ninguna, atendidos los motivos que he tenido para formarla y á la escasez del tiempo en que la he concluido. Bien notorio fué á todos el que prefixó la junta Central para la presentacion de estos poemas; y que no fué este de los últimos, pero las circunstancias desgraciadas de aquellos dias impidieron al gobierno realizar su promesa en órden á la adjudicacion de los premios; por cuyo motivo traté luego de recoger esta obra con el fin de limarla y aumentarla

baxo el plan que siempre me habia propuesto, y no me dexaron desenvolver entonces los estrechos límites del plazo señalado; mas la invasion repentina del enemigo sobre nuestras provincias apenas me dió lugar para ponerme en salvo y buscar la seguridad de mi vida en el reyno de Portugal, donde ya libre de nuestros asesinos he logrado llenar mis ideas, no sin los grandes trabajos y angustias que debian acompañar á los peligros de que siempre me he visto amenazado: en este conflicto, caminando de pueblo en pueblo y sin los auxîlios necesarios para continuar mi meditado proyecto, he añadido al poema otros dos cantos sobre los diez de que ántes constaba, comprehendiendo en ellos un nuevo episodio acerca de la gloriosa batalla de Baylen y algunas materias instructivas é interesantes para nuestros dias: he procurado asimismo elucidarlo con notas eruditas, que le sirven como de comento en todos los puntos históricos y científicos que en él se tratan, las que he colocado al fin de la obra para mas facilitar al lector por este medio la inteligencia de ella, y darle una exâcta idea del orígen, antigüedad, hechos memorables y demas circunstancias de aquellos héroes, deidades y personas que en ella se comprehenden; de suerte, que en el pre-

ciso término de siete meses, contando en ellos los dos primeros señalados por el gobierno antiguo, he conseguido formar un poema de ocho mil versos con el argumento histórico de la accion principal que le antecede, término á la verdad tan escaso, que él solo bastará á cerrar la boca del censor mas rígido, quando consideráre que el autor de la Eneida no gastó ménos en la formacion de cada uno de sus cantos ó libros; pero si á pesar de todo, abriere no mas que el ojo de su malicia para descargar el tiro sobre los muchos defectos que confieso tiene esta obra, y acompañan siempre aun á las mas acabadas y recomendables de de esta clase; dígnese no cerrar el de su sinceridad para confesar ingenuamente lo que en ella hallare de utilidad y provecho.

Si con esta sana intencion la miráre, puede ser que le encuentre alguna cosa digna de recomendacion, tanto por los importantes objetos que abraza, como por la pureza de su castellano y claridad que he procurado observar en ella, así en el órden de sus voces y frases, como en el plan de la fábula. Esta es muy sencilla é inteligible en todos los doce cantos de que se compone, sin carecer por eso de aquella justa grandeza y sublimidad que deben caracterizar á la fábula épica.

En el primer canto introduzco á Minerva diosa de la guerra y de las ciencias protegiendo á los Celtíberos en la capital de esta provincia, y á Jove su padre desvelado en favorecer sus designios; pero envidiosa Pirene ó Francia, genio infernal y monstruo horrendo de semejante proteccion, por mirar á su parecer abatida su gloria con la prosperidad de esta gente, suscita á la Discordia precursora de Marte para que arme á este contra la Iberia y principalmente contra la capital de Aragon: así lo executa por sus persuasiones maliciosas, y enciende la guerra ayudando á Pirene contra la nacion española. Palas entonces implora el favor de su padre Jove, y este la destina para que como diosa de la paz y de la guerra baxe á defender al pueblo Ibero y dirigir con sus consejos á Palafox general de Aragon.

CANTO II. En cumplimiento de este superior mandato de Jove, baxa Minerva y se aparece al Gefe entre las perturbadas sombras del sueño; le inspira su esfuerzo y valor, y dándole sábias instrucciones sobre su encargo y mision, le promete su ayuda y desaparece: animado el General con esta vision reune sus tropas y gefes; les manifiesta el motivo y orígen de la presente

guerra, y los exôrta á sostenerla con la narracion que les hace de todos los acontecimientos precedentes á ella desde la revolucion de Francia hasta la nuestra, y es un episodio del poema con que se instruye al lector de las causas que nos han movido á una lucha tan justa, inflamando al mismo tiempo el heroismo de todo verdadero español para vengar sus injurias y romper sus cadenas.

CANTO III. El enemigo ayudado del fiero Marte se presenta sobre los campos de Aragon, y Palafox le sale al encuentro; pero ántes hace á sus tropas un sábio razonamiento, con el que enciende el fuego de su valor y patriotismo, y se traba un sangriento combate, en el que llevan los españoles la peor parte, entregándose á una inconsiderada fuga; mas alentados con una exôrtacion que les hace el Gefe junto á los muros de Zaragoza, acometen segunda vez á sus contrarios, y los derrotan completamente en el sitio llamado de las Eras.

CANTO IV. Continúa la batalla con diversos sucesos hasta la fuga precipitada del enemigo, y registrando despues el campo de la guerra los gefes y soldados españoles, hallan á un muchacho de trece años muerto sobre un frances,

aferrando con sus dientes el rostro de su enemigo, que se hallaba tambien difunto á los esfuerzos de su valor: con este motivo les hace Palafox un discurso enérgico para confirmarlos en su constancia y llenar de confusion al tímido y cobarde con el exemplo del muchacho que tenían presente.

CANTO V. Retirados ya del campo los soldados con su general, ocupan aquellos sus quarteles, y este con sus gefes vuelve á su casa donde les prepara un magnífico convite para refrigerarlos de sus fatigas: en él refiere un oficial marino la sangrienta batalla de Trafalgar de que habia sido testigo; y es otro episodio deducido del primero, donde Palafox habia dexado pendiente este suceso para contarlo de propósito en ocasion mas oportuna, y acabar de instruir á los oyentes en todos los hechos de la perfidia francesa desde su alianza con la España.

CANTO VI. Prosigue el combate de las esquadras, y cuenta tambien el Marino la horrible tormenta que se siguió despues de la batalla: concluye al fin su relacion, y hace Palafox un grande elogio de la instruccion é imaginacion poética que habia manifestado en la narracion de esta historia, con cuyo motivo forma algunas

reflexiones instructivas sobre las excelencias de la poesia: se retira despues á recogerse, y se le aparece Albión entre sueños, donde tienen los dos un dulce coloquio en el qual ella le promete dispensar á su nacion todos los auxilios necesarios para contrarrestar al enemigo; mas estando el Gefe gozando en su transporte de tan augusta vision, despierta turbado con el estruendo de la guerra que ya hacia el contrario sobre la ciudad.

CANTO VII. Encendido el combate por una y otra parte con el mayor ardor y valentía, se ven los enemigos obligados á abandonar el campo; mas reunidas todas sus fuerzas, atacan con mayor vigor á los nuestros, que tienen que ceder al fin á su gran número y disciplina, replegándose á la ciudad de Calatayud, desde donde se parten con Palafox á Zaragoza: á este tiempo se hallaba el hermano del Gefe juntando algunas tropas para auxiliarle; y descansando aquella noche, le envia Minerva la ninfa Iris mensagera de los dioses, la qual se le aparece entre el sueño, y le avisa del peligro en que se hallaba su hermano, mandándole que se levante y camine á su socorro: despierta con esto atemorizado, y tomando el sueño por presagio de algun suceso desgraciado, marcha con su gente á Zaragoza: los

enemigos acometen á la ciudad, y esta les hace tan gloriosa resistencia, que se ven precisados á retirarse; pero recorriendo Palafox todos los puntos avanzados, y reclinado algun tanto sobre la márgen del Ebro, se queda dormido, donde se le presenta la imágen del rio mostrándole en un pergamino el retrato de una muger que en aquel mismo dia se distinguiría con los exemplos de valor mas dignos de la admiracion: el General absorto de tan alto modelo de patriotismo, intenta arrebatarlo para eterna memoria de su nacion, y en este empeño despierta repentinamente; y escucha el estruendo de los enemigos que batían ya la ciudad por varios puntos, y se internaban por sus calles: los aragoneses rechazaban sus fuerzas con indecible constancia, y andando Palafox animándolos con su presencia, descubre á la muger que le había mostrado Ebro en el sueño, haciendo vivo fuego con un cañon, y contrarrestando con la mayor constancia á sus contrarios: el Gefe se acerca á ella despues de retirados los enemigos, y dispensándola los debidos premios y gracias á que se hizo acreedora, prorrumpe en una declamacion patética á favor de su heroismo, que es tambien una invectiva contra los pérfidos y cobardes.

CANTO VIII. Decidida del todo la batalla á favor de los aragoneses, prepara el Gefe á sus oficiales una gran funcion para celebrarla, donde al son armonioso de dulces instrumentos cantan los hechos memorables y señalados triunfos que alcanzaron sus antepasados de la nacion francesa; pero en medio de tanta celebridad y contento baxa la Victoria precedida de la sonora Fama y apoyada sobre el Torrero convida y llama la atencion del pueblo aragonés para que escuchase los grandes sucesos que iba á anunciarle: entónces saca de su seno un hermoso libro guarnecido de diamantes, en el que comienza á leer en voz alta la insigne y memorable batalla de Baylen, babiendo precedido antes un digno elogio que hace la diosa del héroe principal de esta accion.

CANTO IX. Contiuúa Victoria la relacion de esta batalla hasta su conclusion, y es otro episodio del poema y una de las partes de nuestra historia presente: en aeabando la narracion, resuenan los aplausos y aclamaciones de todo el pueblo, y al son de repetidas salvas y repiques de campanas expresa su contento y alegria, con lo que noticiosos los enemigos de estos sucesos y amedrentados de tal derrota, huyen precipitados de la ciudad y levantan el cerco reuniendo

todas sus fuerzas sobre la márgen del Ebro: la Fama entónces convoca con su clarin sonoro todas las tropas de la nacion, y uniéndose á ellas Palafox con las suyas, oponen mutuamente sus fuerzas al comun enemigo; mas viendo el sangriento Marte frustradas todas sus intenciones y designios, recurre á la Discordia su precursora, y le hace una breve alocucion sobre el ultrage que sufre en la empresa que tomó á su cargo por sus exôrtaciones y consejos: ella mas irritada y furiosa con esto, desciende al Averno, y reuniendo sus ministros infernales, separa entre ellos á la Perfidia, á la Ambicion, á la Emulacion y al Egoismo, y haciéndoles un sucinto razonamiento, marcha con ellos adonde se hallaban nuestros exércitos; se lanzan todos entre las filas y esquadrones, y logran desunirlos con la ponzoña cruel que vierten sobre los pechos de gefes y soldados: Palafox temiendo de aquí la vuelta del enemigo sobre Zaragoza, recoge su gente y se retira á esta capital para tratar de su defensa: con este motivo hace un sábio discurso á sus tropas sobre los funestos males que se siguen á la desunion: los contrarios vuelven á poner el cerco á la ciudad, y los

Españoles la defienden con el mayor teson y bizarría.

CANTO X. Descansando una noche el valeroso Palafox de sus fatigas, y acongojado su espíritu con las desgracias de su patria, se queda transportado en un profundo sueño, en el que se le vuelve á presentar Minerva, y arrebatando su turbada fantasia, le muestra el gran órden y armonia de los cielos, el movimiento y curso de los planetas con otros muchos secretos y prodigios que allí le descubre. De aquí baxando luego sobre las llanuras del Bétis, le manifiesta desde un monte los ricos tesoros y producciones que habia reunido naturaleza en aquel hermoso país; pero absorto el Gefe con perspectiva tan lisongera, le retira la diosa inmediatamente para mostrarle otro lienzo mas conforme á su profesion, donde hallaría su heroismo un digno modelo de sus empresas militares: con este designio le arrebata segunda vez por los ayres, y llegando al templo de la Fama, le va manifestando los bustos de aquellos héroes mas señalados en todas las naciones por sus triunfos y conquistas, comenzando desde el tiempo de los Egipcios hasta la gloriosa época de los valientes Españoles del siglo diez y ocho: allí le hace una breve relacion de

sus memorables hazañas, animándolo con ellas á imitar su constancia.

CANTO XI. Continúa Palas mostrando al Héroe los demas adornos que hermoseaban el templo, y entre ellos le descubre una linda série de paises y lienzos delicados donde se veian por su órden todas las quatro partes de la tierra con sus islas, provincias y principales ciudades: llegando á la Europa, advierte Palafox la falta de algunos reynos y estados que no se describían allí, y preguntando á Minerva la razon de tan notable defecto, iba ya la deidad á instruirle sobre el motívo de él; quando Fama infundiendo su espíritu y vida en la imágen suya que presidía en el templo, le habla por su boca, satisfaciendo á su pregunta; y acabando con un sábio razonamiento en que elogiaba á sus compatriotas de la constancia y heroismo que tanto los distinguia, vuelve otra vez á su antiguo ser, quedando estatua muda como antes: entonces Minerva conduce al Héroe á una puerta que daba paso á unos amenos campos, donde le introduce por una osbcura gruta y le hace baxar á la tartárea region para mostrarle en ella los crueles tormentos con que se castiga la traycion: allí le presenta al pérfido conde D. Julian, que era el objeto de tan

duros suplicios, el qual le hace un patético discurso sobre los males que causa la perfidia, exôrtando á todos á huirla con su lamentable exemplo, y en estos dos cantos se incluye otro episodio en el que se instruye al lector de varias materias útiles é interesantes.

CANTO XII. Mientras que Palafox contemplaba entre el sueño tantas cosas dignas de su admiracion; Marte desesperado ya de vencer á los Celtíberos, acude á Pandora para que derrame sobre Salduba la caxa de sus dolencias y enfermedades, solicitando por este medio lo que no habia podido lograr por la fuerza de sus armas: asi lo executa esta por sus ruegos y persuasiones, y entrando en la ciudad vierte sobre ella su pestilente cofre, con lo qual comienza á encenderse en el fuego devorador de una maligna fiebre que hace perecer la mayor parte de sus habitantes: Minerva al ver la afliccion de su pueblo, se retira de la presencia del Héroe á quien conducía en su transporte, y vuela á su padre Jove adornada de la mayor belleza y hermosura: llegando ante su trono le pide con tiernas lágrimas el remedio de tan duros males, y él la consuela revelándole lo que habían decretado los hados á favor del suelo español; y pa-

ra que sus naturales tuviesen ya algun alivio en sus penas, llama al sangriento Marte y á la Discordia, y haciéndoles un razonamiento sobre los daños que causaban con su furor y astucia detestable, que es el epílogo ó recapitulacion del poema, les amenaza con sus iras, sino separaban ya su rigor de los términos del Ibero, y lanzando al mismo tiempo un vibrante rayo, huyen ellos temerosos ácia el norte de la Europa para encender allí de nuevo la guerra, siguiéndoles tambien Pandora despues de haber dexado herido á Palafox de la contagiosa fiebre: al estrépito que hizo el rayo despierta el Gefe turbado, buscando entre su delirio á la diosa que habia perdido en la obscuridad del abismo infernal; pero al querer incorporarse, cae desmayado y sin fuerzas con el ardor de la dolencia que le consumía los huesos: en este estado se le acerca la Melancolía en trage obscuro y triste, y bafeando su negro aliento, le aprieta tres veces el corazon; con lo que ya bañado en un sudor frio, comienza á desfallecer por instantes; porque Jove queriendo hacerle mas glorioso por este medio y constituir su felicidad en la última victoria que habia de alcanzar de la muerte como complemento de todas las demas; le conduce

hasta los umbrales del sepulcro, en cuya situacion se le presenta un pavoroso espectro armado de una segur, y haciendole un breve discurso sobre la verdadera felicidad del hombre: intenta herirle con la guadaña que traia en la mano; pero espantado y temeroso de cortar aquella inmortal vida, huye luego precipitado, y el digno Gefe queda mas lleno de gloria con este triunfo: entónces baxa la Fama, y esculpiendo su relevante nombre sobre una lámina de bronce, lo conduce á su templo, donde lo dexa colocado entre los de aquellos héroes ilustres que en él habia visto.

Este es todo el plan de la fábula, en la que he procurado seguir en lo posible el recto y trillado camino de los dos grandes maestros que tenemos en esta materia, sin cuya guia tropezarémos á cada paso en una vereda tan escabrosa; pero he querido principalmente imitar á Virgilio, tomando algunos de sus pensamientos é imágenes, porque juzgo que no será de mayor mérito producir una idea original, que traducir ó imitar las de un autor tan clásico é insertarlas entre las mias como su mayor adorno. Me he propuesto asimismo en esta obra conciliar del modo posible las diversas opiniones de los maes-

tros de la epopeya y seguir el uso mas comun acerca de sus diversas partes. Por esta causa he querido dar á mi Héroe un éxito feliz de que le privaron las circunstancias desgraciadas en que se vió la insigne Zaragoza en su último sitio, estableciendo su felicidad en las repetidas victorias que alcanzó hasta el fin, no solo de las armas enemigas, sino tambien de las mismas cadenas y hierros, prefiriendo antes la prision á una esclavitud vergonzosa en que se constituía siguiendo el partido del tirano: no ménos hago ver su felicidad en el triunfo que consiguió de la muerte que le rodeó tan de cerca é hizo perecer la mayor parte de sus tropas, perseverando siempre fiel á la patria y á su monarca que es la mayor gloria y honra del hombre.

Por esta misma razon no debe extrañar el lector el que siempre haga aparecer á las deidades entre las sombras del sueño, quando se trata de exôrtar ó ayudar á un héroe cristiano; porque siendo á mi parecer tan impropio é inverosimil que un poeta de esta clase introduzca á Venus armando á D. Juan de Austria con el escudo y armadura que le habia fabricado Vulcano, mezclando con esto al mismo tiempo el estandarte de la fé; como el que por solo su antojo

traiga al retortero á los dos grandes príncipes de la milicia celestial, haciendo servir de embaxador para Gofredo al que solo destinó Dios para las mas sublimes embaxadas del cielo; he querido por lo tanto adoptar este medio entre las dos opiniones, pareciendome que hay toda la posible libertad en la turbada fantasia del que duerme para representar en ella algunos pasages maravillosos que serian impropios é inverosímiles en el que se halla despierto. No milita tal inconveniente quando se presentan dos ó mas deidades fabulosas hablandose ó ayudandose mutuamente; porque estas despues de estar entre sí baxo de un mismo órden y clase, no hace entónces el poeta otra cosa que usar de la fábula representandola con los mismos colores que la suministra la poesia para hacer la suya mas ilustre y maravillosa: tampoco lo he tenido en introducir á la Muerte razonando con Palafox, y á la Victoria con el pueblo de Zaragoza, porque en el primer pasage, aunque se supone al Héroe despierto, se le contempla al mismo tiempo perturbado con el delirio de la fiebre y melancolía, por cuya razon no es inverosimil el personalizarlas á todas tres como aquí se hace; y en el segundo no habrá alguno que ignore ser esta una figu-

ra ó alegoria la mas propia para significar la alegria y felicidad que se siguen á un triunfo de aquella clase, y la publicidad con que él mismo se comunica precedido de la fama que lo eterniza siempre en los anales de la historia, ó lo graba en el corazon de los hombres que es propiamente su templo.

Con este arbitrio he logrado conservar siempre la verosimilitud de la fábula sin privarla del uso constante de las máquinas ó deidades profanas que hacen su mayor adorno y belleza: él tampoco tiene nada de nuevo y violento, si se atiende á que el mismo Dios nos abrió este camino para declarar á los hombres misterios importantísimos por medio de unas figuras y alegorías que los daban á conocer, como se observa en los sueños de Jacob, José y S. Pedro, con otros varios que se hallan en los libros santos, por lo que no será importuno que yo lo siga en unas materias no tan altas é interesantes.

Ultimamente; he querido dar á mi Poema el título que en él se nota, por ser el mas propio y adequado para demostrar no solo la accion principal, sino tambien las particulares de nuestra historia que se comprehenden en sus episodios; porque debiendose tomar aquel, ó del nombre del

Héroe, ó del parage donde sucedió la tal accion que se le atribuye; habiendo sido esta sobre las márgenes del Ebro, ó en la primera provincia que de su nombre se llamó Iberia, y las demas que de ella se deducen haberse dado, ó por las armas españolas, ó en el territorio de la España que recibió despues el mismo renombre; no debia convenirle otro que el de *la Iberiada*, con el qual se significan todos los hechos memorables de los Españoles é Iberos contenidos en esta obra. Por iguales ó semejantes razones apellidó Camoens á su poema con el título de *Lusiadas*, donde se describen las hazañas ilustres de los Portugueses ó Lusos, y ha sido tenido de todos por muy adequado y conveniente al argumento sobre que gira. De este modo he procurado separar de esta obra todos los escollos donde puedan tropezar los críticos mordaces que solo buscan en los libros sus defectos y no sus bellezas; pero si este tuviere la desgracia de caer en sus manos, deberán saber que ni por ellos lo comenzé, ni he querido dexar de concluirlo por temor de su censura; pues vivo persuadido á que los hombres sensatos conocen las grandes espinas que hay en un camino tan arduo, y sabrán por lo tanto disimular los muchos tropiezos que ha-

bré dado en él, léxos de exâsperarse contra la flaqueza y debilidad de un ingenio que tan precipitadamente lo ha corrido hasta su fin y conclusion.

ARGUMENTO

HISTÓRICO

DE LÀ IBERIADA.

La valerosa y obstinada defensa de Zaragoza no solo ha merecido la justa admiracion del siglo presente, sino que tambien se hace acreedora á los elogios de los futuros, como digna recompensa del valor y del patriotismo: por esto nos ha parecido muy razonable que quando las Musas cantan las memorables hazañas de tan ilustres héroes, las perpetue tambien la historia en sus anales eternos, y hallen los venideros dibuxados con todos los colores posibles aquellos valerosos hechos que constituyen la gloria de su nacion. De este modo nada tendrá que desear su curioridad, y será mas acabado el modelo que deban proponerse para llamarse verdaderos hijos de su patria y legítimos succesores de sus antepasados.

La capital de Aragon llamada antiguamente Salduba, y ahora *Cesar-Augusta* ó Zaragoza, por haberla reedificado Augusto César, se halla situada en un valle del Ebro sobre su márgen derecha, comunicándose por un puente de piedra con un arrabal que tiene la ciudad á la orilla izquierda de este rio. Su terreno es muy abundante y delicioso, y

sus planicies todas se ven cubiertas de sembrados, olivos y frutales hasta llegar á las elevadas montañas que limitan su horizonte, y se situan á una considerable distancia de la ciudad : sin embargo, ella es dominada al S. O. por una eminencia llamada el monte Torrero, distante casi una milla de la poblacion, sobre la qual habia un convento y algunos otros pequeños edificios. Los muros de esta ciudad son débiles y de poca resistencia; sus puertas construidas con la mayor simplicidad, y su línea de defensa se halla prolongada por la tapia ruinosa de un jardin en algunos parages, por antiguos edificios en otros, y la mejor parte por los restos de una añosa muralla de tierra revestida de un mal parapeto; mas sin alguna plataforma aun para la mosquetería.

En tal estado de defensa no dudaron sus habitantes correr á las armas el dia 25 de mayo de 1808 para repeler la injusta agresion de sus enemigos, y levantados en masa confirieron el gobierno de toda la provincia al Excmo. Sr. D. José Palafox el menor de sus hermanos, que se hallaba en su casa de campo escapado pocos dias antes de Bayona, donde habia ido acompañando á su rey Fernando VII.

Quando tomó el mando del exército, halló que todas las fuerzas disponibles de Zaragoza no pasaban de 220 hombres : que los fondos públicos llegarian quando mas á 20 rs. vn.: que las provincias vecinas de Navarra y Cataluña eran dominadas enteramente por los franceses : que se hallaban descubiertos todos los pasos de los Pirineos que conducen directamente al reyno de Aragon, y que Murat con el principal cuerpo de sus tropas se apoyaba sobre Madrid, rodeando de este modo los enemigos todo aquel reyno; pero

confiado no obstante en el patriotismo del pueblo, él se atrevió á declarar la guerra á sus contrarios del modo mas solemne y arrogante.

En el principio de junio destacaron estos desde Pamplona 80 hombres de infanteria y 900 caballos contra Zaragoza, antes de dar lugar á su digno gefe de organizar alguna fuerza capaz para la defensa de la ciudad; pero el marques de Lazan hermano mayor de Palafox los atacó junto á Tudela con algunos paisanos armados, y á poco tiempo se vió obligado á ceder á la fuerza y á la disciplina, replegándose sobre Mallen, donde nuevamente tuvieron la desgracia de experimentar la insuficiencia de los cuerpos indisciplinados, quando estos se oponen á tropas reguladas.

Á 14 del propio mes se dirigieron los franceses á Alagon, diez y seis millas de Zaragoza; mas los habitantes de esta ciudad reunidos inmediatamente á la voz de su general, le obligaron por todos los medios posibles á que los conduxese al enemigo: á pocos pasos que anduvieron lo encontraron ya formado en órden de batalla sobre una planicie que le era muy ventajosa para su caballeria y artilleria volante, por lo qual luego conocieron los aragoneses la temeridad de su empresa, y se vieron obligados á replegarse sobre Zaragoza, sostenidos por 220 hombres de tropas disciplinadas y algunos fusileros de la provincia que se cubrieron de gloria: los franceses entonces avanzaron hasta bien cerca de la ciudad, tomando posicion en el valle del Ebro y parte opuesta de esta capital, donde se hallaban cubiertos por un terreno elevado y lleno de olivos: desde aquí destacaron luego un pequeño cuerpo de caballeria, que penetrando por la poblacion, pagó su arrojo con el destrozo de casi todas

sus fuerzas. Los aragoneses entre tanto habian colocado algunas piezas en las puertas, cubriendo asimismo las alturas y posiciones mas ventajosas de fuera con obras y baterias construidas precipitadamente.

Al siguiente dia atacaron los enemigos los puestos exteriores sobre el canal, mientras que su principal cuerpo tentaba el asalto de la ciudad por la puerta llamada del Portillo; pero los aragoneses embestidos á un mismo tiempo asi en los puestos avanzados como en las puertas, pelearon con tanto furor como indisciplina: su artilleria era servida por el primero que llegaba á ella: todos mandaban y obedecian alternativamente; mas todos eran animados por un mismo espíritu, y á pesar del desórden y la confusion, sus esfuerzos fueron al fin coronados por una completa victoria. Una partida enemiga quedó muerta dentro de la ciudad, donde le habia conducido su demasiado ardor; por lo que convencido el general frances de su flaqueza y debilidad, hizo retirar sus tropas y tomar posicion fuera del alcance de nuestra artilleria, dexando todo aquel campo cubierto de cadáveres: entre ellos se encontró el de aquel valeroso muchacho de doce años que con tanta razon elogiaron los papeles públicos y hemos querido colocar en este poema como uno de los mas raros modelos de valor é intrepidez: en él se hace mencion de sus memorables hazañas, y por lo tanto omitimos referirlas en este lugar.

Esta accion tan ventajosa para las armas aragonesas hizo respirar un poco á Zaragoza de los trabajos, y se vió libre de sus enemigos por algun tiempo; pero sin medios de sustentar por mucho el bloqueo de que se veia amenazada: sus fortificaciones eran murallas de tierra: su ar-

tilleria gruesa ninguna, y su exército muy pequeño para emprender alguna surtida contra las obras enemigas; mas su confianza en Dios, en su valor y en la justicia de su causa era tan grande que la hicieron superar todos los obstáculos, y el pueblo se resolvió á defender las calles de la ciudad hasta el último trance. A este fin partió el general de Zaragoza con el designio de juntar algunos refuerzos y medios para resistir un cerco, y proveer á la defensa de aquel reyno si la capital llegase á sucumbir: halló 1400 soldados que habian escapado de Madrid, y una pequeña division de milicias fixas de Calatayud. Con estas cortas fuerzas atacó á los franceses, y marchó despues á Epila con el ánimo de pasar á Muela y encerrar al enemigo entre su exército y la capital; mas los españoles fueron atacados repentinamente en Epila, y obligados á ceder al mayor número y disciplina, replegándose con las reliquias de este exército sobre Calatayud, de donde pasaron á Zaragoza no sin grandes dificultades.

Reforzados entre tanto los franceses con nuevas tropas y artilleria de Pamplona, ocuparon las planicies y olivares que rodean la capital; pero la audacia y valor de los sitiados no dexaban de incomodarlos en todas sus operaciones. A pesar de esta oposicion se apoderaron al fin de media ciudad, y en 28 de junio se hicieron dueños del Torrero como tambien de la bateria vecina que estaba confiada á un oficial de artilleria con 500 hombres, quedando desde entonces la plaza sin otra comunicacion que la del pais situado á la márgen derecha del Ebro.

En este tiempo los aragoneses se ocupaban con el mayor ardor en poner la ciudad sobre aquel plan de defensa mas

compatible con la escasez de sus medios. De las cortinas de los balcones hicieron sacos, y llenos de arena los colocaron en las puertas, formando con ellos trincheras y parapetos: cabaron un ancho foso delante de cada una: levantaron almenas sobre el flaco muro y construyeron en él algunas troneras para hacer jugar la fusileria: fixaron algunas piezas sobre las posiciones mas ventajosas: demolieron las casas y edificios contiguos; y los olivares y jardines qne hacian en otro tiempo la mayor riqueza y placer de sus propietarios, fueron destruidos por ellos mismos en todos aquellos puntos donde servian de obstáculo á la defensa de la ciudad ó pudieran cubrir los aproches del enemigo. Los esfuerzos de los hombres eran animados por el zelo de las mugeres, que unidas en quadrillas de todas clases y condiciones, se destinaban indistintamente á socorrer los heridos, y proveer de lo necesario á los que defendian las baterias, en quanto los monges se ocupaban en fabricar cartuchos, y los niños en conducirlos á sus propios destinos.

Los franceses tampoco se descuidaban en estrechar el cerco, y apenas se contaba un dia sin algun combate sangriento entre los dos campos enemigos. A fines de junio consiguieron entrar en Zaragoza 400 soldados del regimiento de Extremadura, y algunos pequeños destacamentos de otros cuerpos, á que se agregaron tambien varios artilleros y dos piezas de á veinte y quatro con algunas bombas que llegaron de Lérida.

A 30 de este mes fué volado un edificio muy sòlido que servia para el depósito de la pólvora, á cuya terrible explosion se vió convertida en ruinas una calle entera; pero aun no habian los aragoneses calmado su dolor ni acabado

de sacar á sus conciudadanos de entre los escombros fumigantes; quando los enemigos comenzaron un fuego vivísimo con una gran remesa de bombas, morteros, obuses y piezas de á doce que acababan de recibir de Pamplona. El ataque del contrario parecia dirigirse al Portillo y castillo próximo que estaba fuera de los muros; mas la bateria de esta puerta fué defendida con tanto valor; que despues de ser destruida varias veces, se vió otras tantas renovada baxo el fuego enemigo, siendo verdaderamente terrible la carniceria y destrozo que se hacia diariamente sobre este punto. En él tuvo el lugar mas distinguido la memorable accion de aquella muger que se refiere en nuestro poema: esta valerosa heroina que como las demas se ocupaba en abastecer á los solda dos de las puertas, llegó á esta bateria en el instante desgraciado en que el fuego enemigo habia hecho desaparecer todas las tropas y artilleros que la defendian: arrebatada entonces de un ardor inimitable, salta por encima de los cadáveres, quita á un soldado una vela encendida que traia en la mano, y pegando fuego á un cañon de á 24 reforzado, logra con una descarga de metralla desbaratar una coluna enemiga que atacaba por aquella parte. Animadas las tropas con el buen suceso, acuden al puesto, y recobrada ya la batería, jura ella no desamparar el cañon hasta perder la vida. Este acto de intrepidez alentó de tal suerte á los solda dos, que hicieron cambiar la del enemigo con el fuego terrible que sobre él comenzaron á descargar. Yo tuve la satisfaccion de ver en Sevilla á esta muger con el escudo de honra que le concedió el general Palafox por esta accion valerosa, juntamente con el grado y sueldo de alferez que le dió el Gobierno supremo de la nacion

residente entònces en aquella capital: èra de estatura brillante y bien pròporcionada; su rostro agraciado y de buenas facciones, su color claro y sonrosado, sus ojos vivos, y toda ella manifestaba aquella robustez y brio que la hicieron tan recomendable: dixóse tambien por cierto que era su esposo el artillero destinado al servicio de aquella pieza y que cayendo muerto en el ataque, ella lo retiró á un lado con un denuedo varonil y le sostituyó en su oficio con el feliz exîto que hemos visto.

Al amanecer del dia 2 de julio se dexó ver una coluna enemiga avanzando á la bayoneta sobre el Portillo, quedando el resto de ella formada en línea ó para sustentar el ataque ó para aprovecharse de sus ventajas, si consiguiese penetrar en Zaragoza; mas luego que se aproxîmó al castillo padeció un fuego tan vivo por el flanco, que huyó dispersa no obstante los esfuerzos y diligencias que hicieron los gefes para contenerla. El general frances mandó que avanzase otra á la puerta del Cármen, que se hallaba defendida por una baterià y por la fusileria que desde las murallas dominaba por ambos lados los aproches de la puerta; mas ella tuvo ìgual suerte que la primera siendo tambien rechazada con una pérdida considerable. Estos repetidos ataques y el continuo bombardeo que sostenian sobre la ciudad, hicieron creer á los enemigos que no tardaría su rendicion luego que una de sus divisiones llegase á penetrar por sus barrios; pero el resultado mostró el errado concepto que ellos tenian del valor y firmeza de los aragoneses.

Rechazados y batidos aquellos en todas ocasiones, trataron de quitar á la plaza todos los recursos y medios de

su defensa : vadearon el Ebro por encima de la ciudad, y formando un puente por la parte de abaxo, lograron hacer pasar toda su caballería para la otra banda del rio, á pesar de los grandes esfuerzos del pueblo : por este medio destruyeron todos los molinos que servian para el abasto, impusieron contribuciones á las aldeas y pueblos circunvecinos y cortaron toda la correspondéncia y comunicacion que abrian el paso á la subsistencia de la Capital. En esta crítica situacion hizo Palafox construir atahonas, empleó á los religiosos en fabricar pólvora baxo la direccion de maestros hábiles, exigió todo el azufre que habia en la ciudad, aprovechó la tierra útil para el salitre y mandó hacer carbon de las cañas del lino y cáñamo, que en esta provincia son bastante gruesas y crecidas : de esta suerte consiguió formar una fábrica capáz de dar por dia, 13 arrobas depolvora, durantes aquellas circunstancias tan apuradas.

A fines de julio se vió el pueblo generalmente atacado por el enemigo, quando aquel numeroso vecindario se hallaba con poquísimos víveres, y con ménos esperanzas de socorro : quarenta y seis dias de trabajo continuo habian debilitado sus fuerzas; mas no apagado los ardores de su zelo : carecia de un asilo seguro para los enfermos, sus calles se miraban sembradas de innumerables cadáveres por las frecuentes escaramuzas que sostenian con el enemigo para abrir la comunicacion con los pueblos vecinos, y rodeados por todas partes de nuevos peligros y temores, tentaron los aragoneses el último medio para recobrar á toda costa la posicion importantísima del Torrero; pero convencidos al fin de la imposibilidad de su empresa, trataron de vencer ó morir dentro de sus muros.

En la noche del 2 de agosto y siguiente dia bombardearon los enemigos á Zaragoza desde las baterías que habian construido frente de la puerta del Carmen, logrando sacrificar á su saña un edificio destinado para recoger los enfermos y heridos durante el bloqueo: volose por uno de los acontecimientos funestos que son inseparables de la guerra, y al mismo tiempo que amortiguó algun tanto los brios del valor, encendió con mayor viveza la llama de la caridad mas acendrada: todos corrieron inmediatamenal socorro de los enfermos y niños expósitos que en él habia, y olvidados del horroroso incendio que abrasaba ya el edificio, como tambien del inminente peligro que les ofrecia el fuego repetido del enemigo; consiguieron salvar á muchos miserables de entre las sangrientas manos de la muerte y dexar á la posteridad un exemplo tan digno de su admiracion.

A 4 de agosto rompieron los franceses un fuego vivísimo contra la puerta y barrio de Santa Engracia distante un tiro de pistola de las baterías que á este efecto levantaron sobre la margen derecha del Huerva, y en un momento desaparecieron sus flacos muros, quedando reducido á cenizas el célebre monasterio de la Santa por la voracidad de un incendio: las colunas enemigas se aprovecharon luego de esta brecha, y tomando por la retaguardia las baterías de las puertas adyacentes, penetraron despues de un obstinado combate hasta la calle del Coso, y antes de concluirse el dia ya se hallaban en posesion de media ciudad. Jamás se vió una lucha mas tenáz y sangrienta entre dos enemigos poderosos: los franceses ocupaban una acera de la dicha calle y su general daba las

órdenes desde el convento de San Francisco ; los aragoneses conservaban la otra , y disputaban el terreno á palmos por todos los medios que les dictaba su valor, los franceses levantaban trincheras para conservar sus posiciones ; los aragoneses formaban otras sobre el mismo plano para no perder las suyas: los franceses atacaban, y eran rechazados valerosamente ; los aragoneses avanzaban al enemigo con la mayor intrepidéz , y tenian que ceder por ultí mo al ímpetu feroz de sus contrarios : los franceses arrojaban un uego hórrisono por todas partes ; los aragoneses lo correspondian con horrible estrago de sus invasores : toda la ciudad temblaba y se estremecia con el estruendo no interrumpido de las explosiones ; las llamas abrasaban las casas; el humo y el polvo obscürecian los ayres ; la sangre se precipitaba por las corrientes como las aguas de una espesa lluvia ; las casas caían desplomadas sobre sus habitantes al constante batir de los cañones ; los cadáveres cerraban el paso á los combatientes, y servian de trinchera contra los ataques enemigos, y todo presentaba el quadro mas horroroso y lamentable.

Muchas veces comenzaba la pelea al pie de las baterias, y se iba extendiendo hasta lo mas recóndito de las casas, y no pocas se vieron indicios crueles de su encarnizamiento en las mismas cámaras y aposentos de dormir. La hora mas propia para estos sangrientos combates era la noche, donde á la sombra de sus tinieblas se aumentaba la carniceria de tal modo, que quando la aurora esparcia sus luces era para mostrar la escena espantosa y sanguinaria que se habia representado poco antes en medio de las calles. La pérdida lamentable de los padres , la triste y eterna sepa-

racion de los espósos, la falta inconsolable de los parientes, la melancólica privacion de los amigos que á cada paso eran inmolados á la rabia de sus contrarios, lexos de entibiar el pecho valeroso de los aragoneses, parece que aumentaban su furor nuevamente, y daban pábulo á la llama inextinguible que agitaba sus rencorosos corazones.

En el consejo de guerra celebrado á ocho de este mes fué determinado por los votos unánimes de todos los gefes que los barrios donde se conservaban aun los vecinós fuesen defendidos con la misma firmeza que hasta entonces habian manifestado, y que en el caso de ser forzados por él enemigo, se retirase el pueblo por el puente del Ebro á los arrabales, donde debian pelear y sostenerse hasta no quedar un solo hombre. Esta resolucion tan espantosa despues de tantos apuros y calamidades fué recibida de los aragoneses con repetidos vivas y aclamaciones, como si se les anunciasen cosas de su mayor interés y satisfaccion.

En los dias siguientes continuaron estos batiendose con un ardor desesperado no solo de calle en calle, y de casa en casa; sino tambien de aposento en aposento, y de esta suerte ganaba el pueblo algun terreno cada dia, y estrechaba pasó á paso la linea del enemigo, consiguiendo al fin por premio de su constancia reducir á este á la octava parte de la ciudad. Este valor insuperable no se limitaba solamente á las tropas y paisanos de toda clase y gerarquia; las mugeres mas delicadas eran las primeras no solo en prestar los socorros necesarios á los combatientes y enfermos; sino tambien en sostener con varonil esfuerzo el rigor de la pelea, y luchar entre los hombres hasta rendir la vida al rigor de la suerte: asi fueron

innumerables las víctimas de esta clase sacrificadas á su heroismo, y repetidos los exemplos de patriotismo que dexó el sexô bello á la admiracion de la posteridad.

En la noche del dia 13 fué mas activo y destructor el fuego de los enemigos, viendo el pueblo arder á cada paso los edificios desgraciados que caian en sus manos; y quando á la mañana siguiente aguardaban todos el colmo de sus males, observaron no sin asombro que las columnas francesas comenzaban á desfilar precipitadamente con direccion á Pamplona. La causa de esta retirada no era dificil de adivinar, quando ya la fama publicaba por todas partes los triunfos gloriosos de nuestras armas sobre los campos de Baylen, Cataluña y Valencia, y á su consecuencia la fuga presurosa de todos los exércitos enemigos para reunirse sobre la margen opuesta del Ebro. De este modo calmaron por algun tiempo las desgracias de los fieles aragoneses, y respiró su capital el ayre apacible de la libertad; pero la batalla de Tudela tan desgraciada para nosotros, como feliz para nuestros contrarios, reforzados ya con mas de sesenta mil hombres que entraron en España con Napoleon, abrió de nuevo la puerta á los infortunios de Zaragoza, y el campo de la gloria á sus ilustres defensores.

Ya se habian recogido á la capital los cuerpos de Aragon y un número considerable de las tropas de Andalucia, quando se presentó Moncey sobre el Torrero á fines de noviembre con ánimo sin duda de reconocer aquella posicion, y haciendo un vivo fuego por algunas horas, se retiró para Alagon bien satisfecho y esperanzado de conquistar la ciudad. Combinado ya con el mariscal Mortier el

nuevo plan de bloqueo que por órden del emperador debia seguirse, apareció segunda vez Moncey el dia 21 de diciembre coronando las alturas que dominan él Torrero y Buenavista con diez y seis mil hombres escogidos de infanteria y dos mil de caballeria. Otras dos colunas apostadas la noche precedente sobre el olivar de San José, subian atacando por la izquierda del monte, en tanto que por la derecha iban forzando á Casablanca con saña destructora. Descubierta por este medio la bateria de Buenavista, expuestos nuestros artilleros á todo el fuego enemigo y volado ya el depósito de la polvora por una bala de cañon, se vieron obligadas las tropas á retirarse con toda la artilleria, sin que la prudencia ofreciese entonces otro partido. Hizose volar inmediatamente la puente de América por medio de los preparativos que se habian hecho de antemano, y esta operacion pudo auxîliar nuestra retirada hasta el reducto del Pilar situado sobre el Huerva. No es facil expresar la bizarria y serenidad con que en esta ocasion se distinguió el regimiento 2.º de voluntarios de Aragon, que caminando por largo tiempo entre dos fuegos enemigos, contuvo con su respetosa marcha el orgullo impetuoso de Moncey.

Sería ya cerca del medio dia, quando la division de Mortier, cercando el arrabal por la otra parte del Ebro, se apoderó de aquel punto, y repartidos los enemigos en siete colunas, dieron principio todos juntos al asalto y combate mas obstinado que vieron los siglos, y de que tanta gloria resultó al exército de reserva. La que llaman huerta juntamente con el rastro quedaron cubiertos de cadáveres franceses, aumentando con su pérfida é impura

sangre la sordidéz é inmundicia de este lugar. El Brigadier D. José Manso, el coronel D. Manuel Velasco, los voluntarios de Huesca, las Guardias Españolas, Valonas, los Suizos, el regimiento 2.° de Valencia, la caballeria de Farnesio con todos los artilleros, gefes, oficiales, soldados y paisanos de los arrabales adquirieron en este dia cinco siglos de inmortalidad en cinco horas que duró el sangriento combate.

Confundido Mortier al ver las águilas imperiales destrozadas ignominiosamente, intentó segundo avance con el cuerpo de reserva, para vengar su cólera exâltada por la humillacion que acababa de experimentar. El general Palafox con los Mariscales O-Neill y Sant-Marc discurrian con espada en mano todas las filas y esquadrones; y en poco tiempo tuvo que ceder el ímpetu rabioso del enemigo al valor de nuestras tropas, y á la sábia disciplina y animosidad de estos dignos gefes.

En la mañana del 22 mandó el Mariscal Moncey un parlamento á Palafox, intimándole la rendicion á vista del peligro que amenazaba á la ciudad por todas partes, y el ningun auxîlio que debia esperar, hallándose todas sus comunicaciones cortadas; mas el digno Gefe juntamente con el pueblo, sin embargo de conocer que no se hallaba la plaza con los preparativos debidos para resistir un cerco tan obstinado, respondió al Mariscal que los aragoneses no sabian rendirse sino despues de muertos, y que por lo tanto oía sus amenazas con la mayor serénidad. Para prueba de esta verdad el coronel D. Mariano Renovales comandante del fuerte de San José dispuso en el mismo dia que saliesen ciento y cincuenta hombres á fin

de incomodar al enemigo en sus trabajos, y despues de sustentar los nuestros un fuego vivísimo de cinco horas, consiguieron desalojarlo de sus posiciones con pérdida muy considerable.

En el dia siguiente hicieron con el mismo fin otra surtida los cazadores de Orihuela y Valencia, y auyentando á los franceses de algunas pequeñas fortificaciones y atrincheramientos, pusieron fuego á todos ellos, talando felizmente mas de ochocientos olivos que les servian de emboscada.

A 24 de dicho mes hizo la guarnicion de aquel fuerte una arriesgada tentativa que mereció sin duda ocupar un lugar distinguido entre las valerosas hazañas de aquel cerco: auxiliada del regimiento 2.° de voluntarios de Aragon, continuó intrepidamente la tala de los olivos, sin atender al fuego terrible de las grandes guardias enemigas; pero á pocos momentos descendieron dos fuertes colunas del Torrero para estorvar sus operaciones, y mientras una parte de nuestras tropas resistia el ímpetu de esta enorme fuerza, proseguian las otras cortando los olivos y derribando los edificios con una intrepidez sin exemplo: de este modo sostuvieron un fuego activo y continuado por espacio de quatro horas, hasta que la necesidad obligó á ceder á fuerzas tan superiores, para economizar la sangre de aquellos ilustres campeones destinados á mas altas y gloriosas empresas.

A diez de enero comenzaron los enemigos á dirigir sus obras contra el fuerte de san José y reducto del Pilar, en las que eran incomodados con las frecuentes salidas que hacian los nuestros por una y otra parte del Ebro; pero la

crueldad y fiereza con que eran obligadas sus tropas á permanecer en los trabajos, hacian sostituir nuevas víctimas á las innumerables que á cada paso eran sacrificadas á la intrepidez de los españoles.

A la sombra del olivar de San José consiguieron al fin los invasores llevar sus obras hasta el grado de perfeccion que intentaban, y en aquel mismo dia rompieron el fuego con tanta inhumanidad; que quatro piezas de á doce, dos de á diez y ocho, seis obuses y tres morteros disparaban sin cesar sobre el dicho fuerte, y en poco tiempo vinieron á destruir la mayor parte. La proximidad del enemigo puso al coronel Renovales en la dura necesidad de retirar la artilleria gruesa, aunque dispuesto siempre á rebatir con el arma blanca los ataques sangrientos que le amenazaban. Comenzaron estos entre las diez y once de la noche, y despues de rechazados los enemigos diez veces que avanzaron consecutivamente, hicieron alto al fin horrorizados de ver todo el campo y foso cubiertos de sus cadáveres: sin embargo ya el fuerte de San José no presentaba mas que un promontorio de ruinas, y la prudencia dictó entonces retirar las tropas por no exponer á los impulsos de la temeridad tantas honrosas y memorables vidas.

No tuvo mejor suerte el reducto del Pilar, ni fué menor la constancia y heroismo del regimiento segundo de voluntarios que lo defendia: ocho dias consecutivos conservó su posicion quasi sepultado entre los escombros y ruinas: con ellas y con sacos de arrena aparaban las balas y granadas que caian como una espesa lluvia de granizos: el honroso vacio que dexaba la muerte en el sacrificio de un héroe, era llenado inmediatamente por un imitador de su heroismo;

y de este modo la flor de aquellos inmortales batallones selló con su sangre una de las mas gloriosas defensas de aquel sitio.

En tanto que el enemigo se aproximaba á la ciudad por la parte del Huerva, continuaba su fuego exterminador por toda la circunferencia de la poblacion sin intermision alguna: veinte piezas y diez morteros vomitaban dia y noche la desolacion y la muerte: los edificios ya resentidos del combate anterior cedian por fin á la violencia de las balas y bombas: los muros mas robustos caian desplomados, los techos se hundian entre el estruendo horrísono de las explosiones, los escombros cerraban el paso de todas las calles, las campanas anunciaban un nuevo peligro á cada instante con sus roncos clamores y cada qual temia verse en aquel momento sepultado entre las ruinas de sus casas: en medio de esta horrorosa escena burlaba Zaragoza las iras de sus contrarios, é improperaba con serenidad su ratera perfidia.

A 21 de enero llegó al Torrero el mariscal Lannes nombrado por Bonaparte comandante de Navarra y Aragon, y General en gefe del exército de Zaragoza. Este hombre cruel y bárbaro traía ordenes terminantes del emperador para reducir la poblacion á cenizas si continuase en su resistencia: para manifestarlas de algun modo, y consternar al pueblo valeroso, mandó desplegar á vista de los nuestros toda la caballeria, infanteria y artilleria del Torrero con las demas fuerzas, que habia escondido por la noche en el arrabal, queriendo con esto persuadir á los aragoneses que aquellas últimas eran las sobrantes de las que ocupaban el monte, capaces ellas solas de rendir la plaza por aquel punto.

Esperanzado en el feliz resultado de su ilusion, mandó un parlamentario á Palafox pintandole con falsos colores el apuro de la ciudad, las superiores fuerzas que la amenazaban, el infeliz estado de la Peninsula, la imposibilidad de recibir socorros y ultimamente la dura necesidad de rendirse á la fuerza, sacrificando las vidas de cien mil habitantes al filo de su espada en el caso de resistirla. La respuesta del General fué llena de valor y arrogancia, haciéndole ver que nada temia, ni se espantaba un pueblo tan valeroso y patriota con unas fuerzas que ya habia probado repetidas veces con tanta gloria suya y confusion de sus adversarios.

Herido Lannes como de un vivo rayo con semejante desprecio, trató luego de vengar su saña provocada, y en el mayor exceso de ella atacó el dia veinte y seis á Zaragoza por diversos puntos con una fuerte coluna de diez mil hombres, mientras que dirigía su principal fuerza sobre la bateria de Santa Engracia, levantada poco antes sobre las ruinas de la primera. El choque fué tan obstinado como glorioso para nuestra gente: repelidos por ella los enemigos en todos los puntos, volvian á avanzar con mayor impetu, dexando siempre en cada tentativa innumerables testimonios de nuestro valor: la victoria, no obstante, se manifestaba indecisa por una y otra parte, y era preciso un golpe extraordinario que la decidiese: habían los nuestros construido una mina capaz de satisfacer sus deseos en el paseo de Santa Engracia, y pegandole fuego en su mayor conflicto, lograron contener la rabia de sus contrarios, dexando tres mil abrasados sobre aquellos sagrados campos que habian profanado tantas veces.

Asi se terminó aquella gloriosa contienda ; pero ella acabó de cebar la rabiosa llama con que ardia el inhumano Lannes. Llegó por último la hora de ver Zaragoza otra vez al enemigo dentro de sus muros , y el pueblo mas acostumbrado á este género de guerra , esperaba con impaciencia repetir sobre sus invasores las anteriores escenas ; mas el general francés estaba muy lexos de imitar á su antecesor ; y presentarse cuerpo á cuerpo á sus valerosos enemigos : los estragos de su astucia eran los que suplian á los de su valor , y quatro mil minadores que habia llevado consigo conseguian al fin lo que no podian sus espadas y bayonetas : los barriles de pólvora aplicados á las casas iban demoliendo la poblacion , mientras que sus sitiadores huian á sus guaridas como conejos , quando trataban los aragoneses de atacarlos : de este modo eludian sus esfuerzos , y la ciudad no presentaba ya mas que un monton de ruinas y humeantes escombros.

Un espectáculo tan horroroso sería capaz de abatir los pechos mas animosos y constantes ; pero los de aquellos hombres prodigiosos eran muy superiores á tantas desgracias , y solo pudo rendirlos la que les preparaba el cielo , como prueba mas digna de un heroísmo cristiano. Desde el principio del cerco se comenzaron á manifestar algunas fiebres que se atribuyeron entonces á efectos propios de la estacion : tomando mas cuerpo cada dia llegaron á cebarse en las tropas como mas dispuestas á sus impresiones por los continuos trabajos y fatigas , y de estas se comunicaron á todo el vecindario, hasta degenerar en un contagio. En un estado tan peligroso multiplicaron sus esfuerzos y sacrificios los ciudadanos para ocurrir á los innumerables males que

les amenazaban por todas partes: despojaronse de sus propias ropas para cubrir con ellas una infinidad de dolientes desnudos, y ofrecieron los restos de sus casas para que les sirviesen de asilo contra su desamparo: solo quedaba en la ciudad un corto número de habitantes moribundos, y entre ellos se destinaban los que aun conservaban algun vigor para la defensa de los puntos mas importantes: ni el sacerdote, ni el noble, ni el niño, ni la muger se miraban exêntos de montar las guardias y sostener los ataques; mas todo llegó á ser inutil á vista de tantas degracias como cercaban á un tiempo mismo á la invencible Zaragoza.

Mientras que el sangriento enemigo levantaba nuevas baterias para acabar del todo su proyecto, y mas de treinta bocas de fuego lanzaban dia y noche sobre la ciudad la desolacion y la muerte; la fiebre mortífera y destructora se apoderaba de todos sus barrios, privando á sus habitantes de los últimos recursos: los edificios destinados para hospitales habian ya desaparecido á la voracidad de las llamas y de las explosiones, las casas eran mas bien sepulcros de muertos, que refugios de caridad, las medicinas faltaban de todo punto, los alimentos escaseaban de tal modo que apenas se encontraba un poco de pan para subvenir á la necesidad de los afligidos enfermos, el bravo Palafox se hallaba postrado mortalmente á la violencia del contagio, y D. Juan O-Neill espirando entre las ruinas de la casas de Ayerbe, donde murió poco despues: el General Sant-Marc luchaba con la fiebre, el Baron de Versage herido de una bala sobrevivió pocas horas á esta infelicidad, doscientos oficiales beneméritos corrieron la misma suerte, y diez y seis mil soldados valerosos fueron arretabados en

pocos dias, una grande multitud de paisanos, la porcion mas escogida del clero y de la nobleza, y en una palabra, quasi todo el pueblo esperaba ya los últimos momentos de su vida, quedando solo algunos ciudadanos y tropas miserables dispuestos todos mas bien para morir que para tomar las armas.

En una situacion tan crítica y la mas lamentable de quantas ofrece la historia de las calamidades humanas; reunidas todas las autoridades y ciudadanos mas distinguidos con su digna cabeza el general Sanct Marc, en quien el bravo Palafox habia depositado su autoridad, votaron de comun acuerdo por la capitulacion, viendo ser imposible la defensa de la ciudad en tal estado, y hallarse cumplido ya el juramento que habian hecho de vencer ò morir por su religion, por su rey y por su patria. Ajustada esta con el mariscal Lannes, entraron los franceses en Zaragoza el dia 21 de febrero por la mañana, apoderandose de todo lo mas precioso, y conduciendo á Francia todos los gefes y soldados de la guarnicion que se negaron á prestar juramento al rey intruso: entre ellos debe tener el lugar primero el invicto y constante general Palafox, que quando se halló recuperado de su mortal dolencia, fué llevado con los demas, sellando con este rasgo heróico de fidelidad los acendrados quilates de su patriotismo, y mostrando á todos con su exemplo que entre las mismas cadenas y ataduras se conservaba libre y sereno aquel magnánimo corazon para triunfar de las asechanzas del tirano, asi como habia triunfado hasta entonces de todas sus huestes sanguinarias.

LA IBERIADA.

POEMA ÉPICO

À LA GLORIOSA DEFENSA DE ZARAGOZA,

DIVIDIDO

EN DOCE CANTOS Ó LIBROS.

TOMO I.

CADIZ: IMPRENTA DE LEMA: AÑO 1813.

Terra feros partus immania monstra gigantes
Edidit, ausuros in Jovis ire domum.
Extruere hi montes ad sidera summa parabant,
Et magnum bello sollicitare Jovem.
Fúlmina de cœli jaculatus Jupiter arce
Vertit in actores pondera vasta suos.

Ovid. Nas. Fast. Lib. V.

LA IBERIADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Envidiosa Pirene de la España
Al mirarla de Palas protegida,
Acude á la Discordia y con vil maña
A la horrible venganza la convida.
Esta suscita á Marte, que en su saña
Favorece á Pirene fementida;
Minerva en su dolor á Jove implora,
Y él la nombra de Iberia protectora.

Yo que las llamas del amor divino
Canté otro tiempo en plectro sonoroso
Mostrando al alma fiel en su camino
Las dulces ansias del eterno esposo:
Yo que agobiado del fatal destino
Que á la patria oprimió con ceño umbroso,
Hoy por boca de rudos animales
Dí leyes de prudencia á los mortales.

Ahora canto el honor y excélsa gloria
Del ínclito varon fuerte y osado
Cuya fama eternal asaz notoria
De frondoso laurel lo ha coronado.
Canto de su valor la clara historia,
Su constante virtud, y al dios airado
Que siguiendo del hado el negro influxo
Por inmensos trabajos lo conduxo.

Calíope divina que algun dia
La cítara de Apolo resonabas
Entonando con grata melodía
Las acciones gloriosas que admirabas;
Templa por esta vez la lira mia
Y dame los acentos de que usabas;
Porque pierdan su horror en dulces cantos
Las muertes, las miserias, los quebrantos.

Y vos ¡O gran Fernando! á quien Minerva
Texió de vuestra sien la alta corona,
Digna de la virtud que el mundo observa
Y le mueve á ensalzar vuestra persona.
Vos Señor, cuya fama nos conserva
Y en sonoro clarin canta y pregona,
Discurriendo sin fin con raudo vuelo,
Ese nombre inmortal que nos dió el cielo.

Vos, príncipe gracioso y deseado
De la Ibera nacion, por quien suspira
La religion, el pueblo y el estado
Por la santa piedad que en vos admira.
Vos ¡O rey! de mi pecho el mas amado
Con sobrada razon, si bien se mira,
Pues labré el pedestal y alzé la basa
A mi honrosa carrera en vuestra casa.

Vos, monarca robado torpemente
De vuestro suelo fiel con viles mañas,
Por cuya libertad su clara frente
Hoy ciñeron de honor nuestras Españas;
Por mi labio escuchad atentamente
De vuestra invicta tropa las hazañas,
Y este obsequio aceptad que el grato pecho
Os consagrá esta vez como un derecho.

Hay un pueblo esforzado y valeroso
En la fertil llanura situado
Por donde el Huerva azul y el Ebro undoso
Encaminan su curso acelerado:
Amenizan tambien su campo hermoso
El Canal Imperial y el plateado
Gallego encantador, que en sus raudales
Le son ambos dos muros de cristales.

Dicen que en otro tiempo fué llamado
Con nombre de Salduba, hasta que Augusto
Habiendo sus ruinas levantado
Con el suyo le dió su genio y gusto;
Pues en todas las guerras que ha probado
Al contrario llenó de miedo y susto,
Uniendo con las armas y estandartes
Las labores, las ciencias y las artes.

En esta gran Ciudad tuvo su asiento
El trono de Aragon hasta que unidos
Los reynados de España, á un regimiento
Todos ellos quedaron reducidos;
Mas ella siempre fué como un portento
Por sus claros varones escogidos,
Como lo cantará la alada Fama
En el hecho presente que hoy nos llama.

Sobre un suelo tan grato y delicioso
Los hijos de Minerva congregados,
Gozaban del placer mas venturoso
De lisonjeras dichas halagados.
A la sombra del Numen poderoso
Eran de todas gentes envidiados
Por la mucha abundancia y la riqueza
Que ilustraban su nombre y su grandeza.

El Padre de mortales é inmortales
Por el bien de tal hija desvelado
Derramaba sus manos paternales
Sobre un pueblo tan digno de su agrado:
Tantos dones y gracias celestiales
Que Jove dispensaba al suelo amado
Lo elevaron al fin con su influencia
Hasta el punto final de la opulencia.

Aqui Neptuno su imperial corona
Ante el ara de Palas ofrecia,
Y Ceres rubicunda á su persona
Su cetro y su poder tambien rendia:
El fiero Marte, la inmortal Belona
Con las demas deidades á porfia
Respetando su honor y su excelencia
Le prestaban obsequio y obediencia.

Así pasaban sus queridos hijos
Una vida feliz y placentera,
Y entre puros y dulces regocijos
Mostraban no temer la suerte fiera;
Pero como Fortuna nunca fixos
Pudo tener sus pies, de tal manera
Movió su leve rueda en un momento,
Que todo lo mudó desde su asiento.

La soberbia Pirene, Furia insana,
Genio infernal, horrible y altanero,
Aborto del averno, que inhumana
Muerde astuta y sagaz con diente fiero:
Esta sangrienta diosa transmontana
Hermana en el furor del Can Cerbero
Habitaba las márgenes del Sena
Arrastrando de un crimen la cadena.

Sobre un monton de escudos destrozados
Sentada la cruel estaba un dia,
Y moviendo su rostro á todos lados
Sus fulminantes ojos revolvia:
Tendiólos sobre España al fin osados,
Y ya en rabia mordáz su pecho ardia,
No pudiendo sufrir serenamente
La gloría y esplendor de aquesta gente.

Nunca pudo olvidar que la constancia
Del Ibero valiente y generoso
Siempre vino á domar esta arrogancia
De su cuello soberbio y orgulloso:
Conociendo por eso la importancia
De rendir una vez á este coloso;
Su invencible poder aunque miraba,
Su exterminio total ya meditaba.

Asi, para vengar su rabia y saña
Y dar á su pasion algun contento,
Buscaba con ardid y astuta maña
El medio de lograr su negro intento:
Al fin vino á romper con fuerza extraña
De su pecho el volcán y el ardimiento,
Y en la suerte infeliz del suelo hispano
Determina emplear su dura mano.

Hay un monstruo horroroso y detestable
Diosa enemiga del linage humano
Que con pecho feroz, rostro espantable,
Al mundo llena de dolor tirano:
Su enojo y su furor es implacable,
Y la muerte cruel lleva en su mano,
Turbadora es de paz y de concordia,
Y por eso le llaman la Discordia.

Del horroroso averno do yacía
Este monstruo infernal en sombra obscura,
La noche fusca, tenebrosa y fria
A la tierra lo dió por desventura:
Su ponzoña inhumana noche y dia
Sobre ella vierte, y en fatal presura
El globo gime con amargo llanto,
Cercado de terror y fiero espanto.

Este azote cruel de los mortales,
De los hombres y dioses detestado,
Principio horrendo de los duros males
Que al mundo agitan con rigor pesado:
Esta sombra de horror que aun los umbrales
De la vida mas fiel ha rodeado,
Que con el hombre vive y se alimenta
Y al paso que su edad ella se aumenta.

Esté aborto fatal del negro abismo
Despues que ensangrentó toda la Europa,
Convirtiendo el furor contra sí mismo,
Muerde y desgarra su teñida ropa.
En medio de su orgullo y despotismo
Vertió el veneno de su horrenda copa,
Prorumpiendo del alto Pirineo
Un horrible clamor de su deseo.

Sobre el fragoso monte reclinada
A la España volvió su rostro fiero,
Y de terribles ansias fatigada
La cumbre agita con temblor severo:
La luna se detuvo ensangrentada
Y trémula contempla el fin postrero,
Y ella con negra y ponzoñosa boca
Asi dixo, moviendo la alta roca.

¿Qué es esto? ¿qué mudanza tan extraña
Mi imperio y mi poder tiene abatido?
¿Es posible que duerma ya la España
En una falsa paz y eterno olvido?
¿Mi antigua feudataria cuya saña
Se alimentó en mi pecho enfurecido,
Será justo que en brazos del sosiego
Extinga de mi altar el sacro fuego?

¿Esta brava nacion que me fué dada
Por rico patrimonio acá en la tierra
Sobre el muelle descanso recostada
Insulta mi deidad, su templo cierra?
¿Dónde está el sacrificio que humillada
Entre el horror y estruendo de la guerra
Sobre estos altos riscos me ofrecía
Quando mi gran poder reconocía?

¿Mis dominios inmensos que extendidos
Hoy se miran tal vez de polo á polo
Serán á mi grandeza substraidos
Por la funesta paz de un reyno solo?
¿Qué son de tantos bosques encendidos
Por unas duras manos que sin dolo
Quemaban en mi honor fragante incienso
En tan feraz campiña y suelo inmenso?

Por todo su distrito se veía
Fuego devorador, yermas ciudades,
Montes de troncos que en la sangre fria
Nadaban por los campos y heredades.
Aquí el llanto y clamor solo se oía,
Allí el dolor, los golpes y crueldades:
¡Quadro agradable! ¡lisongera escena!
Capaz tan sola de calmar mi pena.

¿De dónde nace, pues, tanta mudanza
En el reyno mas fiel á mi servicio?
¿Será posible que en su blanda holganza
No me vuelva á ofrecer mas sacrificio?
¿Será infecunda y vana mi esperanza,
Y mi fiero poder sin exercicio
Veré sobre este pueblo? ¿Se ha apagado
Su heroismo y valor tan decantado?

No por cierto; la España aun reservada
Tiene ofrenda mayor á mis altares;
Su sangre varonil no está acabada
Y cubrirá otra vez sus altos lares.
En tanto que la sed desenfrenada
Por el oro, reynare en sus hogares;
Mientras triunfe la envidia de su pecho,
Tornaré á recobrar yo mi derecho.

De esta suerte discurre enfurecida,
Y Pirene que atenta la escuchaba,
Halló en sus manos la ocasion nacida
Para el hecho cruel que meditaba.
Asi que luego su cerviz erguida
Con el negro volcan que la abrasaba,
Hácia el monte voló qual vivo rayo
De su crimen queriendo hacer ensayo.

Ante la horrible faz de aquesta diosa
La pérfida deidad se presentaba;
Que el veneno mortal que le rebosa
De su mismo peligro la olvidaba;
Y con lengua sagaz y cautelosa
Que venganza y rencor solo espiraba,
El silencio rompió por vez primera,
Comenzando á decir de esta manera.

¡ O Numen inmortal ! del Dios sangriento
Precursora temida y espantosa,
Tú, que volando qual ligero viento,
No hay en toda la tierra alguna cosa
Que no inflames y enciendas con tu aliento
Y perturbes con mano poderosa;
Calma mi duro mal, y escucha atenta
La pena y el dolor que me atormenta.

No puedes ignorar que hay una gente
Que en el cabo de Europa tiene asiento,
De indomable cerviz, dura y valiente
Cuya fuerza y poder es su ornamento:
Una rica ciudad tiene á su frente
De constancia y virtud raro portento,
A quien Palas defiende, desvelada
En su ayuda y favor, con mano armada.

Esta brava nacion mas insolente
Por el numen excelso protegida,
Intenta derribar osadamente
El honor y la gloria á mí debida:
Ya no teme el furor con que impaciente
En un tiempo traté de su caida;
Contemplando esta vez con ledos ojos
Mi venganza, mis iras, mis enojos.

Por eso á tu favor tan alta empresa
En mi dura afliccion he confiado;
Que si tu lengua audáz ahora interesa
Contra aquesta deidad á Marte airado;
Su imperio colosal verá de priesa
Entre tristes ruinas sepultado
Esa gente soberbia y atrevida
A quien nada le abate ni intimída.

Si en tan árduo proyecto me asistieres
Tu nombre esclarecido será eterno,
Y el premio lograrás que mas quisieres
En los bastos estados que gobierno.
Riqueza y dignidad con mil placeres
Entónces gozarás, y mi amor tierno,
Siendo fruto de union tan ventajosa
Una suerte feliz y paz dichosa.

Callad, dixo la diosa quando oía
De la cruel Pirene las razones,
Que todo mi interés tengo en el dia
Cifrado en proteger tus intenciones:
Bien sabes que por tí la dicha mia
Hoy se extiende por todas las regiones
Y mas remotos climas que anda Febo,
Y que todos mis triunfos á tí debo.

Así dixo la infiel, y de su boca
Una infeccion mortal vierte y respira;
Pero no es la amistad de quien la invoca
La que excita esta vez su injusta ira;
Mas solo su deseo la provoca
Y el ansia de dañar á quanto mira:
Que alcanzan sus enojos igualmente
Al injusto, al leal y al inocente.

Y en su pecho feroz reconcentrando
Todo el furor de Alecto ponzoñosa,
La turbulenta esfera fué surcando
Sobre una nube densa y tenebrosa:
Con negro remolino volteando
En torno de la cima pedregosa,
Lanzando vivos, rayos y estampidos,
Los ayres atronó con sus bramidos.

Con saña tan cruel de allí se parte
Y su vuelo infernal luego encamina
Al trono donde el crudo y fiero Marte
Con la muerte amenaza y la ruina;
Y con lengua mordaz, astucia y arte
Hasta sus mismas aras contamina,
Atizando el furor y viva llama
Que del sangriento dios el pecho inflama.

¿Para quándo, le dice, tu venganza
¡O potente deidad! has reservado,
Á vista del honor y la privanza
Á que Palas tu hermana se ha elevado?
¿Ignoras por ventura que afianza
Cada vez mas su trono y su reynado
El padre celestial, y que abatido
Se verá tu poder y aun destruido?

¿Al Ibero no ves con paz segura
Entre sus dulces brazos reclinado,
Y que aumenta su dicha y su ventura
Baxo su paternal y fiel cuidado?
¿No le ves despreciar tu saña dura
Y tu fiero semblante y rostro airado,
Gozando, sin temor de cruda muerte,
De la mas elevada y feliz suerte?

¿Adonde, pues, está tu atroz braveza?
¿Dónde tu brazo fuerte y denodado,
Quando sufres levante su cabeza
Sobre el alto dominio que has gozado
Esa mezquina diosa, y que tu alteza
Y tu nombre inmortal se mire ajado
Por la gloria y poder de aquesa gente
Que tus iras provoca neciamente?

No pienso que es prudencia ni cordura
Permitir el aumento á tantos males;
Que en la misma raiz quien no procura
Cortar los daños en empresas tales;
Por fuerza mirará su desventura
Entre el fiero rigor de sus rivales:
La dolencia al principio halla remedio;
Mas de curarla al fin no hay fácil medio.

¿Qué piensas? ¿Quién te abate é intimida?
¿Quién detiene tu mano poderosa?
¿Una excelsa deidad siempre temida
Permite vexacion tan afrentosa?
Sienta ya tu furor esa atrevida
Gente, que sin temor duerme reposa,
Y destruye el poder en que confia;
Que tu suerte feliz es dicha mia.

Dixo, y un aspid de su horrenda frente
Arrancando en su ardor, sobre él arroja,
Que en vagos orbes gira lentamente
Y en su seno cruel luego se aloja:
Al impulso voraz que el pecho siente
Alza negro vapor la sangre roxa,
Y la fiera deidad ya no respira
Sino el odio mortal y cruda ira.

Como líbio leon que perseguido
En el coso se vé, tiende y derrama
Su torva vista, y en feróz rugido
Lanza del pecho furibunda llama:
Así el hijo de Juno enfurecido
En su duro quebranto gime y clama
Con espantosa voz y grito fuerte
Expresando sus ansias de esta suerte.

¿Ha de sufrir el hijo del supremo,
Ha de sufrir acaso injurias tales?
¿He llegado tal vez al duro extremo
De verme despreciar de los mortales?
¿No soy yo quien destruyo, mato y quemo
Y hago temblar los quicios celestiales?
¿Pues quién habrá tan necio y atrevido
Que no me dé el honor que me es debido?

¿Podrá Palas gozar tan alto fuero
Que levante su trono sobre el mio
Haciendo prosperar al necio Ibero
Contra toda mi fuerza y poderío?
¿Pues en qué me detengo, ó á qué espero?
¿Por qué causa desmayo y desconfio?
¿Cómo no vengo ya tan negra afrenta
Y castigo sevéro al que la intenta?

¿Á su rey Gerion vencer no pudo
Alcides en la lid, y su reynado
Del todo destruir con el forzudo
Brazo sobre su cuello descargado?
El alma le arrancó con furor crudo,
Y su triforme cuerpo fue arrojado
En negro remolino y recio estruendo
Á la obscura mansion del orco horrendo.

Y yo supremo rey de las batallas
Hijo del alto Jove y fiera Juno
Que derribó los fuertes y murallas,
Y al unido esquadron rompo y desuno,
¿No podré derrocar las flacas vallas,
Y el auxîlio tan débil é importuno
Que opone á mi poder un pueblo osado?
¡Ha! yo le haré sentir mi brazo airado.

Hablando de este modo se levanta
De su trono imperial, y de su vista
Lanza un negro volcan con furia tanta
Que no hay algun mortal que la resista;
Y en destemplado son que al mundo espanta
Á sus ministros llama y los alista
Diciéndoles: venid y á tantos males
Pongamos fin ¡ó dioses celestiales!

Luego todos acuden con presteza
Unciendo á su sangriento y fatal carro
Los caballos, que llenos de fiereza
Arrojan de sus dientes negro sarro.
Hasta el cielo levanta su cabeza
La Discordia cruel, que con desgarro
Mueve y sacude su cerviz hinchada
De serpientes y víboras crinada.

Con la rasgada veste va delante,
Y con ligero pie muestra el camino
Al dios que en su carroza fulminante
Vá corriendo qual recio torbellino.
Ya Belona con látigo sonante
Á los brutos azota de contino,
Que tascando el bocado con despecho
Bañan de espumas su anchuroso pecho.

Semejante á un torrenre reprimido
Por una dura roca, que rabioso
Trabaja y lucha todo recogido
Por romper un estorbo tan penoso;
Mas luego que lo vence ya esparcido
Se desata veloz é impetuoso,
Y arrolla quanto encuentra en su carrera
Sin poder contener su saña fiera.

Así el furioso Marte discurriendo
Por los valles, campiñas y poblados,
De sangre y fuego todo lo va hinchendo,
Arrasando los montes y collados:
En la derecha mano va blandiendo
Un asta formidable, y sus costados
Lleva ceñidos el cruel guerrero
Con dura cota de luciente acero.

Tras él caminan con feroz semblante
El ceñudo terror, la negra ira,
La miseria, la hambre devorante,
Y el rabioso furor que en torno gira.
Tambien la muerte porque mas espante
Va unida con la peste, que respira
El hálito mortal que dentro encierra,
Y hace gemir los polos de la tierra.

Todo el mundo se turba y entristece,
Reusenan los suspiros y lamentos,
El horroroso averno se estremece
Y tiemblan de los montes los cimientos.
El fertil campo, dó natura ofrece
Y brinda con sabrosos alimentos,
Todo se vé talado, que la guerra
Sus preciosos tesoros desentierra.

El sudoso gañan que iba rompiendo
La dura tierra con el corvo arado,
Espantado y medroso ya va huyendo
Y abandonada la reja y el ganado,
Ya el manso corderillo que paciendo
La yerva andaba por el verde prado,
Errante y sin pastor su pena exhala,
Y entristece la selva quando bala.

El laborioso artista que afanado
Placentero cantaba en sus talleres,
Presuroso camina y asustado;
Pueblan las sendas hombres y mugeres,
Que no se curan ya del hijo amado
Donde hallaban sus gozos y placeres;
Pues su grande pavor y su congoja
Aun del amor materno las despoja.

Y la vírgen honesta y recatada
Con pié turbado rompe la clausura,
Y con el manto suelto y destocada
Publica en tristes ayes su amargura:
Ya tropieza, ya cae apresurada
Por salvar su recato y su fé pura,
Y andando acá y allá despavorida
Á la fuga librar quiere su vida.

Que el triste grito y espantoso estruendo
Se escucha por el valle y la montaña,
Y con voraces llamas está ardiendo
El alcázar, el templo y la cabaña;
Pues la fiera deidad anda vertiendo
Por todas partes su rigor y saña
Sin dexar cosa alguna que su mano
Ya no destruya con rigor tirano.

El polvo de las huestes roba al dia
Su clara lumbre, y en tiniebla obscura
Se convierte la luz y la alegría
Del radiante planeta y su hermosura:
El rio caudaloso que corria
Bañando de cristales la llanura
Enroxecido está con sangre humana,
Y el campo tiñe de purpúrea grana.

De esta suerte discurre el dios sangriento
De la Hesperia infeliz toda la tierra,
Inclinando á su impulso y movimiento
Su erguida cima la nevada sierra:
Mas luego revolviendo en un momento
Su veloz carro que al mortal aterra,
Envuelto en fuego y humo y recia grita
Al suelo aragones se precipita.

Aquí las tropas del frances tirano
Conmueve con su trompa sonorosa
Atizando el furor hinchado y vano,
Que abrigaba Pirene horrenda diosa;
Y á su mismo linage hollando insano
Y á la Ibéra nacion por él dichosa,
Alza su diestra de rigor armada
Para hacerla infeliz y desdichada.

Con su ayuda y favor al recio bando
De la altiva deidad que solo aspira
Á vengar sus rencores, derramando
Sobre el pueblo español toda su ira;
Sus fuerzas y poder iba juntando,
Que quiere convertirlo en negra pira,
Afilando sus águilas feroces
Sus crudas garras entre horrendas voces.

Ya desplega sus bravos esquadrones
Y tremola en el ayre las banderas:
Ya resuenan las marchas y canciones
Por las cóncavas peñas y laderas:
Ya repite el clarin marciales sones
Y se mueven las filas delanteras;
É hiriendo el atambor el ayre vago
Todo anuncia venganza y fiero estrago.

Así el negro furor lo conducía
Á la márgen del Ebro, que erizado
Sus cristalinas olas retraía
De saña tan cruel amedrentado.
Las halagüeñas ninfas su osadía
No pudiendo sufrir en tal estado,
Sobre el claro raudal huyen medrosas
Zabullendo en su abismo presurosas.

La sangre desampara los helados
Miembros de los mortales temerosos,
Que á su vista quedaron desmayados
Los pechos mas constantes y animosos.
Los recios batallones y soldados
Llenos de triunfos, vanos y orgullosos
Toman de Zaragoza las salidas
Y sus bocas dexaron defendidas.

Aquí la imágen del horrible espanto
Cercada del dolor y la agonía
Arrastrando su obscuro y triste manto
La faz turbada del mortal cubría;
Mas de Jove la hija que entre tanto
Sufrir angustia tal ya no podía,
En amargo clamor asaz lloroso
Así le dice al padre poderoso.

¡Ó padre de los dioses inmortales!
Que con tonantes rayos intimidas
Las excelsas deidades celestiales,
Que á tu inmenso poder tiemblan rendidas,
Hoy los ojos volved á tantos males
Que causan unas gentes descreidas
Por el furor de Marte levantadas,
Y á sus fieras banderas alistadas.

¿Qué delito mis hijos cometieron
En gozar de los bienes que les dabas
Quándo de tú largueza merecieron
La ventura y la paz que les mostrabas?
¿Acáso por tú mano no tuvieron
Tanta felicidad? ¿pues cómo acabas
Con la gloria y honor de esta mi gente,
Viendo su destruccion con sesga frente?

¿Podrá el hijo de Juno á tus decretos
Oponerse soberbio y atrevido,
Siendo á tu voluntad todos sugetos
Y solo tu mandato obedecido?
¿Pues quáles son las honras y respetos
Que á tu imperio tributa el que ha querido
Borrar las obras de tu augusta mano
Tan solo por saciar un rencor vano?

Bastárale al mezquino en su porfia
Ver que la elevacion del grande Ibéro
Es honor de tu diestra y gloria mia,
Y fruto de mi amor y de mi esmero:
Esto templar debiera su osadía
Y su brazo feroz con que severo
Solo intenta vengar la negra envidia
Que en su pecho cruel ha tiempo lidia.

Asì se lamentaba al padre amado
Con triste voz y doloroso tono;
Quando el supremo Jove ya sentado
Sobre su augusto relevante trono,
Al ver el suelo hesperio perturbado
Por el sangriento dios, lleno de encono
Suspenso del Olimpo en la alta cumbre,
De sus ojos lanzaba fiera lumbre.

Y queriendo enfrenar la rabia osada
Del furibundo Marte sanguinoso
Sin manchar la deidad su mano airada
Con la sangre del númen alevoso,
Á Palas se volvió con voz templada;
Y con rostro apacible y cariñoso
Asiéndola del brazo blandamente
Dixo en breves razones lo siguiente.

Bien sabes que por mí ¡ó hija querida!
En los vastos dominios de la tierra
Siempre fuistes honrada y conocida
Por diosa de la paz y de la guerra:
Y pues tu duro aspecto y faz temida
Ó ya el furor aumenta ó lo destierra,
Vé y ampara á ese pueblo que inocente
Sufre del hijo infiel la saña ardiente.

Que en el gran Palafox bravo soldado,
Intrépido, sagaz, justo y prudente,
Humano, valeroso y esforzado
Todo el apoyo estriba de tu gente,
El qual de tu favor hoy amparado
Refrenará el furor del insolente.
Así habló el alto Jove, y al momento
La diosa obedeció su mandamiento.

CANTO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Aparece Minerva al gefe osado
Que estaba en triste sueño sumergido,
Y habiendo su constancia reanimado,
Desparece otra vez por dó ha venido.
Despierta Palafox luego asustado
Y todo su esquadron ya reunido,
Inflama á sus soldados y oficiales
Con la historia fatal de nuestros males.

El bravo Palafox se lamentando
Con triste tono y corazon doliente
Una noche se hallaba, meditando
El remedio de un mal tan inminente.
Entre lúgubres sombras fué cerrando
Sus párpados llorosos mansamente,
Y anegada su mente en blando sueño
Contemplaba del Galo el fiero empeño.

Quando mas pesaroso y angustiado
Agitaba su triste fantasia,
Vió á una linda muger de rostro airado
Que delante del lecho se ponia.
Un reluciente arnés todo trenzado
El espaldar y pecho le cubria,
Y un morrion de oro á su cabeza
Ajustaba con gracia y gentileza.

Una robusta lanza en su derecha
Blandiendo estaba con furor insano,
Sustentando la izquierda una bien hecha
Egida, que á su honor labró Vulcano:
En ella estaban con lazada estrecha
Enroscadas dos sierpes, y en su plano
Una horrenda cabeza aparecia
Que el rostro de Medusa descubria.

Atónito y suspenso un rato estuvo
El Gefe con vision tan admirable;
Mas luego que el temor lanzado hubo
Íbala á preguntar, y antes que hable
La diosa con la mano le detuvo;
Y mudando su aspecto formidable
En faz serena, grave y placentera,
Así le dixo, alzando la visera.

No te turbe mi vista ¡ó varon fuerte!
Y el temor de tu pecho ya destierra,
Que soy Minerva, diosa á quien por suerte
Ha cabido el dominio de la guerra.
Yo soy la que destruyo y doy la muerte
Al soberbio esquadron; yo la que aterra
Al soldado mas bravo y animoso,
Y hago triunfar al débil y medroso.

Yo, finalmente, soy quien apiadada
De tu acerbo dolor y duros males,
Vengo desde el Olimpo á tí enviada
Por el padre de dioses inmortales.
Ya tu mano por mí será ayudada
Contra el recio furor de tus rivales,
Y mi sábio consejo y brazo armado
En tu auxîlio hallarás hoy preparado.

Recibe nuevo aliento, porque unido
Con la obediencia firme y generosa
De tu pueblo constante y atrevido,
Hagas aun tu carrera mas gloriosa;
No te asombre el poder del descreido
Bando de tu enemigo, que la honrosa
Guirnalda de laurel que dá la Fama
Á coronar tu sien desde hoy te llama.

Aquí Palas dió fin, y en el momento
Aquel fuego marcial que conducia
Le inspiró de una vez con tal aliento
Que el triste corazon le enardecia:
Con raudo vuelo y presto movimiento
Que al del ave ligera parecia,
Cercada de esplendor, en clara nube
Hiende el aura despues y al cielo sube.

El bravo General obedeciendo
Al numen celestial; de sus sentidos
El opio blando luego sacudiendo,
Las tropas convocó de sus partidos:
De su gefe la voz todos siguiendo
Del bélico furór ya conducidos
Por la gloria y honor á que aspiraban
A la lucha feroz se preparaban.

Bien así como suele en el estío
Afanarse el gañan en sus fatigas,
Que uno cercena con esfuerzo y brio
El dorado cañon de las espigas;
Otro esparce á favor del viento frio
Las pajas que del grano siempre amigas
Se enlazaban con él, y cada uno
Acude á su labor ya de consuno.

De esta suerte las tropas alentadas
Por la enérgica voz del Gefe honroso,
Á todas partes vuelan derramadas,
Ocurriendo al trabajo mas penoso:
Unos forman reductos y albarradas,
Otros abriendo estan el ancho foso,
Y otros con las azadas y pisones
Levantan las banquetas y espaldones.

Qual el caduco muro ya repara,
Qual corta la fagina y salchichones,
Qual forma el terraplén, y qual prepara
Las minas, los morteros y cañones;
Aquel alza el fortin, aquel separa
Mechas, granadas, balas, municiones,
Y cada qual parece que á porfia
Disputarse la gloria á sí quería.

La noche vino al fin con negro velo
Enlutando los campos y las flores,
Y las claras estrellas en el cielo
Ya formaban sus giros y labores.
Ya la luna venciendo el frio yelo
Del tenebroso albergue, sus fulgores
Derramaba en la tierra dulce y grata,
Vistiendo el prado de radiante plata.

Quando el gran Palafox despues que ha dado
La vuelta á la ciudad y á los obreros,
Partióse á su quartel acompañado
De sus gefes y amados compañeros:
Su asiento cada qual luego ha tomado,
Y en marciales coloquios los guerreros
Trataban de pasar toda la noche
Esperando de Febo el rubio coche.

La plática sabrosa fue rodando
Hasta venir á dar en el motivo
Del proceder infiel, torpe y nefando
Que usaba con la España el Galo altivo:
El bravo general aquí exclamando
Con íntimo dolor, con eco vivo,
¡Ay amigos! les dice, que estas cosas
Son á todo español bien lastimosas.

Renovar no quisiera el triste duelo
Y el ansia que me cuesta su memoria,
Quando no habrá quizás baxo del cielo
Quien pueda ya ignorar tan larga historia:
Sin embargo; queriendo vuestro zelo
Hoy de nuevo excitar á la alta gloria
Que tendreis en vencer á ese enemigo,
Prestad toda atencion á lo que digo.

Bien notorios os son los graves daños
Que su negra ambicion causó en el mundo
Viéndolo sumergido há muchos años
En un golfo de males tan profundo:
Tampoco ignorareis que á sus engaños
Va cayendo angustiado y moribundo
Un imperio tras otro, y que la guerra
Cubre toda la faz de la ancha tierra.

Desde que este rival astuto y fiero
La discordia sembró, y al mismo trono
Asaltó la cruel; decir no quiero
La malicia, la furia y el encono
Con que al pueblo asestó y al sábio clero,
É hizo á la religion perder su tono,
Envolviendo con sectas peregrinas
La cristiana moral en sus ruinas.

Este monstruo horroroso penetrando
Por los pechos de plebe tan capciosa,
Del tósigo infernal los fué llenando
Que lanzaba su boca cautelosa;
Pues con veneno tal todos bramando
Entre grita feroz y rencorosa,
Por las calles discurren con estruendo,
Y el crímen mas atroz van previniendo.

Tan rápido torrente se derrama
Por la gran capital, allí eructando
El rabioso furor y horrenda llama
Que en su seno cruel se fue cebando:
Allí la libertad sangriento aclama,
Y por lograrla al fin, su cuello alzando
Sacude ya la ley ¡ ó suerte dura!
Que tan solo la ampara y asegura.

Aqui resuenan con el triste llanto
Las bóvedas doradas y altos techos,
Que la imagen del susto y del espanto
Abatió con su horror los duros pechos:
La fiera rebelion derriba en tanto
El trono y el altar; y tan estrechos
Y oprimidos se vieron los mortales,
Que tocaban el colmo de sus males.

La trémula campana hiriendo el viento
Con ronco son y acento lastimoso,
Aumentaba el dolor y sentimiento
En medio de tropel tan horroroso:
Siguiendo cada qual el rompimiento
Á las armas acude presuroso,
Afilando la muerte descarnada
Entre gargantas mil su fiera espada.

Un triste combatiente allí postrado
Á la fuerza se vé del duro acero,
Y otro revuelto en sangre y tropellado
Por una bruta huella ó pie ligero;
Un cuerpo sobre el otro amontonado
Aquí cierran el paso y el sendero
Al sangriento enemigo que en la lucha
El gemido y el llanto ya no escucha.

Tristes ayes, suspiros y lamentos
Ansias crueles, fieros y amenazas
Formaban doloridos mil acentos
Que atronaban las calles y las plazas.
El fuego, la violencia, los tormentos,
El saqueo, la muerte y demas trazas
Que para destruir se han inventado
Era el lienzo que allí se vió pintado.

El rumor espantoso del combate
El ámbito de Europa ya ocupaba,
Y por vengar su honor en tal debate
Todo rey á las armas se aprestaba.
No por eso el frances su cuello abate,
Que su furia y rencor se derramaba
Con un orgullo tal por todo el suelo,
Que declarára guerra al mismo cielo.

Las sangrientas banderas tremolando
Marcha ya en su furor con tal denuedo,
Que no hay fuerza y poder que al fiero bando
Le pueda resistir ni poner miedo.
Los imperios y reynos penetrando
Tala la mies, la oliva y el viñedo,
Y con pecho cruel y fulminante
Destruye y quema quanto ve delante.

Hácia el Belga triunfante se encamina,
Y le oprime y estrecha de tal suerte,
Que qual rayo voraz allí arruina
Lo que toca su brazo duro y fuerte.
El Bátavo su cuello al golpe inclina
De su crudo rigor, y horrenda muerte
Conducida por mano vencedora
Amenaza á su vida en cada hora.

Ya dirige sus pasos hácia el Reno
Asolando con furia impetuosa
El rudo campo y el pensil ameno
Sin dexar á cubierto alguna cosa:
Ya el robusto Aleman de susto lleno
Abate su cerviz siempre gloriosa,
Y el guerrero Prusiano se retira
Y entre pávido horror su saña admira.

Y el osado Breton asaz turbado
Va buscando las playas arenosas,
Lanzándose en el mar precipitado
Entre el seno de nubes espumosas;
Porque el Galo feroz y denodado
Va siguiendo sus huellas presurosas,
Haciéndole dexar ya las riberas
En sus naves fugaces y veleras.

? Mas qué podré decir en tanto duelo
De la Hesperia infeliz al ver que viene
El osado rival con fiero anhelo
Traspasando la cumbre del Pirene?
No el empinado muro que de yelo
Una valla le opone, le detiene,
Ni el Ebro caudaloso en tal porfia
Ya puede contener su altanería.

Pues el Franco cruel lleno de saña
Salva los altos montes mas fragosos,
Haciendo que gimiese nuestra España
Entre males sangrientos y horrorosos;
Mas ella en tal penar sus ojos baña
De amargas perlas, llantos dolorosos
Clamando sin cesar al justo cielo
Porque diese á su mal algun consuelo.

Á súplica tan digna se desprende
Una nube de claros resplandores,
Que desde el alto empíreo al suelo extiende
Sus matizadas luces y colores:
En ella la alma Paz las áuras hiende.
Su sien ornada de fragantes flores,
Con muchas bellas ninfas, que oficiosas
La oliva esparcen entre frescas rosas.

Todo mudó de aspecto á su presencia;
El campo reverdece, y matizada
Se mira la floresta que su ausencia
Dexó seca, marchita y quebrantada:
Del prado auyenta la mortal dolencia,
Las artes restablece, y su morada
Volvieron á ocupar las sacras Musas
Que lloraban amargas y confusas.

Al llanto substituye la alegria
De los tristes mortales, que al mirarla
Cada qual en su pecho bendecia
La dicha que tuvieron en gozarla;
Mas tósigo fatal fue su ambrosía;
Que harto fuera mejor el no gustarla,
Que con ella comprar una alianza
Que vendió á la traycion nuestra esperanza.

La nacion desde entónces maniatada
Al carro del tirano fraudulento,
Qual esclava servil se vió forzada
Á seguir siempre su furor violento.
Suya fue nuestra tropa, nuestra armada,
Suyo nuestro arsenal, y hasta el sustento
Que nos daba la tierra y cielo humano
Dispensado nos era por su mano.

El menestral escaso, el pobre hambriento
De la triste penuria rodeados
Repartían su pan y su alimento
Con las amigas tropas y soldados:
Mas el monarca vil sin sentimiento
De alguna humanidad, y quebrantados
Los lazos de amistad tan generosa
Nos armaba la red mas alevosa.

Su hidrópica ambicion y su codicia
Que ni fuero ni ley ha respetado,
Solo daba fomento á su malicia
Para encontrar un medio á su atentado.
Entre tanto las plazas, la milicia,
Las riquezas y todo le era dado
Por no descontentar al falso amigo
Que afectaba salvarnos á su abrigo.

Dos esquadras vendidas á su antojo
Acabaron las fuerzas del estado;
Que en ellas descargó su justo enojo
Por su culpa el Breton enemistado;
Mas la historia contar de tal arrojo
En la ocasion presente no me es dado;
Otra vez tocaré tan útil punto
Por el hilo seguir de nuestro asunto.

Á manera de lenta sanguijuela
La sangre sin sentirlo nos bebía,
Y con recursos tales no recela
Verter sobre la Europa su osadía.
La llama de su furia al punto vuela
Unida á su ambicion y tiranía
Por los reynos, imperios y ducados
Dexándolos desiertos y asolados.

Este volcan horrendo y pestilente
Por las paces del norte rechazado
Convirtió su furor al occidente
Sobre el reyno leal de su aliado.
La guerra lusitana fue el oriente
Del astro dominante y desgraciado
Que nos iba á regir; pues á su entrada
Con sus tropas la España fue ocupada.

Estos obscuros pasos del tirano
Daban ya á la nacion algun recelo,
Y mas quando el sagaz y fiel Britano
Alarmaba en su voz nuestro desvelo;
Mas todo vino á ser esfuerzo vano
Para excitar del rey el justo zelo;
Que entre esperanza y miedo el favorito
Le estorbaba escuchar tan fuerte grito.

No conoció el monarca seducido
Que la mayor defensa de un reynado
Es el amor del pueblo, poseido
De un respeto filial al rey amado:
En medio del peligro adormecido
Y de un escollo en otro despeñado,
En el amigo infiel aun confiaba
Y á su total ruína caminaba.

Consumóla del todo el vil exceso
Del privado infeliz, que maquinando
Por su seguridad, tramó un proceso
De parricidio atroz contra Fernando.
Oyó no sin horror este suceso
La Europa y la nacion, y él contemplando
Su peligro, y accion tan delinqüente
Fingióse intercesor del inocente.

El corzo usurpador aprovechando
De la casa real las disensiones,
Las plazas y castillos fué tomando
Que guarnece de fuertes esquadrones:
El pueblo y el gobierno pénetrando
Con tan injusta accion sus intenciones,
Quisiérase oponer; pero abatido
Escogió en el callar mejor partido.

Sus huestes entretanto discurrian
Hácia la Capital con tal misterio,
Que honrando á la nacion, nada decian
Ni nombraban al rey ni al ministerio:
Las sospechas con esto mas crecian,
Y el pueblo que miró su cautiverio
La esperanza perdió de haber entrado
Solo por destronar al gran privado.

Este viendo tambien que la fortuna
Érale ya contraria en tal momento,
Trató de no perder una oportuna
Ocasion de ponerse á salvamento:
Con plática molesta é importuna
Inclinó á los monarcas á su intento,
Disponiendo con él los soberanos
Partirse á sus estados mexicanos,

Apuróse con esto el sufrimiento
De la nacion paçiente, y la medida
Se acabó de colmar con el tormento
De verse abandonada y desunida.
Sonó el grito feroz del rompimiento,
Y furiosa se opone á la partida,
Lanzando por sus manos al valido
Á la nada otra vez de dó ha salido.

Aturdido el buen rey del golpe fiero
Le fue duro reynar sin su persona,
Y sin violencia alguna en su heredero
Abdicó el trono real y la corona:
El pueblo con afecto el mas sincéro
Reconoce á Fernando y lo pregona,
Por monarca y señor, y en su subida
Renació la nacion de muerte á vida.

No por este suceso quebrantaron
Los lazos de amistad las dos naciones,
Pues los reales decretos conspiraron
Á estrechar mucho mas sus relaciones:
Las cartas del rey joven reiteraron
Al falso emperador las intenciones
De unir á su familia el nuevo empleo
Con el sagrado enlace de Himenéo.

Despachóle á este fin una embaxada
Llena de ostentacion y de aparato;
La que siendo al infiel representada
Afectó recibirla dulce y grato;
Mas sobre el hecho mismo la emboscada
Al amigo tramó su pecho ingrato;
Que del vil corazon endurecido
Ni la misma virtud saca partido.

Por el labio sagaz de un lisongero
Así fuélo atrayendo al sutíl lazo,
Que en sus manos cayó como un cordero
Sin el menor estorbo ni embarazo.
Persuadió al nuevo rey el buen tercero
Que en union amorosa y tierno abrazo
Verse Napoleon con él quería,
Y su marcha á este fin ya disponia.

El incauto Fernando que juzgaba
Por su fiel corazon el del malvado,
Con sencillo placer solo aguardaba
La venida de huesped tan honrado:
Por irlo á recibir, qual deseaba,
Á su hermano mayor luego ha mandado,
Y aun teniendo por corto el homenage,
El monarca le sigue en su viage.

¿Qué pecho ó corazon de tal fiereza
Aun en las mismas selvas se encontrára,
Que á una demostracion de igual fineza
Lleno de confusion no se ablandára?
Pero la obsecacion y la dureza
Del corzo desleal era tan rara,
Que á la sombra de tantos beneficios
Le tramaba mas redes y artificios.

Qual astuto enemigo que emboscando
Su numerosa tropa en la espesura
Al valiente contrario va llamando
Con pequeña porcion á la llanura;
Mas si vé que le sigue el recio bando
Se retira con maña á la estrechura
Para luego salir, y en la sorpresa
Hacer del esquadron segura presa.

Así el usurpador al peregrino
Á la horrible celada conducia,
Que afectando encontrarle en el camino
El infame traydor no parecia:
Con la esperanza el rey perdió ya el tino
Qual suele suceder al que confia,
Y de uno á otro lugar siempre marchando,
Preso en Bayona al fin se vió Fernando.

Luego que allí le tuvo el alevoso
Sus brazos extendió para abrazarle,
Como acontece al aspid venenoso
Que se enrosca en el hombre por ahogarle;
Mas no tardó en mostrar el ambicioso
El motivo ruin de agasajarle,
Mandándole abdicar en su cabeza
La corona de España y su grandeza.

El pecho del monarca aunque abatido
Su entereza mostró con su respuesta,
Haciéndole saber que no ha nacido
Árbitro de acceder á su propuesta:
Que solo la nacion que se ha servido
Con ella coronar su sien y testa
Es quien puede asentir y dar oido,
Qual gustare mejor á este partido.

Turbóse el corazon del insolente
Y soberbio opresor á tales voces,
Y qual tígre voraz ó leon rugiente
De su seno lanzó gritos feroces:
Mas pensando vencer al rey paciente
Por medios á su vér no tan atroces,
Á Bayona llevó los padres reyes
Socabando el cimiento de las leyes.

En tan dura opresion, ya conociendo
El respeto del hijo y su obediencia,
Los derechos del padre defendiendo,
Reclamó en su favor la tal violencia.
El príncipe español allí cediendo
La diadema en su sien; á conseqüencia
Cárlos por el tirano compelido
Con ella al rey José luego ha ceñido.

Mientras que tan horrible y triste escena
El falso seductor representaba,
El pueblo de Madrid con dura pena
La vuelta de su rey solo esperaba:
Entre tanto con faz siempre serena
Del amigo los fueros respetaba,
Rindiendo á sus legiones vasallage
Con su fina atencion y su hospedage.

Mas al ver arrancar los tristes restos
De la casa reál hácia la Francia,
Los ocultos ardides manifiestos
Y burlada tambien su tolerancia;
Mudando de una vez los blandos gestos
En sangriento furor y en arrogancia;
Los pobres, los plebeyos y señores
Prorumpieron en quejas y clamores.

Los fieros opresores que buscaban
Á su vil rompimiento algun asilo,
Ansiosos de la sangre ya afilaban
De su espada cruel el duro filo:
Por las plazas y calles se internaban,
Y en el pueblo pacífico y tranquilo
Comienzan á esgrimir como leones
Sus alfanges los recios esquadrones.

Ultrajados así sus habitantes
Corrieron á las armas con presteza,
Y entre blancas espadas centellantes
La matanza feroz al punto empieza.
Con valerosos pechos palpitantes
Ofenden sin cesar con tal destreza,
Que las tropas valientes y aguerridas
Vacilantes andaban y esparcidas.

La sangre derramada ya corriendo
En copiosos raudales se veia,
Y el pueblo á todas partes discurriendo
Con firmeza la lucha sostenia:
No le asusta el rigor y fiero estruendo
Del cañon y el obus que resistia;
Que todos con temosos corazones
Arrostraban los fuertes batallones.

Sin gobierno, sin gefes ni soldados
De tal suerte las filas penetraban,
Que miraban caer á todos lados
Los soberbios gigantes que asustaban:
Estos ya sin vigor y amedrentados
Á la muerte sus cuellos preparaban,
Quando la voz de paz y de harmonía
Del magistrado al fin los contenia.

La obediencia leal y respetosa
Desarmó al noble pueblo enfurecido
Y el combate cesó; mas la horrorosa
Mortandad comenzó, y el alarido:
Aquella noche horrible y pavorosa
Su silencio rompió con el gemido
De los tristes vecinos desarmados
Que eran en todas partes fusilados.

De este modo triunfó la cobardía
Del monarca sangriento é inhumano,
Y en el propio momento aparecia
La corona ceñida ya á su hermano:
Mas á fin de paliar su alevosía
Y dexar á su intriga el paso llano
Á Bayona convoca otro congreso
Que diese á sus dislates algun peso.

Por unos tristes hombres cohechados,
Y por otros violentos y oprimidos
Fueron entre las armas rubricados
Sus tratados y pactos fementidos.
Con tan débil poder autorizados
Se despachan á todos los partidos,
Y entre el robo, la espada y el cauterio
Nos anuncian horrendo cautiverio.

La española nacion siempre constante
No pudiendo sufrir tan negra afrenta,
De su pecho lanzaba el fulminante
Y horroso furor que la atormenta.
En vano la guadaña amenazante
Y el tirano poder se le presenta;
Que el valor ultrajado tan vilmente
Abrasó el corazon mas negligente.

El soplo del honor encendió luego
El sagrado volcan del patriotismo,
Y ardiendo la nacion en vivo fuego
Al tirano mostró su alto heroismo.
Entre el justo rencor y furor ciego
Las iras provocó del negro abismo:
Que acudiendo á las armas de repente
Por los pueblos voló la llama ardiente.

En confuso clamor y vocería
El grito de la guerra se escuchaba,
Á que el fiero cañon correspondia
Con la horrible venganza que anunciaba.
Guerra el ronco timbal hoy repetia,
Guerra el marcial clarin ya resonaba,
Y guerra y fuego y muerte y cruel veneno
Lanza cada español del crudo seno.

De esta suerte los bravos campeones
El yugo vergonzoso sacudian,
Y entre tantos estragos y trayciones
Las falanges francesas no temian.
En prueba de su amor altos pendones
Por el ayre otra vez luego extendian,
Nuevamente en su saña proclamando
Por monarca de España al rey Fernando.

Ved aquí, compañeros, la ventura
De la patria infeliz en este dia,
Y la causa fatal de la presura
Que hoy padece la grande monarquía:
Ved aquí ya tambien la coyuntura
De vencer ó morir en tal porfia;
Porque entre ser esclavos ó señores
No hay mas medio que ser viles traydores.

Así la triste historia relataba
El leal Palafox, y aquí llegando
En lágrimas sus ojos anegaba
Al cielo mil suspiros exhalando;
Pero al eco y rumor que ya sonaba
De la guerra cruel se levantando,
Acuden á gran priesa todos juntos
Á ocupar con valor sus varios puntos.

LA IBERIADA.

CANTO TERCERO.

ARGUMENTO.

Ayudado el francés del crudo Marte
De Alagon en el punto se presenta:
Su gente Palafox luego reparte,
Y se traba una accion dura y sangrienta.
Llevando su esquadron la peor parte
Lo contiene en su fuga y lo sustenta,
Y con sábias razones alentado
Vuelve luego al combate comenzado.

Ya la rosada aurora en el oriente
De las húmedas sombras los horrores
Auyentaba, y el áura transparente
Comenzaba á bordar con sus albores:
Ya alegraba los campos, y la gente
Despertaba al afan de sus labores,
Quando vuelto el caudillo á sus legiones
Las dirigió animoso estas razones.

¡O amados compañeros! les decia:
¡O valerosos gefes y soldados!
Firmes colunas de la monarquía,
Y muros de defensa á sus estados:
El tiempo ya llegó, y este es el dia
De quedar para siempre eternizados
Abatiendo á un rival que poderoso
Hoy pretende turbar nuestro reposo.

Su perfidia y traycion ya es muy notoria
Y la dura opresion que de él sufrimos;
Que apénas nos quedó triste memoria
De la grande opulencia que tuvimos.
¿Pues quánta debe ser hoy nuestra gloria
Si á tan fiero contrario resistimos
Con la fuerza y valor que en nuestros pechos
Nos inspira la patria y sus derechos?

No temais ¡ó soldados valerosos!
La arrogancia y poder de ese enemigo
Si cubriros quereis de unos gloriosos
Timbres en su exterminio y su castigo.
¿Acaso no sois vos los prodigiosos
Hijos de aquellos padres que consigo
Llevaron el terror al Lácio imperio,
Y han rendido á sus pies otro hemisferio?

Vuestro brazo no ha sido el que constante
Redimió el cautiverio y la presura
Del yugo sarraceno, y que triunfante
Al fin vino á quedar de su bravura?
¿No fué quien al soberbio y arrogante
Araucano domó la serviz dura,
Y el que á la turca armada puso espanto
En el turbado golfo de Lepanto?

¿Pues quién podrá abatir hoy vuestra mano
Que de honroso valor va revestida
Contra un fiero enemigo que inhumano
Asesta á vuestro honor y á vuestra vida?
Rendid ya la soberbia con que ufano
Á todo el mundo asusta é intimida,
Y solo en este golpe recobremos
La paz y libertad que apetecemos.

Á vencer ó morir nos fuerza y llama
El amor de la patria, el soberano,
Nuestro mismo interés y nuestra fama,
Y el yugo sacudir de un vil tirano.
¿Qué honroso corazon ya no se inflama
Y entre el negro furor del hado insano
Hoy no busca la gloria lisongera
Que en el campo de honor solo le espera?

Mirad que en el valor de vuestro acero
Apoya la nacion hoy su esperanza,
Y que el combate atroz quánto es mas fiero
Tanto es gloria mayor la que os alcanza.
Aspire cada qual á ser primero
En tan honrosa lid; pues afianza
Con esto su quietud, y nos demuestra
Que la fuerza y honor está en su diestra.

En el mayor peligro es donde halla
Su mayor galardon un brazo osado,
Pues el pecho que al miedo se avasalla
Por un vivir obscuro y deshonrado,
Siente dentro de sí mayor batalla
Viviendo como infame señalado:
Que al honroso varon qualquiera afrenta
Mas que la propia muerte le atormenta.

No es deciros por eso que el prudente
No tema con razon la suerte dura;
Mas vencer el temor es ser valiente
Y su gloria inmortal así asegura:
Ni por esto se debe neciamente
Del todo confiar en la ventura;
Mas siempre pelear con fuerza nueva;
Que la palma hasta el fin nadie se lleva.

Pero vuestro valor por mas ardiente
Que en la sangrienta lucha se mostrare
Deberá ser tambien dulce y clemente
Siempre que el enemigo se humillare;
La clemencia al valor es consiguiente,
Y el gefe militar que en sí la hallare
Será amado, temido y respetado,
Y las prendas tendrá de un buen soldado.

Mas entre todas ellas la primera
Que en vos debe reynar ¡ó compañeros!
Es la fé y lealtad que confedera
Y forma los amigos verdaderos;
Porque es la vil traycion qual bestia fiera
Que asuela sin sentir reynos enteros:
No hay contra el desleal nada guardado,
Ni enemigo mayor que el disfrazado.

Con ella caminar debe así mismo
La obediencia y respeto á la cabeza,
Que muy débil será vuestro heroismo
Si el gefe á un solo fin no lo endereza:
La poca sumision y el egoismo
Causan la desunion y la flaqueza;
Y el esquadron mas fuerte desunido
Fácilmente será roto y vencido.

Vamos pues, al combate y no perdamos
Los laureles de honor que nos presenta
Ese vano opresor que ya miramos,
Y la tierra conmueve y amedrenta:
De nuestros fuertes pechos sacudamos
Todo vano temor; pues hoy se intenta
En el mundo adquirir tales renombres
Que nos dén alta fama entre los hombres.

Así el Gefe animó sus divisiones,
Y la osada y valiente compañía
Con recios y esforzados corazones
Á la lucha feroz se disponia:
Tremolados al viento los pendones
Comienzan á seguir la honrosa vía
Que el paso les abria á la carrera
De una gloria eternal y verdadera.

Era cosa de ver la bizarría
Con que ya las falanges concertadas
Del valiente español baxo su guia
Caminaban á marchas redobladas.
¿Mas quién podrá contar la simetría
Con que sus bravas tropas adornadas
Iban de ricas telas y brocados
Y de ayrosos plumages matizados?

¿Quién tampoco decir el aparato
De máquinas de guerra, municiones,
Armas de toda clase y fino ornato,
Obuses, morteretes y cañones?
¿Quién el son harmonioso, dulce y grato
Que formaban los fuertes esquadrones,
Hiriendo sin cesar los frescos vientos
Con marciales y dulces instrumentos?

Por toda la campaña resonaban
Las flautas, los clarines y tambores,
Y las huestes en torno rodeaban
Cefirillos graciosos que con flores
Ornaban la carrera, y exhalaban
Por el áura sutil blandos olores,
É hinchendo de delicias el ambiente
Preparaban el triunfo á nuestra gente.

Con presagio feliz se conducian
Las valerosas tropas animadas
De las gentes, que al paso repetian
Muchos vivas y salvas concertadas.
Ya en esto por el campo aparecian
Del enemigo infiel las avanzadas,
Que con pechos sangrientos y ferinos
Iban cubriendo sendas y caminos.

El soberbio Lefebre era el primero
Que á la eterna mansion desafiando,
Agitaba un frison bravo y guerrero
Nubes de espeso polvo levantando.
Con un ayre marcial aun mas severo
Tras él camina el foragido bando
De las diversas gentes y naciones
Que siguen del frances los pabellones.

Los que el Báltico mar hinchado riega,
Los Helvecios, Suevos y Saxones,
Los que el alto Apenino ya segrega
Formando varios pueblos y regiones:
Los nueve electorados que congrega
La Germania en sus giros y sesiones;
Los Bávaros, Francones, Wesfalienses,
Bátavos, Lituanos, Cracovienses.

El carro de Faetonte ya doraba
Las cimas de los montes, recogiendo
Las tenebrosas sombras que dexaba
La noche; cuyos pasos va siguiendo.
Ya en el mar erizado se lanzaba,
Y la tierra de luz iba vistiendo
Quando del Galo infiel las compañías
Tomaban de Alagon las cercanías.

Qual ardiente cometa que vagando
Por el éter sutil en noche obscura
Tan rutilantes rayos va arrojando
Que parece anunciar triste ventura;
Así el luciente Febo centellando
En el brillante peto y armadura
De las horribles huestes, parecia
Que los campos y montes encendia.

Ya por el ayre vago resonaba
Del guerrero clarin el dulce acento
Y el caballo fogoso relinchaba
Ostentando brioso su ardimiento:
Ya la tropa marcial solo esperaba
La señal y la voz del rompimiento;
Quando vuelto Lefebre hácia su gente
Dixo tales palabras brevemente.

No olvideis esta vez, fuertes varones,
Que tres lustros contais de vencimientos
Siendo tantos quan fueron las acciones
De esos brazos robustos y sangrientos:
Vos fuisteis los valientes campeones
Que en Jena y Austerliz como á portentos
De constancia y valor os admiraron
Esas gentes que al mundo amedrentaron.

Vos sois los cazadores esforzados
Y aquellos coraceros y dragones
Que aterrasteis los pueblos alentados
Del Apenino y Alpe y sus legiones:
Las escarpadas sierras y anchos vados
Superasteis tambien como leones
Venciendo vuestras fuerzas y conatos
Á los bravos Ilirios y Croatos.

No querrais marchitar en un momento
Tantos verdes laureles merecidos
Por la grande constancia y ardimiento
De esos pechos valientes y aguerridos:
No os aterre el furor y bravo aliento
De esos vuestros contrarios atrevidos;
Que son gentes sin órden ni experiencia
Las que intentan haceros resistencia.

No penseis que esa turba que os provoca
Os venderá muy cara su osadia;
Que es débil, inconstante y siempre poca
Contra vuestro teson y valentia:
Abatid de una vez su pasion loca,
Y decidid de un golpe esta porfia;
Que humillada del todo su arrogancia
Será inmortal el nombre de la Francia.

Bien podréis conocer que el hado afable
Jamás pudo mostrarse mas propicio
Poniendo en vuestra mano infatigable
El mas alto y glorioso sacrificio:
Hoy será á poca costa memorable
Vuestro esfuerzo leal y fiel servicio,
Cogiendo á manos llenas los despojos
Que el contrario presenta á vuestros ojos.

Marchad pues ¡ó franceses generosos!
Al campo del honor que veis delante;
Que Fortuna con ojos cariñosos
Demostrando os está ya su semblante:
Caminad á cortar esos honrosos
Laureles con que os brinda en este instante
Para ceñir con ellos vuestra frente
Aun digna de un blason mas eminente.

Esto dixo, y al punto repitiendo
Sus ecos los clarines y tambores,
Entre el ruido marcial y fiero estruendo
Avanzaban los fuertes cazadores:
Ya el pueblo aragonés iba embistiendo
Vomitando bravezas y rencores,
Y con golpe feroz ya se encontrando
Cierra furioso el uno y otro bando.

Bien así como el Noto embravecido
Quando al Boreas encuentra en su carrera
Chocan con tal violencia y estampido
Que hacen temblar á la celeste esfera:
Retumba el monte con atroz sonido,
Cubre la parda nube su cimera,
Y entre densas tinieblas y tronadas
Las centellas se cruzan inflamadas.

De este modo los recios esquadrones
Se golpean y baten con tal saña,
Que los continuos fuegos y explosiones
Atronaban el valle y la montaña:
Saltan de los templados morriones
Rayos de viva luz en la campaña
Entre la humosa niebla que cubria
La rutilante faz del claro dia.

Nuestros fuertes soldados contrastando
El ímpetu feroz del enemigo,
Iban por sus colunas penetrando
Llevando en las espadas su castigo:
Aquí y allí cabezas cercenando
Qual cortante segúr en blando trigo,
Cubren la seca arena abrasadora
Con la sangre cruel y usurpadora.

Tras ellos corre por la honrosa puerta
Que su valor abrió, la muerte airada
De una tostada piel solo cubierta
Sobre su faz enxuta y descarnada:
En su carro fatal pálida y yerta
Se dexaba mirar, y una afilada
Y tajante guadaña conducia,
Y así por todas partes discurria.

Su presencia feroz, negra y obscura
Vertió la confusion entre la gente,
Y cada qual al punto se apresura
Á herir á su contrario diligente:
Un guerrero con otro su ventura
Disputaba con ánimo impaciente,
Y entre el fuego y el humo los soldados
Se miraban revueltos y mezclados.

En medio del monton confuso andaba
El atrevido Marte sanguinoso,
Y el látigo sonante descargaba
Sobre el bruto lozano y animoso:
Hora en la ardiente arena levantaba
Un remolino obscuro y polvoroso;
Hora en las fieras huestes se veía
Infundiendo el valor y la osadia.

Crece el furor y rabia del soldado
Quanto mas el horror y el daño crece;
Que siempre cada qual mas obstinado
Contra el recio enemigo se embravece:
Por herido que esté y ensangrentado
Su constancia y valor no desfallece;
Pues ardiendo en su saña el artillero
Arroja en cada tiro el fin postrero.

¿Qué corazon habrá tan fuerte y duro
Que al mirar un destrozo tan sangriento
Pudiera sostenerse en tanto apuro
Sin perder su vigor y bravo aliento?
Mas era un diamantino y recio muro
Aun el pecho mas débil; que el tormento
Del bélico cañon no le amedrenta
Por mas que á todos lados se presenta.

Causaba horror el ver á tantas gentes
Todas á un mismo tiempo peleando,
Tantas bocas horrísonas y ardientes
Humo, balas y fuegos vomitando:
Cada vez mas osadas é inclementes
Al contrario esquadron van avanzando;
Que el temor de la muerte á nadie espanta
Aunque mire la espada á la garganta.

Rompen las duras filas obstinadas
Los fuegos del cañon y del mosquete;
Mas en el mismo punto son cerradas
Con las nuevas que cubren el boquete:
Ni la horrible explosion, ni las espadas
Las pueden rechazar; pues acomete
Cada qual á saciar su atroz fiereza
Sobre la horrenda muerte en que tropieza.

Entre tanto rigor iba faltando
El vigor á las tropas desangradas;
Que el bravo corazon ya palpitando
Va perdiendo sus fuerzas desmayadas;
Pero el fiero enemigo contemplando
Todas sus esperanzas ya frustradas,
Venciendo el ceño de la cruda muerte,
Tienta el medio postrero de su suerte.

Las espadas y dientes apretando
Baten embravecidos las hijadas
De los fuertes caballos que cerrando
Chocan con nuestras gentes ya cansadas:
Los aceros y brazos levantando
Por el flanco las cogen descuidadas
Envolviendo qual recio torbellino
Al turbado esquadron que anda sin tino.

Nuestra gente visoña y sorprendida
Con la horrorosa muerte ya cercana,
Va cediendo al furor del homicida
Que toda oposicion vence y allana:
Por el sangriento campo ya esparcida
El quererla ordenar es cosa vana,
Que el rumor de las armas y frisones
Álas daba y esfuerzo á los talones.

El bando infiel en tanto apoderado
Del puente del canal en tal derrota,
Va siguiendo el alcance comenzado
Qual águila fugaz que el viento azota.
De Casa-blanca el punto ya asaltado,
Sus fuerzas y valor en vano agota;
Que oprimido de golpe tan violento
Obligado se mira al rendimiento.

De Saldubia la fiel al flaco muro
Ya llegaba la gente perseguida,
Quando el gran Palafox en tal apuro
Á las tropas contuvo en su corrida
Con tono valeroso y gesto duro
Y la rabia del pecho ya encendida,
Levantando la espada que llevaba
Estas sábias razones les hablaba.

¿Adonde ¡ó compañeros generosos!
Os conducen temores infundados?
¿Adonde vuestros pechos valerosos
Os llevan esta vez descarriados?
¿Intentais el dexar vuestros gloriosos
Y antiguos timbres con rubor manchados,
Y que el nombre español siempre temido
Hoy se mire por vos escarnecido?

No son esos soldados que miramos
Deidades soberanas é inmortales
Como quiere el tirano que creamos
Para hacernos gemir con duros males:
Hombres como nosotros ya probamos
Que son, y en el valor muy desiguales;
Que ya viérais su orgullo confundido
Si constantes hubieseis resistido.

¡Qué refugio pensais ¡ó miserables!
Hallar en estos muros carcomidos
Contra aquesos rigores implacables
De que pronto sereis acometidos?
Los caminos os son intransitables,
Las alturas y puentes veis perdidos:
¿Qué esperanza teneis en estos llanos
Sino el brio y valor de vuestras manos?

No van ya nuestros brazos dirigidos
Á salvar un derecho imaginado,
Ni á sostener caprichos y partidos
De un gabinete ciego y obstinado.
Nuestros mismos hogares perseguidos,
Nuestro triste exterminio decretado,
Y librar nuestro rey, la patria y vida
Hoy tan solo al combate nos convida.

Si la Parca feroz os amedrenta
Con su ceño sangriento y espantable,
Mas cruel os será si en tal tormenta
Resistirla no osais con pecho estable.
De vuestra dura muerte y vuestra afrenta
Se ha firmado el decreto irrevocable:
Tan solo el pelear puede salvaros
Y en dichas las desgracias conmutaros.

Si inclináreis el cuello á las cadenas
Á que todos estamos condenados,
Comenzarán de nuevo vuestras penas
En climas rigorosos y apartados:
Allí entre ardientes y áridas arenas,
Ó entre montes de nieve sepultados
Sereis á manos de una cruda guerra
Que cobardes rehusais en vuestra tierra.

Una misma es la muerte rigorosa
Con que ya os amenaza el fatal hado:
Allí la esperais cierta, aquí dudosa
Si con ella luchais con pecho osado;
Y mas vale morir con frente honrosa
Por salvar á la patria y al estado,
Que rendir la cerviz al duro acero
Por saciar la ambicion de un vil guerrero.

Servir de confusion debe al cautivo
Exhortarle á romper sus eslabones,
Y aun es mas deshonor que el brazo esquivo
Hoy se muestre á vengar tales baldones:
El pecho á quien no abrasa un fuego vivo,
Y los riesgos calcula en sus prisiones,
Es cobarde ó traydor, y separado
Debe ser para siempre de mi lado.

Volved ya sobre vos ¡ó aragoneses!
Y recobrad los brios desmayados;
Que en la guerra tal vez son los reveses
Las semillas de láuros no esperados:
Nuestras mayores honras é intereses
En vencer al contrario estan cifrados,
Y el que siga mis pasos mas ligero
Ese es el español mas verdadero.

Dixo; y ardiendo en cólera y despecho
El acero vibró con mano osada,
Y revolviendo el bruto va derecho
Sobre la turba infiel y denodada:
Síguele su esquadron casi deshecho,
Y ya la gente ciega y obstinada
Le jura no volver jamas la rienda
Hasta acabar del todo la contienda.

Como el bravo lebrel que detenido
Por una fuerte mano que le oprime,
Si de la fiera atroz oye el bramido
Rabioso ladra, é impaciente gime;
Ya lucha por soltar el lomo asido
Sin que el ronco clamor le desanime;
Mas rota la prision va sin tardanza
Y sangriento y voraz al cuello avanza.

De este modo los recios combatientes
Aun de tantos rigores no cansados,
Acometen audaces y valientes
Por heridos que estén y destrozados:
Unos contra los otros impacientes
Renovaban sus golpes despiadados,
Sin que pueda apagar su fuego y brio
Aun la sangre en que nada el cuerpo frio.

Fuera cosa de ver la grande priesa
Con que todas las gentes descargaban
La dura mano, que á la audaz empresa
Sus atrevidos pechos no negaban:
Del temoso furor la gran represa
Allí de nuevo sin temor soltaban;
Que el fiero brazo del rencor guiado,
Jamas se mueve ya sin ser vengado.

Era tanto el batir de las espadas
Y tan crudos los golpes repetidos,
Que entre las hojas finas y templadas
Se cruzaban los fuegos despedidos:
Parecia el oir las martilladas
Con que forjan los rayos encendidos
Los Cíclopes ministros de Vulcano,
Segun el golpear era inhumano.

Unos al sacudir el fuerte brazo
Un contrario á sus pies del golpe tienden:
Otros mas esforzados de un sablazo
Dos cabezas, ó mas del cuello hienden:
Otros en su rencor con fiero abrazo
En el ayre se estrechan y suspenden
Luchando hasta caer, ya traspasadas
Sus espaldas con recias puñaladas.

Allí el acero levantando insano
Entre el fuego y el humo y vocería
Qual líbico leon, ó tígre hircano
Cada qual al contrario acometía:
Allí el lamento se repite en vano;
Que en tan fiero destrozo no se oía
Sino el cañon, el hierro, la venganza,
El deguello crüel y la matanza.

En confuso tropel todos revueltos
Los feroces soldados discurrian,
Y con brazos temosos y resueltos
Las heridas y muertes repetian:
Era tanto el rigor, que en sangre envueltos
Á los vivos los muertos impedian,
Siendo ya el sable reluciente y fino
Guadaña horrenda de color sanguino.

Allá entre ardientes balas despedidas
Corre la horrible muerte á todos lados;
Acá el ronco cañon rompe cien vidas
Con cien horrendos globos inflamados:
Las crudas bayonetas homicidas
Rasgan allí mil pechos y costados,
Y aquí la fiera espada en solo un vuelo
Dos soberbias gargantas tira al suelo.

¿Quién fuera tan cruel que no gimiera
Al mirar tanta sangre derramada,
Tanto helado cadáver por dó quiera
Exhalando ya el alma desmayada?
Uno esparcida y rota la mollera
Desfallece al dolor con faz turbada,
Y otro por las espaldas dividido
Se revuelca en sus ansias ya rendido.

Unos allí con otros se atropellan
Ciegos de su furor, y ya sin tino
Corren acá y allá, y al paso huellan
Al que acierta á caer en el camino:
En vano se lamentan y querellan
Llorando cada qual su infiel destino,
Que en tanta confusion y recia lucha
El vencer ó morir solo se escucha.

No hay punto ni lugar que en tal matanza
La guadaña feroz dexe vacío,
Que al muerto le sucede sin tardanza
Otro con mas constancia y poderío:
La espada, bayoneta, plomo y lanza
No bastan á extinguir su ardiente brío;
Que á herir al enemigo van airados
Aunque miren sus pechos traspasados.

Ni la muerte cruel ni el hierro espanta
Al corazon valiente y atrevido,
Que entre el fuego y la bala se adelanta
Á vengar su rencor mas encendido.
Quién avanza al rival con furia tanta,
Que qual hambriento tígre de él asido
Le hiere sin cesar por todos lados
Á puñadas, á coces y á bocados.

Qual hay tan temerario que pisando
Sus mismos intestinos y azadura,
Aquí y allí cayendo y resbalando
Á dañar al contrario se apresura:
Quién falto del vigor ya desmayando
Suerbe su negra sangre con bravura,
Y renueva la lucha en su tormento
Hasta rendir las fuerzas y el aliento.

¿Pero qué pluma habrá que al cabo llegue
En un tan dolorido y triste canto,
Ni qué lengua mortal que no se pegue
Al seco paladar en tal quebranto?
Que no habrá corazon que aquí se niegue
Á la amarga congoja y tierno llanto
Al ver ya tantas gentes destrozadas
Y por los roxos campos derramadas.

Todo en fin era sangre, todo fuego;
Todo terror, venganzas y clamores:
Ya no se escucha el llanto y triste ruego,
Ni se temen bravezas ni rencores:
Que los fuertes contrarios sin sosiego
Se baten y acrecentan sus rigores
Hasta que dura muerte los separa
Como el canto siguiente nos declara.

CANTO QUARTO.

ARGUMENTO.

El combate prosigue nuestra gente
Donde el contrario al fin es derrotado.
Accion gloriosa de un rapaz valiente
Que halláron en el campo desangrado.
Hace el gran Palafox un eloqüente
Discurso sobre el hecho, y acabado
Vuelven á descansar á su destino,
Y lo que allí pasó con un marino.

No es fácil reducir á breve suma
Las horribles desgracias y los daños
Que causa la perfidia, ni habrá pluma
Que pueda referir de sus engaños
La astucia destructora con que abruma
Al mísero mortal por tantos años:
Que los reynos é imperios mas crecidos
Hoy se miran por ella destruidos.

Esto podrá notarse claramente
En esta desgraciada y triste historia
Al ver como la una y otra gente
Disputaba rabiosa la victoria:
Que Discordia sembró tan vehemente
El fuego y el rencor, que no hay memoria
De un exterminio tal, y el pecho mio
Desfallece al seguir helado y frio.

Inspira ¡ó sacra Musa! nuevo aliento
Á mi cansada voz para que pueda
Referir con suave y fino acento
De tan duro combate lo que queda:
Estadme vos, Señor, tambien atento;
Que el valor del soldado es justo ceda
En gloria, y en honor de un nuevo Atlante
Digno de una milicia tan brillante.

Por el órden que llevo referido
Nuestras tropas andaban defendiendo
El honor de las armas, y el partido
De su nacion y rey con fiero estruendo.
Ya Minerva con ánimo atrevido
Y con brazo feroz la asta blandiendo
En medio de los nuestros discurría
Sosteniendo su esfuerzo y valentía.

En el bando contrario el crudo Marte
Tal rencor en los pechos inspiraba,
Que cada qual ardiendo por su parte
Entre el hierro y el fuego siempre andaba.
No hay uno que medroso ya se aparte
Del peligroso puesto que ocupaba;
Sino siempre encendido en nueva ira,
Á vencer al contrario solo aspira.

Los bravos españoles conociendo
El empeñado lance en que se hallaban,
Iban siempre la lucha sosteniendo
Y en su ciego teson no desmayaban;
Mas su grande valor ya no pudiendo
La gloria dilatar á que aspiraban,
Renovando su ardor todos á una
Á probar de una vez van la fortuna.

Así que todos del furor guiados
Arrojan los fusiles y escopetas,
Y unos con los alfanges empuñados,
Calan otros las recias bayonetas:
De este modo se lanzan disparados
Al espeso esquadron como saetas,
Sacudiendo con ansia el brazo fuerte
Que lleva en cada golpe cruda muerte.

Era tal el rigor la furia tanta
Que aun cubiertos de heridas y balazos
Nada entre tanto horror ya les espanta
Ni es bastante á domar sus duros brazos.
Quál hay que cercenada la garganta
Y su cuerpo en la lid hecho pedazos
Mueve la recia espada por costumbre
Y acomete á la airada muchedumbre.

Quién, su valiente diestra desarmada,
Al armado frances salta ligero
Haciéndole probar á su llegada
La cruel muerte con su mismo acero.
Quál blandiendo su mano ensangrentada,
Acá y allá descarga el golpe fiero:
Que nada para herir hay reservado
Á la rabia constante del soldado.

Quién del bravo enemigo ya trabado
Por rendirlo trabaja y forcegea,
Y uno y otro caido y desangrado
Se bate sin cesar y se golpea.
Quál el robusto brazo destrozado,
Aun sostiene la lucha y la pelea,
Y quál la honrosa mano ya cortada
Antes suelta la vida que la espada.

Tal era la matanza y tan sangrienta
Que enroxecido el campo se veía
Con la enemiga sangre, y la cruenta
Y horrible mortandad que en él había:
Á diez, á doce, á veinte y á quarenta
Cádaveres de un golpe recibía,
Llegando hasta los senos de la tierra
El estrago horroroso de la guerra.

No hay sitio en la campaña que teñido
Y de muertos y heridos no esté lleno;
Pues un raudal de sangre desmedido
Lanzaba cada qual del roto seno:
Por allí un miserable ya tendido
Respiraba al morir cruel veneno,
Y atravesado el otro acá se mira
Tras del alma arrojando negra ira.

Los valerosos gefes y soldados
En sus manos, cabezas y vestidos
De la sangre cruel se ven bañados,
Y en espectros sanguinos convertidos.
Del temoso furor arrebatados
Lanzan sus ojos rayos encendidos;
Que aun el brazo caido y ménos fuerte
Es un ministro horrendo de la muerte.

Hay hombre tan feroz que ya no puede
Sostener el acero de cansado,
Y porque à su rigor nada le quede
Muere contento con haber matado.
Hay otro mas rabioso que no cede
Por herido que caiga y maltratado;
Que cortada del cuello la cabeza
Conserva su vigor y su entereza.

Unos su vida sin temor defienden
Llevados del valor y la esperanza;
Otros al enemigo solo ofenden
Por el laurel y gloria que se alcanza;
Mas otros que el vivir ya no pretenden,
De su muerte procuran la venganza,
Y todos por respetos sanguinarios
Descargaban su rabia en los contrarios.

Muchos la dura muerte contrastando
Aun muriendo, su honor mas sostenian
Los sangrientos aceros empuñando
Que en sus pechos clavados ya veían,
Y los recios pedazos arrancando
El peligro con ellos rebatian,
Exerciendo con todo el que encontraban
De sus fuerzas los restos que quedaban.

Pues otros entre sí juntos y unidos
Sobre la dura tierra van cayendo,
Y entre horrísonos gritos y bramidos
El furor de su pecho estan vertiendo;
Que con los fuertes brazos ya cosidos
Y executar mas daño no pudiendo,
Reciben el mortal y amargo trago
Alegres por morir causando estrago.

Daba ya compasion al ver la gente
Falta de su vigor y quebrantada,
Cubierta de sudor su honrosa frente,
Denegrida, marchita y desgreñada:
Ya el triste corazon gime doliente,
Y el alma mas cruel se ve angustiada;
Que entre el fiero rigor de tal debate
Ya contaban diez horas de combate.

Los gemidos, los llantos y lamentos,
Los ayes y suspiros dolorosos
Llevados esta vez de humosos vientos
Quebrantaban los pechos mas briosos.
Todo era angustia en fin, duros tormentos,
Muertes, dolores, gritos lastimosos
Que mezclados en sí confusamente
Un sonido formaban inclemente.

Ya los fuertes soldados se miraban
Sin poderse mover de quebrantados;
Que con espeso aliento respiraban
Sus pulmones y pechos agitados:
Ya las armas sangrientas se doblaban
Con sus tajantes filos embotados,
Y sin haber alguno que se embista,
Se quieren destrozar aun con la vista.

No por esto la parca destructora
Aplaca su furor de esta manera;
Que avanzando al contrario en esta hora
Renovaba su rabia carnicera.
Aquí un mísero clama, el otro llora,
Y otro probando está la segur fiera,
Cayendo sin cesar á todos lados
Los heridos y muertos apiñados.

Que nuestras bravas tropas aumentando
Otra vez sus esfuerzos y rigores,
Iban de la campaña renovando
La triste confusion y los horrores:
Ya con nueva constancia peleando
Entre horrorosos gritos y clamores,
Saltan, corren y avanzan despechados
De un sangriento rencor arrebatados.

¿Visteis como la plebe laboriosa
De la ingeniosa abeja susurrante
Ya construye el panal de miel sabrosa,
Ya destila á la flor su humor fragante,
Una vuela ligera y afanosa,
Entra y sale la otra á cada instante,
Y todas al zumbido repitiendo
En enxambre confuso estan hirviendo?

Pues así los turbados remolinos
De las feroces tropas discurrian;
Que parece que en recios torbellinos
Las unas á las otras se envolvian.
Unos corren rabiosos y ferinos,
Otros el fuerte brazo sacudian,
Estos las municiones transportaban,
Aquellos los heridos retiraban.

No hay padre para el hijo, no hay hermano
Para el herido hermano que agoniza;
Que el amigo y el deudo mas cercano
Al verlo no se turba ni horroriza;
Tan solo el descargar la dura mano,
El fuego y el rencor y la ojeriza
Es la espantosa voz que aquí se escucha;
Que el riesgo es grande y la presura es mucha.

Troncos informes, muertos á millares,
Sangre vertida, cuellos cercenados,
Sesos, entrañas, pechos y espaldares,
Muslos y piernas, brazos desarmados,
Lanzas y espadas, trages militares
Que andaban por el campo derramados
Era el lienzo terrible y espantoso
Que la mano pintó del victorioso.

Aquí fuera de ver la angustia y pena
Del pérfido enemigo y su agonía;
Que por todos sus reales ya resuena
Una triste y confusa gritería:
Ya su turbada gente se vé llena
De susto, de pavor y cobardía,
Y huyendo cada qual por la campaña
Suenan voces diciendo, viva España.

Entre gritos y aplausos repetidos
El alcance los nuestros van siguiendo;
Que cada vez mas fieros y encendidos
Un destrozo cruel iban haciendo:
Centenares de muertos esparcidos
Quedan por la carrera, que el horrendo
Y espantoso rival que los azota
Aun no queda vengado en su derrota.

Pero el gran Palafox que observa atento
Á su gente rendida y quebrantada,
Les hace desistir del seguimiento
Y descansar de lucha tan pesada.
Retirados al fin con este intento,
Dan vuelta á la campaña, que poblada
Se dexaba mirar con los despojos
Que dexó el enemigo en sus arrojos.

Andando acá y allá nuestros soldados
Recorriendo los campos de su gloria,
Se quedaron absortos y pasmados
Con un hecho el mas digno de la historia:
Divisaron dos cuerpos desangrados
Que obteniendo los dos igual victoria,
El uno sobre el otro está tendido
Y con duro puñal ya dividido.

Por hacer un exâmen mas prolixo
Poco á poco se fueron acercando,
Quando con nuevo asombro y regocijo
Aun lo mismo que ven ya estan dudando:
De un honrado español á un tierno hijo
Vieron sobre un frances, y que aferrando
Su fiero rostro con rabiosos dientes,
Acabaron así los dos valientes.

Dicen que este muchacho valeroso
Que aun dos lustros y medio no tenía,
De vengar á su patria deseoso
Alistarse á las armas pretendía;
Mas su pecho constante y animoso
Viendo menospreciada su osadía,
Ansioso de la gloria y la venganza
Hácia el campo enemigo se abalanza.

Con la gente de guerra introducido
Se mostró tan valiente y esforzado,
Que sostuvo el honor de su partido
Del modo mas glorioso y acendrado:
Á su brazo logró mirar rendido
Un estandarte real, y colocado
En el templo por él, se volvió luego
Donde mas encendido andaba el fuego.

Acabado el combate y deseando
Premiar el General su bizarría,
Por el joven andaba preguntando,
Y él en parte ninguna parecía:
Entónces sucedió que registrando
El campo, como he dicho, en aquel dia,
Lo encontraron en él del modo mismo
Que fué sacrificado á su heroismo.

¡Ó valiente muchacho! dixo entónces
Al mirar Palafox lo sucedido,
Digno de eternizarse en duros bronces
Será tu brazo fuerte y atrevido.
Si los Cides, Corteses y los Ponces
Hubieran á esta accion sobrevivido,
Envidiáran tal vez una memoria
Que en el mundo será siempre notoria.

El cielo te nos dió como á un modelo
De honor, de patriotismo y fortaleza
Para excitar de nuevo nuestro zelo,
Y defender la patria con firmeza:
Confúndase el traydor, y cubra un velo
Al tímido español, que con tibieza
Está mirando arder al suelo amado
Viviendo entre las llamas sosegado.

Tu constancia, tu esfuerzo y valentía
De oprobio cubrirán al indolente
Que lleno de temor y cobardía
Oculta sin pudor su infame frente:
Tú le harás conocer que la hidalguía,
La gloria y el blason mas eminente
Es vengar de la patria el vituperio,
Y librarla de eterno cautiverio.

¿Qué nos podrán decir los fementidos
Hijos de la nacion mas eminentes
Que á la ambicion, ó al miedo sometidos
Han besado sus hierros inclementes?
Ellos serán al cabo confundidos
En su mismo rubor, si les presentes
Aquesos tiernos brazos con la palma
Que ganó la virtud de tu gran alma.

Así el gran Palafox con dulce llanto
Abrazando al muchacho repetia,
Y vuelto hácia los suyos entre tanto
Estas sábias palabras les decia:
No admireis esto en mí, ni cause espanto
¡O soldados valientes! la accion mia;
Que á tan noble y honroso sacrificio
Aun se debe tal vez mayor servicio.

Si la patria en su seno contuviera
Muchos hijos qual este que estais viendo,
Os puedo asegurar que no gimiera
En un golfo de males tan horrendo:
Su esfuerzo generoso rebatiera
Á ese enemigo infiel; porque yo entiendo
Que á una nacion constante y bien unida
Ningun poder la vence ní intimida.

Vuestro pecho animoso es buen testigo
De esta sana verdad; pues la arrogancia
Y el horrendo furor de ese enemigo
Hoy lo visteis rendido á su constancia.
Valor ¡ó aragoneses! que el castigo
Preparan vuestras manos á esa Francia
Orgullosa é infiel, si vuestras manos
Resistieren esfuerzos tan tiranos.

Ya llorára la patria su desgracia
Si tímidos, cobardes y apocados
Hoy no hubierais mostrado la eficacia
De aquesos vuestros brazos denodados:
Rechazasteis al fin la fiera audacia
De esos hombres soberbios y obstinados,
Y han quedado en el campo destruidos
Diez y ocho mil franceses atrevidos.

Ved aquí el galardon que se dispensa
Á un patriotismo noble y generoso
Obteniendo por justa recompensa
La total destruccion de ese coloso.
La España vengará su negra ofensa
Y el yugo romperá del ambicioso
Si todos como vos ¡ó aragoneses!
Sostuvieren sus propios intereses.

Ya temen esas huestes sanguinosas
Vuestra justa venganza provocada,
Y corren aturdidas y medrosas
Despues de su soberbia escarmentada.
Así se vencen ya las orgullosas
Amenazas de gente tan malvada
Que no sabe rendir en su despecho
Sino al cobarde, ó infiel, ó tibio pecho.

No temais ¡ó soldados victoriosos!
Si otra vez el contrario se presenta;
Que vuestros brazos fuertes y gloriosos
Cubriránlo otra vez de negra afrenta.
Ánimo y pelead, que á los briosos
Ayuda la fortuna y los alienta,
Así como tambien niega su lado
Al tímido, cobarde y apocado.

Así los animaba, y reuniendo
El general las tropas que quedaban,
De tan fiero rigor no desistiendo
Otros triunfos mayores aguardaban:
Palafox entre tanto proveyendo
Á todos del remedio que buscaban,
Con tierno corazon y ardiente zelo
Les dá sus dulces brazos y el consuelo.

Al muerto y al enfermo ya transporta;
Ya las heridas limpia al lastimado;
Al flaco y al caído lo conforta
Y enxuga su sudor al trabajado:
Á todos los alivia y los exhorta
Con amoroso pecho y dulce agrado,
Y con graves razones los obliga
Á dar algun descanso á su fatiga.

Mas el sangriento Marte no saciado
Ni de tanto rigor aun satisfecho
Por la fiera Discordia estimulado
Arrojaba un volcan del crudo pecho;
Pues por el viento vago arrebatado,
Y agitado de rabia y de despecho,
Sobre su horrible carro se retira
Ansioso de vengar aun mas su ira.

La noche tenebrosa en su seguida
Á todos envolvió con negro manto;
Que la luna de sangre ya teñida
Ocultaba su faz llena de espanto:
Así que pavorosa y detenida
De tinieblas cubrió la tierra en tanto,
Derramando en los campos y las flores
De su enlutado rostro los horrores.

El gefe con los suyos caminando
Á la ciudad llegaron, y al momento
Las campanas y trompas resonando
Celebraban el triunfo y vencimiento:
Las redimidas gentes aclamando
Todas al general con gran contento,
Entre aplausos y vivas lo cercaban
Y hasta su real quartel lo acompañaban.

Las tropas valerosas van siguiendo
Al mando de su gefe igual destino,
Y la sangre y sudor iban vertiendo
Mixturado entre el polvo del camino:
Las gentes que sus ansias están viendo,
Formando en su contorno un remolino,
Llenas de gratitud las bendecían
Y en alta y clara voz así decian.

Vosotros sí que sois bravos soldados,
Dignos de vuestra patria y sus honores,
Viendo por vuestra mano libertados
Del naufragio comun sus moradores:
Huyan de aquí los hombres deshonrados
Que oyendo de esta madre los clamores,
Descansan en la paz de sus hogares
Asaltados de sustos y pesares.

De este modo las tropas caminaban
Rodeadas de un pueblo numeroso,
Y todos á una voz las ensalzaban
Celebrando su brazo prodigioso:
Las caxas y clarines alternaban
Con el rumor confuso y armonioso
De la trompa marcial, que en dulces sones
Todos glosan mil himnos y canciones,

El bravo Palafox ya retirado
Con la plana mayor á su aposento,
Á su cuerpo molido y quebrantado
Trató luego de dar algun sustento:
Tendida al fin la mesa, y rodeado
Cada qual por el órden de su asiento,
Comenzó la sesion mientras cenaban
Por los funestos males que tocaban.

Terribles son las ansias, caballeros,
Les dixo Palafox, que en esta hora
Cercan á la nacion; y sus esmeros
Solo podrán hacerla vencedora:
Hoy por unos infames traycioneros
Hecha esclava se mira la Señora
Que dió exemplos al mundo de grandeza,
De ilustracion, valor y de nobleza.

Un áspid venenoso que en su seno
Incauta acarició la miserable,
Ha derramado en ella tal veneno
Que parece su copa inagotable.
Muchos años tal vez hay que en el cieno
Se revolcaba el monstruo abominable
De su perfidia atroz, y que texia
La trama de esta red de alevosía.

Los brazos y el poder nos fué quitando
Á la sombra de amor y de alianza,
Y la nacion paciente tolerando
Lo estaba por temor de su venganza:
Mas valiera romper el lazo infando
Renunciando del todo su privanza,
Que perderla despues quando el falsario
Nos apuró las fuerzas y el erario.

No llorára quizás la patria amada
Los hijos y riquezas que ha perdido,
Ni su esquadra mirára destrozada
Y en ella del valor lo mas florido.
O esquadra miserable y malhadada!
Que mayor tu desgracia hubiera sido
Y la nuestra tambien, si el gran Britano
No te hubiera salvado del tirano.

Con rostro lamentable ya escuchaba
Un marino oficial estas razones,
Y con tristes sollozos suspiraba
Sin poder ocultar sus aflicciones;
Mas el prudente gefe que observaba
Con bastante cuidado sus acciones,
Suspendiendo el discurso comenzado
Se dirige hácia él, y así le ha hablado.

Me parece sin duda, compañero,
Que alguna grave pena os atormenta;
Pues vuestro rostro triste y lastimero
Mudamente lo dice y representa:
Si es capaz del alivio, yo el primero
Soy en esta ocasion el que lo intenta:
Descubrid vuestras ansias á un amigo;
Que lo sabré cumplir como lo digo.

La causa de mi mal no es de presente,
Respondió el oficial bien lastimado,
Para yo pretender que alguno intente
Hoy prestarme el consuelo deseado;
En vano quereis vos piadosamente
Aliviar este dia á un desdichado
Que entonces vió perder su sangre honrosa
Con la amistad mas fina y generosa.

¡Ó valiente Churruca! ¡Ó gran Alcedo!
¡Ó invencible Valdés! ¡Ó buen Castaños!
¿Porqué la parca infiel con trago acedo
Secó la hermosa flor de vuestros años?
¿Porqué allí la cruel con más denuedo
Mi vida no cortó, porque los daños
De mi patria no viese, y separado
Quedase con dolor de vuestro lado?

Perdonad, general, el justo duelo
De mi fiel corazon en tanta pena;
Que la amarga memoria y desconsuelo
El alma dolorida me enagena:
Corramos de una vez un denso velo
Sobre esta lamentable y triste escena
Donde ví perecer á costa mia
La gloria de la España en solo un dia.

Escusaros quisiera ¡ó gefe honrado!
El renovar la pena que os aflige,
Respondió el general; mas no me es dado
Quando el caso presente ya lo exîge;
Este punto dexamos comenzado
En otra igual sesion, y ahora nos rige
Á fin de que la astucia conozcamos
De ese monstruo infernal que contrastámos.

Y pues vuestro talento conocido
Rara instruccion, estilo y eloqüencia,
Y de todo el suceso el haber sido
El testigo mas fiel vuestra presencia,
Podrá darle tal vez mas colorido
Á la tal narracion; será prudencia
Dispensar á mi labio esta fatiga,
Oyendo lo que el vuestro aquí nos diga.

CANTO QUINTO.

ARGUMENTO.

El marino oficial que aquí se halla
Por complacer al gefe que lo ordena,
Cuenta de Trafalgar la gran batalla,
Y del bravo español la dura pena:
La del frances infiel tampoco calla,
Y del grande Breton la triste escena,
Y luego por final tambien les cuenta
El estrago y furor de una tormenta.

Con silencio profundo y respetoso
Escuchaban ya todos al marino
Que entre afable, obediente y angustioso
Con un ¡ay! rompió su acento fino.
Solo vuestro mandato poderoso
Exclamó ¡ó general y gefe dino!
Pudiera recordar mi desventura,
Y renovar del alma la presura.

Mas pues tanto os empeña el buen deseo
De escuchar el suceso de mi boca,
Yo lo habré satisfecho, segun creo,
Siendo obediente y fiel como me toca:
Que este ilustre concurso que aquí veo
Hoy me incita tambien y me provoca
Á no callar un puuto de la historia
Que logré presenciar para mi gloria.

Despues que el enemigo meditando
En su infiel corazon nuestra ruina,
El oro y el poder nos fué llevando,
Quiso acabar tambien con la marina:
Así que con su astucia pretextando
La dicha expedicion, se determina
Á sacar nuestra esquadra, y en sus puertos
Abrirnos el sepulcro como á muertos.

El astuto Breton que penetraba
Los designios del Corzo en el misterio,
Con sus fuerzas navales intentaba
Nuestra llaga sanar con el cauterío:
Pudiéramos decir, segun se acaba
De ver por nuestro estado y cautiverio,
Que mas suerte nos dió con la derrota
Que el paso en permitir á nuestra flota.

Salimos pues al fin, y concertando
El invicto Gravina nuestra gente,
Andaba en todas partes derramando
Su bélico furor y saña ardiente:
De este modo las tropas ocupando
Sus lugares y puestos, la corriente
Del turbulento mar iban rompiendo,
El valor y las armas previniendo.

Yace una punta ó cabo que extendido
Al sud-este de Cadiz; del estrecho
Septentrional está, baxo y hundido,
Y de tierra quebrada en todo el trecho:
Su extremo vertical es combatido
Por el hinchado mar, que á su despecho
Quiebra las recias ondas en las peñas
Caminando despues mas halagüeñas.

Á vista de este sitio que es llamado
Cabo de Trafalgar, la armada llega
Luchando con el viento porfiado
Que su auxîlio y favor tambien le niega:
Ya la noche con paso apresurado
Se dexaba venir, y la refriega
Comienzan á anunciar con modo vario
Las continuas señales del contrario.

Pues á poca distancia se notaban
Varios rastros de luces fulminantes
Que por la parda esfera se cruzaban
Demostrando el peligro por instantes:
Indicios tan fatales empeñaban
A Gravina y sus tropas vigilantes
Á mantener sus puestos, aguardando
Al cercano enemigo y recio bando.

Dadas pues, las señales mas debidas
Por el gran General, las dos armadas
Del frances y español ya reunidas,
Al combate se hallaban preparadas:
Las banderas y velas extendidas,
Nuestras naves por él fueron formadas
En línea de batalla, y al momento
Inspiró en sus soldados nuevo aliento.

Diciéndoles, soldados, ya estais viendo
El laurel del honor en vuestra mano
Hora venciendo aquí, hora muriendo
Por el bien de la patria y soberano.
Mayor victoria es, según entiendo,
El vencer en sí mismo el temor vano
Que al osado rival, y el que tal diga
Mis exemplos y pasos luego siga.

Ya en esto de Titon la clara esposa
Por los altos collados asomaba,
Y adornada de luz y fresca rosa
Las campiñas y valles alegraba:
Ya hiriendo sus caballos presurosa
La venida de Apolo publicaba;
Pero al ver en el mar tales rencillas
Tristes perlas vertió de sus mexillas.

Paróse á contemplar la negra afrenta
Y la furia que Marte preparaba,
Mas no osándola ver, su faz ausenta
Y al antártico polo se lanzaba.
Febo en su carro luminoso auyenta
Las frias sombras, y al Zenit marchaba,
Y en su media jornada y movimiento
Á ver la lucha se detuvo atento.

Hecha pues la señal de acometida
La esquadra del Breton se vé surcando
El encrespado mar, que á su corrida
Iba nubes de espuma levantando:
Ya su gente á la lucha apercibida
Debaxo del poder y sàbio mando
Del almirante Nélson, despreciaba
El ceño de la muerte que miraba.

Al avistarse ya los estandartes
Los ánimos furiosos y atrevidos
Lanzan la horrenda muerte en todas partes
Esparcida entre balas y estampidos.
Los baxeles qual fuertes baluartes
Con cien vulcáneas bocas encendidos
Sueltas las velas, y el cañon tronando
La imagen del horror iban mostrando.

El monte pedregoso retiñía
Con el ronco clamor del bronce horrendo
Que rimbombando en él estremecia
La puntiaguda roca con su estruendo:
El trepidante mar atras corría
Y sus verdes cabellos esparciendo
Las Nereidas, se acogen temerosas
Á las hondas cavernas procelosas.

De la suerte que asalta el lobo hambriento
De inocentes ovejas al rebaño,
Que su rabia feroz y su ardimiento
No le dexa temer el negro daño
Del lebrel que le aguarda con intento
De vengar en su cuello el fiero engaño;
Sino que en medio de él entra impaciente
Aquí y allí fixando el corvo diente.

Así el britano gefe valeroso
Armado de furor mas que de acero,
Nuestra línea rompió, tal vez ansioso
De hacer su nombre eterno y duradero:
En medio de la esquadra presuroso
Se lanza sin temor audaz y fiero
Arrojando su nave á todos lados
Un incendio voraz de sus costados.

Gravína qual saeta disparada
Por entre el humo espeso va corriendo
Sin temor de la bala y la granada
Que al modo de granizo va cayendo:
La gente con su voz siempre animada
Fuego, saña y horror anda vertiendo;
¿Pero quién contará con dulce tono
Un tan crudo rigor y fiero encono?

Unos buques con otros apiñados
Se acometen y avanzan con fiereza,
Y entre tantos debates maltratados
Jamas descubren miedo ni flaqueza:
Por la popa, la proa y los costados
Arrojan un volcan con tal viveza
Que entre el negro vapor la esfera ardia,
Y al triste fin del mundo parecia.

Mechas, granadas, balas despedidas,
Esmeriles, obuses y espoletas,
Tablas, azufre, estopas encendidas,
Camisas embreadas, palanquetas,
Pólvora y municiones esparcidas,
Cañones, culebrinas y escopetas
Sus centellas y fuegos repitiendo;
Toda la esquadra junta estaba ardiendo.

Como en el hondo valle ó bosque espeso
Se levantan ayrosos y engreidos
El colosal cipres y el pino grueso,
Y á los cortantes golpes repetidos
Del diestro talador, su grave peso
No pudiendo sufrir, caén rendidos
Sin órden ni concierto maltratados,
Y unos sobre los otros hacinados.

Así las dos armadas repitiendo
Sus golpes rigorosos y continos,
Unos sobre los otros van cayendo
Los gruesos masteleros y altos pinos.
Entre tanto rigor crece el estruendo
De las balas, y en negros torbellinos
Las naves y las tropas confundidas
Consagran al furor sus tristes vidas.

Truena el cañon, retruena la montaña
Repitiendo sus fuertes estampidos;
Cada nave vomita fuego y saña,
Y atruena el ancho mar con sus bramidos.
Un navío trabado al otro daña
Con duros golpes, choques desmedidos,
Andando acá y allá desmantelados,
Y entre horrendos volcanes destrozados.

Cables, maromas, astas, gallardetes,
Vergas, entenas, cofas y motones,
Tablas, cacholas, velas, tamboretes,
Masteleros, vertellos y timones,
Palanquines, amuras, chafardetes,
Palos y balaustres á montones
Despeñados al mar así caían,
Que las hinchadas ondas ya cubrían.

Con embate feroz los galeones
Chocaban entre sí de tal manera,
Que sus fuertes y herrados espolones
Saltaban derrotados hácia fuera:
Vuela la estopa y arden los tablones,
Se enciende el alquitran y la madera,
Y entre tantos combates y rencillas
Reservadas no quedan ni las quillas.

No el soberbio Ilion se vió asaltado
Por las voraces llamas repentinas
De un incendio cruel, ni sepultado
Entre tantos estragos y ruinas,
Como una y otra esquadra en tal estado
Se miró por los mixtos y resinas;
Pues era tan voraz y vivo el fuego
Que excedió al del astuto y fiero griego.

El invicto Gravina en la alta popa
Del príncipe de Asturias relucía
Disputando á la faz de toda Europa
La gloria nacional en este dia:
En medio de la ilustre y grande tropa
Que constante á su lado combatía
Grita, ordena, dispone, exhorta y manda,
É infundiendo valor en todos anda.

Por otro lado el invencible Escaño
Su mayor-general siempre constante,
Sin temer el peligro y negro daño
Que á su vida amenaza en cada instante,
Con esfuerzo inmortal y ardor extraño
Andaba en todas partes vigilante,
Proveyendo el remedio, y dando ayuda
Donde vé que la lucha está mas cruda.

¿Mas quién referirá la furia insana
Con que la brava y fuerte compañía
De la invicta real ó capitana
Á tan duros contrarios resistía?
Siempre animosa, siempre mas ufana
Entre tantos debates, no temia
El ímpetu feroz de los bretones
Que la cercan con quatro galeones.

Como el toro sangriento y animoso
Que de una y otra parte fatigado
Por la turba inhumana, sin reposo
Se revuelve hácia el uno y otro lado,
Y bañado en su sangre y espumoso
Acomete furioso y despechado,
Y ya persigue al uno, al otro mata,
Y todo quanto encuentra desbarata.

De esta suerte la nave derrotada,
Con sus dos generales mal heridos,
Su gruesa arboladura destrozada,
Y el velámen y cabos destruidos,
Contrastaba la furia porfiada
De tantos enemigos atrevidos,
Lanzando á cada lado en tanto apuro
Un ardiente volcan horrendo y duro.

Quasi á punto se vé de ser rendido
El navio infeliz, quando al momento
El Neptuno frances y el Justo han ido
A rechazar un golpe tan violento:
Nuevamente al llegar se vé encendido
El combate cruel, y en su ardimiento
Ansioso cada qual de la victoria
A costa de morir busca su gloria.

Álava en otra parte se miraba
Resistiendo al fatal y duro hado;
Que con la horrible Parca peleaba
Sin abatir jamas el brazo osado:
Al peligro mayor siempre arrostraba,
É intrépido, arrogante y esforzado
Las fuerzas del contrario rebatía
Nadando en un raudal de sangre fria.

Pero el grande Valdés mas obstinado
En el atroz combate que ninguno,
Con pecho valeroso y denodado
Disputaba las glorias del Neptuno:
Contuso, dolorido y desangrado,
Sin quedar de los suyos solo uno,
Sosteniendo su honor con brazo fuerte,
Solo andaba luchando con la muerte.

Ni la sangre, ni el fuego y las heridas
Á los bravos soldados amedrentan;
Que en cuerpos diamantinos recibidas
Su constancia y valor mas acrecentan:
Churruca con las piernas divididas,
Lleno de golpes mil que le atormentan,
De su mano no suelta el duro acero
Hasta dar el aliento postrimero.

Castaños, Galiano, Móyua, Alcedo
No tienen en la lid mejor ventura;
Mas entrada en sus pechos no halla el miedo
Por mas que toquen ya su desventura:
Todos quatro se baten con denuedo
Resistiendo al rigor y saña dura
De la horrible guadaña, que homicida
Llega en fin á cortar su honrosa vida.

¿Pero quién contará del gran Cisneros
La invencible constancia y valentía?
¿Quién de tantos y fieles compañeros
El animoso esfuerzo y osadía?
¿Quién dirá finalmente, los esmeros,
La arrogancia, teson y bizarría
De la fiel Trinidad, baxo su mando
Tantos fuertes contrarios rechazando?

Qual Etna ardiente que en profundo seno
Un volcan negro fumigante encierra,
Que en son rugiente pavoroso trueno
Bate los antros de la seca tierra;
Mas roto el lazo, y estallando el freno
Que en prision fusca su rigor aferra,
Sale la horrible truculenta llama
Y en gran torrente su furor derrama.

Así la nave colosal montaña
Surcando nubes de la espuma fria,
Destruye y quema, desordena y daña
Con cien volcanes en que toda ardía:
No teme el rayo ni la cruda saña
De quatro buques que tenaz batía;
Que á todos lados el audaz navío
Lanza de fuego fulminante un rio.

Con esforzado pecho en la otra parte
El atrevido Nélson combátia;
Que mas diestro y feroz que el mismo Marte
De un pávido terror el mar cubria;
Mas era fuerza ya cediese el arte
Y el valor de su diestra en tal porfia
Á una mano guerrera y fuerte brazo
Que hizo rendir su vida de un balazo.

La gloria y esperanza de su gente
En este solo golpe ya faltaba;
Que con triste gemido el mas valiente
Su excesivo dolor manifestaba:
El mismo mar detuvo su corriente
Suspenso al contemplar lo que miraba,
Y la Parca triunfante y vencedora
Al herirle se turba en esta hora.

Mas no por eso el buque se liberta
De tantos enemigos insaciables;
Que entre tanto batir una ancha puerta
Van abriendo en sus leños miserables:
Se entró por ella el mar viendola abierta,
Y él lanzando volcanes implacables
En un negro y turbado remolino
Llegó al mísero fin de su destino.

Igual suerte y ventura ya corrian
Las naves de Pareja y Argumosa;
Que al sangriento enemigo rebatían
Brillando cada qual mas animosa:
Tiros, muertes é incendios repetían
Despreciando el rigor que las acosa;
Pues tocando del mar en lo profundo
Parece que abrasaban todo el mundo.

La rabia y el furor, la atroz venganza;
El acero cruel y sanguinario,
El incendio voraz, la destemplanza
Del horrendo cañon, y el temerario
Empeño del rival que osado avanza
Al tonante baxel de su contrario,
Presentaban al mar tan cruda escena,
Que en sangre hierve la turbada arena.

Las naos del Breton no mejor suerte
Llevaban esta vez en la pelea;
Que el sangriento rival con brazo fuerte
Le bate sin cesar y le golpea:
El fuego, la desgracia y dura muerte
Por todas partes anda y le rodea,
Hora infundiendo horror y fiero espanto,
Hora causando el duelo y el quebranto.

El Príncipe de Gáles, el Bretaña,
El Neptuno y el Tígre derrotados
Por el grande valor de nuestra España,
Van cediendo al decreto de los hados:
En un recio turbion con furia extraña
Por el soberbio mar arrebatados,
Y de tristes despojos todos llenos,
Baxaron á habitar sus hondos senos.

Con igual desventura y modo opuesto
El Defensa abatió su saña dura;
Que una suerte cruel y fin funesto
Á obscurecer sus glorias se apresura:
Un incendio voraz prendió en el resto
Que pudo reservar de su armadura,
Y en un globo de llámas y centellas
Se elevó repentino á las estrellas.

¿Mas á qué referir tan crudos males
Como á sus tristes naves combatian,
Quando puede decirse que eran tales
Que aun al pecho mas duro moverian?
Unas cubiertas ya de los raudales
En el hinchado golfo se sumian,
Otras ardiendo están, otras abiertas,
Y deshechos sus cascos y cubiertas.

El Canopus, Zeloso y Temerario,
El Donegál, Revengue y real Victoria,
Espencér y Orion con modo vario
Nuestro brazo inmortal llenan de gloria:
En combate tan duro y sanguinario
Han dexado de sí triste memoria
Desarbolados ya y hechos pedazos,
Y pasados sus cascos á balazos.

Fuera nunca acabar si se quisiera
Los estragos decir, las averías
Que sufrieron en lucha tan severa
Naves, tropas y fuertes baterías:
La Parca siempre horrible y carnicera
Entre crueles ansias y agonías
Arrebata las vidas inmortales
De Cooke y Duff y Gefe de señales.

Como en el hondo lago que arrojado
El bocado mortal y venenoso,
Viene el incauto pez, y en él cebado
El tósigo cruel traga goloso;
Mas subiendo despues muerto y ahogado
Nada sobre las aguas presuroso,
Siendo de ellos la copia tan crecida
Que se mira la balsa entorpecida.

Así el turbado golfo se miraba
Lleno de tantos cuerpos desgraciados,
Que entre el ronco sonido ya eructaba
Los montones de troncos desangrados:
Era el número tal, que no bastaba
El mar á contenerlos, y azotados
Por las hinchadas olas espumosas,
Inundaban las playas arenosas.

Unos con las espadas traspasados
Se dexaban mirar, otros abiertos,
Otros los pies y brazos ya cortados,
Y de pez y alquitran otros cubiertos:
Quales por todas partes destrozados
Nadan á su pesar frios y yertos,
Y quales de las aguas combatidos
Andan entre las olas sumergidos.

Viérais á un miserable volteando
El ímpetu seguir de la corriente:
Á otro viérais que ansioso está aferrando
De la tabla ó del palo ó hierro ardiente:
Á otro viérais en fin, que fluctuando
Entre un riesgo tan fiero é inminente,
Ase de otro infeliz, y en tal presura
Prueban así los dos su desventura.

Entre tanto las ondas resurtiendo
En los duros peñascos empinados,
Iban contra las rocas sacudiendo
Los tristes cuerpos de nadar cansados:
Eran tantos los golpes, que batiendo
En ellas de contínuo, reventados
Sus deshechas entrañas descubrian
Que aun en negro furor y saña ardian.

Mas no es solo esta vez el duro acero,
El plomo y el cañon el que atormenta;
Que otro peligro y mal aun mas severo
Á los pechos mas bravos amedrenta:
Un remolino de agua entró ligero
Por los rotos baxeles, y acrecenta
La triste mortandad con tal exceso
Que el mar de nuevo gime á tanto peso.

Uno se arroja al golfo embravecido
Y allí queda en su abismo sepultado,
Otro corre veloz despavorido
Al verse del peligro amenazado:
Quién por saltar al bote ya aturdido
Muere con sus maderos estrellado,
Y quál entre las ondas zabullendo
Á gritos el socorro está pidiendo.

Quién por la ruda cuerda descolgado
Clama por el esquife y le vocea,
Y entre recias mesidas destroncado
Es del alto baxel que bambolea:
Quál suelta la maroma ya cansado:
Y lucha contra el viento y la marea;
¿Mas quién podrá pintar con sangre fria
La horrible perspectiva de este dia?

Gime el bravo elemento bullicioso
De tan horrendos males abrumado,
Y esconde Apolo el rostro luminoso
Denegrido esta vez y ensangrentado:
Su rutilante carro pavoroso
Precipita en el mar, que amedrentado
De saña tan cruel y furia tanta
Erizado en el ayre se levanta.

Mas aquí no paró la dura suerte
De la mísera gente y triste armada;
Que aun otra adversidad y acerba muerte
La tuvieron los hados preparada:
Rompió el Austro feroz la roca fuerte
Donde estaba su furia encadenada,
Y agitado con recios torbellinos
Ya tronchaba las copas de los pinos.

Bien así como al eco sonoroso
Del guerrero clarin ó trompa fiera
Relincha el alazán bravo y fogoso,
Y á tascar el bocado se acelera:
Ya brinca, ya llagado y espumoso
Se revuelve y avanza á la carrera;
Mas si llega á romper tal vez el freno
Se dispara veloz qual recio trueno.

Así el viento cruel embravecido
Rota ya la prision que le encerraba,
Corre por todo el campo y el exído
Desbaratando allí quanto encontraba:
El ronco son y el áspero bramido
En las rocas y peñas resonaba,
Los sembrados y mieses arrasando
Y las rudas cabañas trastornando.

Luego se lanza al mar impetuoso
Las sosegadas olas encrespando,
Y del suelo profundo y arenoso
Montes de espumas blancas levantando:
De esta suerte ya el piélago rabioso
Los cóncavos peñascos azotando,
Así las bravas ondas combatian,
Que soberbias al cielo resurtian.

Una horrorosa niebla repentina
Obscurece la faz del claro cielo,
Quedando el mar, el valle y la colina
Cubiertos esta vez de un negro velo:
Ya el áura transparente y cristalina
En triste lobreguez convierte al suelo,
Y entre sombras opacas envolvia
Al radiante fanal del almo dia.

En tanto que ámbos polos resonaban
De parda nube al espantoso estruendo,
Los rayos y centellas se cruzaban
Los tormentosos ayres encendiendo:
Las repetidas lluvias descargaban
Sobre cada navío un mar horrendo,
Y la piedra y granizo desplomado
Inundaban el campo y el collado.

Comienzan á clamar amedrentadas
Todas las gentes, y á su son crúxian
Las maromas y cuerdas estiradas
Que el embate sufrir ya no podian.
De los palos las velas arrancadas
Azotaban el ayre y le batian
Con tan recio y atroz sacudimiento
Que no dexan correr al racamento.

Anda el sábio piloto sin sentido
Ni saber qué mandar de atribulado,
Y el diestro marinero ya aturdido
Corre medroso de uno al otro lado:
Crece el horror y crece el alarido
De las gentes en riesgo tan colmado;
Que entregadas al hado rigoroso
Ven de la muerte el ceño pavoroso.

La confusion y horenda gritería,
El triste resonar de los lamentos,
La densa obscuridad que al mar cubria,
Los confusos y airados elementos,
La centella y la lluvia que caía
Y el bramido espantoso de los vientos
Mostraban un pais tan horroroso
Que abatieran al pecho mas brioso.

Hierven las verdes ondas espumosas
Entre tantos peligros y querellas,
Y las míseras naves lastimosas
Andaban sumergidas baxo de ellas:
Hora tocan las playas arenosas,
Hora suben volando á las estrellas,
Rindiendo cada qual en tal mudanza
Al hado rigoroso su esperanza.

Por otra parte el cielo mas airado
Roncos truenos y silbos repetía,
Que batiendo en el golfo perturbado
Aumentaban el duelo y la agonía:
Cruza el cometa el viento ya inflamado,
Y el relámpago ardiente que corria
La turbulenta esfera de tal modo,
Que parece abrasar el mundo todo.

CANTO SEXTO.

ARGUMENTO.

Sigue el sábio marino refiriendo
La espantosa borrasca de este dia;
Lo aplaude el General en concluyendo,
Ensalzando la dulce poesia:
La sublime Albion apareciendo
Llégase á Palafox que ya dormia:
Agradables coloquios que pasaron
Quando él y la deidad se saludaron.

El rigor é inconstancia de los hados
Contrastaban los tristes galeones;
Quando el Austro feroz por todos lados
Los embiste con recios empellones:
Con golpes tan crueles azotados
Sin castillos, sin bordas ni timones
Van siguiendo con ímpetu violento
La furia insana del temoso viento.

Como el menudo plomo ó la metralla
Por la dura baqueta comprimida
En el hondo cañon, allí se halla
En apiñado grupo recogida;
Mas si el fuego la toca, luego estalla
Y sale á todos lados esparcida,
Fixándose de un golpe á tantos puntos
Quantos los granos son que estaban juntos.

De esta manera al ímpetu enojoso
Del viento furibundo é inclemente
Corren las rotas naves sin reposo
Disgregadas á un rumbo diferente:
Una bate en el cabo pedregoso
Y en él estrella su ferrada frente:
Y otra, roto el estay ó la bolina,
Choca contra la costa mas vecina.

Quál del bravo elemento arrebatada,
Hácia los otros buques arremete,
Y quál de un remolino volteada,
Es de las olas mísero juguete:
De las aguas áquella golpeada
Descubre á cada lado un gran boquete,
Y esta ya no reserva en tal contraste
Ni varengas, ni quilla, ni codaste.

Aquí fuera de ver el desvarío
De la infelice gente atribulada;
Que cubierta su faz de un sudor frio,
En sus miembros se vé la sangre helada:
Con aspecto cruel, triste y sombrio
La imagen de la muerte está estampada
En el rostro de tantos desgraciados
De tan fieros peligros rodeados.

En confuso tropel vuelan ansiosos
Por escapar de riesgos tan urgentes;
Y ya temen cobardes y medrosos
Aquellos pechos duros y valientes:
Solo se escuchan ayes lastimosos,
Ardientes votos, preces reverentes,
Ó clamores y gritos despechados
De gefes, marineros y soldados.

Orza de avante, dice aquel turbado:
Enverga, otro repite prontamente:
Bota fuera, que el viento ha cambiado,
Otro sale gritando de repente:
Amayna, arria, bira hácia este lado
Que perece sinó toda la gente
Claman otros, y todos oficiosos
Van corriendo á los puntos mas penosos.

Del modo que al furor de recia llama
Que en la casa ha prendido repentina
Uno grita, otro gime y otro clama,
Y el otro á su socorro ya camina:
Aquí y allí la gente se derrama
Por atajar el daño y la ruína:
Aquel arroja el cofre, aquel el lecho,
Y quál derriba el muro y quál el techo.

De esta suerte los tristes marineros
Andan por el baxel desatentados;
Que la xarcia, los palos y tableros
Van cediendo á los golpes destemplados:
Unos trincan los rotos masteleros
Con gimelgas y troncos apretados,
Y otros dan á la bomba con presteza
Para el agua lanzar que á entrar empieza.

Aquel corre ligero al chafardete
Por arriar la vela desatada;
Otro acude al socorro del trinquete
Cuya mecha y carlinga vé quebrada:
Quál agarra la amura del juanete
Que por el vendaval anda agitada;
Y quál todos los puestos recorriendo
Anda en todos la suerte resistiendo.

Quién á la cofa sube presuroso
Y en un recio turbion de mar envuelto,
Cae despeñado al piélago bravoso
Y entre el agua y la arena va revuelto:
Quién por fixar la vela aferra ansioso
Del obenque ó la driza ó cabo suelto,
Y al golpe del vayven que al viento hace
Contra el mástil su cuerpo se deshace.

En tanta confusion el viento brama,
Silba el soberbio mar contra la arena,
Y en erizados montes se encarama
Por cima de la gavia y de la entena:
La miserable gente á gritos llama
El socorro y favor en tanta pena;
Que el triste fin ya mira de su vida
Entre las bravas ondas sumergida.

Baten las repetidas marejadas
Contra las mismas panas y toldillas;
Que en sus rotos costados revolcadas
Muestran las naves sus herradas quillas:
Allí del recio viento contrastadas
Baran sobre las playas sus costillas,
Y aquí los tristes vasos ya inundados
Quedan en hondo abismo sepultados.

Vé la Tartesia costa los destrozos
De los fuertes baxeles arruinados,
Y con ansias, suspiros y sollozos
Manifiesta sus penas y cuidados:
Gime llorosa al ver los ricos trozos
Por las soberbias olas agitados,
Y muerta la belleza ¡ó dura saña!
Del Galo, del Breton y de la España.

Pues Discordia infernal que no respeta
Ni al sangriento rival, ni al blando amigo,
Qual sañosa deidad vierte secreta
Sobre todos su rabia y su castigo;
Y el que quiera fiar á esta indiscreta
Su venganza cruel, lleva consigo
La triste confusion, y el fuego enciende
Que á su casa despues tambien comprehende.

Que el borrascoso mar ya desatado
Con la rabiosa hiel que la taymada
En sus hondas cavernas ha lanzado
No respeta en las tres alguna armada;
Pues de la suerte misma es arrollado
Por su saña feroz y despiadada
El Hispano leal é Ingles temido
Que el Frances engañoso y fementido.

Nadan por todas partes los pedazos
De las míseras naves destrozadas,
Y en arenosas sirtes y ribazos
Quedan abiertas, rotas y encalladas:
Alzan al cielo sus cansados brazos
Las afligidas gentes desmayadas
Implorando su ayuda; que el quebranto
Ya no les dexa reprimir el llanto.

Sintió Neptuno la tormenta horrible
Del espantoso mar y sus bramidos,
Y el semblante benigno y apacible
Sacó de sus abismos conmovidos;
Mas luego con aspecto y faz temible
Y sus cerúleos ojos encendidos,
Tiende la vista por el golfo hinchado
Y con tantos despojos abrumado.

Allí mira en los bancos arenosos
Barados unos buques y perdidos,
Y otros entre los golfos peligrosos
De Eritréa y de Calpe sumergidos:
Vé sus tesoros ricos y preciosos
Por las turbadas aguas esparcidos,
Y vé los rotos vasos sin arréo
Arrojados al puerto de Mnestéo.

Su bravo corazon aquí se ensaña
Al ver del enemigo la fiereza,
Y cubierta de juncia y espadaña
Mueve y sacude su feroz cabeza:
Ni la rabia cruel y astuta maña
De Discordia se oculta á su viveza,
Y queriendo aplacar el alboroto
Lanza del ancho mar al fiero Noto.

Un blando cefirillo deleytable
Á soplar en seguida comenzaba,
Que corriendo la esfera deleznable
Las agrupadas nubes arrollaba:
Su faz clara, serena y agradable
Ya Febo en su carroza presentaba,
Alumbrando la tierra con sus rayos
Que en sus brazos volvió de sus desmayos.

Luego aplicando el húmido tridente
Sobre el undoso golfo alborotado,
Á su imperioso impulso de repente
Se vió mas apacible y sosegado:
De una sola mirada mansamente
Le recorre despues menos airado,
Y á su vista las olas se le humillan
Y ante su acatamiento se arrodillan.

Todo mudó de aspecto á su presencia;
Las gentes oprimidas recobraron
El ánimo y placer que por su ausencia
Las encrespadas ondas les robaron:
Así que luego á toda diligencia
Tratan salvar los cascos que quedaron,
Y las velas fixar; que desenvuelta
Andaba cada qual, y al ayre suelta.

Bien así como el plomo ó la resina
Que al constante batir de recia llama
Trémula hierve dentro de la tina
Y en ardiente vapor el ayre inflama;
Mas si el agua copiosa y repentina
Dentro del hondo vaso se derrama,
Cesa luego el hervor, y en el momento
Se sosiega su ardor y movimiento.

De esta manera al toque delicado
Del hijo de Saturno, su bravura
El piélago depuso, y humillado
Respetó su poder con mas cordura:
El alto dios entónces deslizado
Del vasto lago corre la llanura,
Revolviendo su carro presuroso
Sobre el claro nivel del golfo undoso

Y entre recios chasquidos oprimiendo
Los caballos con mano diligente,
El nítido cristal luego rompiendo,
Al fondo se sumió sobre un torrente:
Con amargo dolor ya reuniendo
Los restos de su esquadra nuestra gente,
Hácia el pnerto las próas enderezan
Y el mar á dividir al punto empiezan.

Ved aquí ¡ó General! nuestra ventura
Y el fin de expedicion tan desgraciada;
Que en el seno de horrenda sepultura
Yace aquella marina decantada:
Allí se marchitó la flor mas pura
De la infeliz nacion, y aniquilada
Se vé la gran esquadra que algun dia
Fue exemplo de valor y bizarría.

Allí cayó la gloria y la arrogancia
De los bravos y fuertes campeones
Que con su ardiente zelo y su constancia
Hoy fueran el terror de las naciones:
Por la astuta perfidia de la Francia
Allí vimos con tristes corazones
Postrarse para siempre el brazo fuerte
Del invicto Gravina con su muerte.

Allí por acabar se vió abatida
Nuestra grande opinion y nuestra fama,
Y entregada la patria á un homicida
Que asechanzas tan viles hoy nos trama:
Mirad si con razon será sentida
Una pena cruel que el pecho inflama
Á vengar los insultos cometidos
Por aquesos traydores foragidos.

¡Ah! ¡con quánto dolor ya miro en vano
Los baxeles un tiempo codiciosos
De conquistas y triunfos, al insano
Poder del hado sucumbir medrosos!
¿Adónde está ya el cetro soberano
Que en los inmensos campos espumosos
Dió Neptuno al osado aventurero
Que á arar sus lindes se atrevió primero?

¿Qué se han hecho las naves venturosas
Y los héroes tambien que endurecidos
En mauritanas lides hazañosas
Esos mares surcaron atrevidos?
¿Qué los brazos que leyes tan lucrosas
Dieron á aquellos reynos escondidos,
De la alma Vesta, dividiendo el seno
Dó guardaba su aurífero veneno?

Todo desapareció qual leve sueño,
Y entre undosas montañas espumantes
Prepara Tetis al valiente isleño
Los ricos dones que gozamos antes:
Parecióme que en grave y duro ceño,
Señalando á las naves fluctuantes,
Sacaba la deidad de la honda fria
Su flotante cabeza y nos decia:

¡Ó gente sin ventura y malhadada!
Perdísteis para siempre el poderío
Que en mis reynos os dí: ¿vereis surcada
Con desmayada sangre y pecho frio
De la extrangera quilla esa morada
Que concedí una vez á vuestro brio?
¿Así ya abandonais los ricos suelos
Que supieron ganar vuestros abuelos?

¿Esas tierras de triunfos coronadas
Vereis sacrificar á los engaños
De un vil emperador, cuyas miradas
Á ellas se dirigieron tantos años?
Las paternas cenizas reposadas
En la tumba de sábios desengaños
Venganza pedirán y estrecha cuenta
De tanta ceguedad y negra afrenta.

Las leyes del destino se han cumplido
Sobre el linage incauto é imprudente,
Que á un triste aventurero sometido
Sigue de su ambicion el gran torrente:
Con trage de virtud ha aparecido
La estúpida ignorancia á vuestra gente,
Usurpando las llaves á un gobierno
Que debió á su esplendor un nombre eterno.

Ya los altos pendones tremolados
Por gloriosa señal de la victoria,
Yacen de espeso polvo rodeados,
Y tomado el cañon de negra escoria:
Ya las fecundas musas, destrenzados
Sus dorados cabellos que de gloria
Cubrieron con razon al patrio nido,
Gimen entre las sombras del olvido.

Ya comienza á caer de vuestras manos
El tridente oriental, y vuestros ojos
En los ardientes campos africanos
En vano llorarán duros enojos:
Entre corvos alfanges inhumanos
Sereis de la ambicion tristes despojos,
Y gemirá la España eternamente
Marcada de dolor su augusta frente.

De esta suerte el marino refería
Su triste relacion y fiel suceso,
Penetrando al concurso que le oía
De justa admiracion y de embeleso:
Este elogiaba allí su fantasia,
El otro su instruccion, y del congreso
Cada qual exâgera y encarece
Los debidos aplausos que merece.

El grande Palafox que mas atento
Escuchaba la historia lastimosa
Del honroso oficial, dixo al momento
Con faz agradecida y cariñosa:
Paréceme, señor, de que el aliento
Os ha inspirado el agua deliciosa
De la clara Hipocrene, ó que el Pegaso
Os abrió nueva fuente en el Parnaso.

Este gracioso don que ha dispensado
Á muy pocos el cielo en esta vida,
Con sobrada razon siempre ha robado
Á todos la atencion que le es debida:
Yo puedo asegurar que lo he envidiado;
Y si hallase tal vez buena acogida
En las musas, y oyeran mis deseos
Ellas fueran tan solas mis recreos.

Las naciones más cultas que advirtieron
De un arte tan insigne la importancia,
No hubo clase de honor que no le dieron
Contemplando en sus glorias la ganancia:
Por medio tan debido merecieron
Elevar su valor y su arrogancia
Á un punto tan sublime de grandeza,
Que el mundo se admiró de su braveza.

Él consiguió formar con sus encantos
Héroes tan altos, gefes tan guerreros;
Que eran los metros, y los dulces cantos
De sus grandes victorias compañeros:
Los famosos Romanos que entre tantos
Fueron en fortaleza los primeros,
Á este fin animaban sus legiones
Con armoniosos versos y canciones.

Eran tantas las honras que al intento
Á los sábios poetas tributaban,
Que igual premio y honor por ornamento
Á las armas y versos dispensaban:
Conocieron tal vez que el fundamento
De sus triunfos y hazañas lo encontraban
En la sábia y divina poesía
Que el bravo corazon les encendia.

No hay cosa á la verdad, si bien se mira,
Que así aníme el valor del buen soldado
Como al son de templada y dulce lira
Verse sobre los hombres ensalzado:
Nada encendió el ardor y brava ira
Del monarca Alexandro el esforzado
Como el ver por Homero celebrada
De Aquiles la virtud en su Iliada.

Yo por mí sé deciros que he adquirido
Con vuestra historia fiel tantos quilates,
Que el corazon de zelo consumido
Espera ya con ansia los combates;
¿Porque qué pecho habrá que enardecido,
Entre tantos ultrajes y debates,
Hoy no se mire ya contra una gente
Tan pérfida, inhumana é insolente?

Por la misma razon os rindo atento
La gratitud y obsequio que es debido
A vuestras bellas prendas, y al contento
Que por ellas habemos recibido:
Todos honramos hoy vuestro talento,
Y admiramos el numen que ha encendido
Nuevamente en nosotros una llama
Que á imitar esos hechos nos inflama.

Con tan dulces coloquios recreaban
Sus tristes amarguras y cuidados,
Quando ya en el silencio descansaban
Todas las gentes, aves y ganados:
El bravo Palafox y los que estaban
De la abundante mesa rodeados
Alzadas las viandas y manteles,
Fueron á descansar á sus quarteles.

El valeroso Gefe ya queriendo
Dar alivio á su cuerpo quebrantado,
Sus angustias y penas revolviendo
Se hallaba inquieto, triste y fatigado:
Entre un golfo de males tan horrendo
Sobre un mullido lecho recostado,
Su congojoso pecho desahogaba
Con los tiernos suspiros que lanzaba.

Quando el dulce Morféo que oficioso
Sus desgracias estaba contemplando,
De un beleño suave y delicioso
Sus esforzados nervios fue llenando:
Así que entorpecido el bullicioso
Espíritu animal, del opio blando,
Fueron sus laxôs miembros y sentidos
Quedándose suspensos y rendidos.

En el profundo sueño enagenado
Oye tronar los ayres de repente,
Y qual de parda nube desquiciado
Un rayo ve baxar claro y luciente:
¡O qué de luces de fulgor dorado
Vió repartirse por el fresco ambiente!
¡Qué rico adorno de marciales pompas!
¡Y qué son escuchó de dulces trompas!

Repite el trueno su explosion horrible,
Y retruena otra vez el estampido,
Y entre un viento templado y apacible
Suena una grata voz en el oido:
Abre tus ojos, dice, si es sensible
Tu pecho al tierno amor que hoy ha movido
Mi leal corazon para aliviarte
Con el dulce consuelo que he de darte.

Al acento imperioso y delicado
El Gefe militar obedeciendo,
Entre el rapto suave transportado
Una linda doncella estaba viendo:
Su grande magestad con el agrado
En su bello semblante reuniendo,
Le inspiraba respeto, y le pedía
El obsequio y amor que le debía....

En vez de trono real á su grandeza
Una nave en el ayre la levanta,
Que pisando con garvo y gentileza
Descubre ayrosa su desnuda planta:
Por verde mirto ciñe su cabeza
Con blancas conchas; y de su garganta
Prende un collar ornado ricamente
Con las perlas mas finas del oriente.

De blanco lino y algodon texida
Una ropa talar se acomodaba,
Que con brillantes joyas recogida,
De la rodilla abaxo presentaba:
Con cinta de diamantes guarnecida
A su gentil cintura la ajustaba,
Pendiendo de los hombros entre tanto
De escarlata un vistoso y regio manto.

Por su graciosa espalda repartía
Una rubia madexa al ayre suelta,
Que con piedras y flores distinguía,
Y al nacarado cuello daba vuelta:
Sobre un áncora corva sostenía
La izquierda mano, y en el manto envuelta
Se apoyaba la diestra en su cintura,
Ostentando belleza y hermosura.

En himnos y canciones sonorosas
Cantan sus glorias, su poder inmenso
Sus ministros y ninfas que oficiosas
Quemaban en su honor fragrante incienso.
Las Nereidas entonan armoniosas
Sus altos triunfos, y Tritón suspenso
Anunciaba con trompa vocinglera
Su grande magestad y fé sincéra.

Al concierto armonioso y dulce estruendo
Le sucedió un silencio respetoso,
Y aun el vital aliento reprimiendo
Cada qual la contempla cuidadoso:
Párase el Ebro, y escuchar queriendo
Suspende el ayre el soplo delicioso;
Y hasta la fresca Aurora en la alta esfera
Detuvose admirada en su carrera.

¡O constante varon! dixo la diosa,
El profundo silencio interrumpiendo,
Hijo de Iberia la mansion dichosa,
Y suelo del valor mas estupendo:
El cielo quiere que tu patria honrosa
Su robusto poder conmigo uniendo,
Al mundo admire; y oigan sus blasones
Los mas remotos climas y regiones.

Su constancia y honor serán modelo
De verdadera gloria á todas ellas,
Excitando su ardor y justo zelo
Que vindiquen sus penas y querellas:
Mi mano rasgará tambien el velo
A la infame traycion; y las centellas
Que el tirano encendió por las naciones
Al fin destrozarán sus esquadrones.

Mi seno generoso te prepara
Los recursos y auxîlios que quisieres,
Y en mi fina amistad jamas avara
El tesoro hallarás de mis talleres.
¡O si en un tiempo atenta meditára
Su mayor interés y sus deberes
Tu afligida nacion! Conmigo unida
No se viera tal vez tan abatida.

Al fin abrió los ojos con la pena
Que es el grande colirio del prudente,
Y ansiosa de romper su atroz cadena
Enlazamos los brazos mutuamente:
Ya la suerte feliz con faz serena
Se le presenta afable y mas clemente,
Y aun llegará á romper sus eslabones
Si imitaren sus hijos tus acciones.

Ánimo ¡Ó General, y fiel soldado!
Que el cielo no dispensa la victoria
Al corazon cobarde y apocado
Que rehusa el laurel de su alta gloria.
Mayor daño es vivir aherrojado
Y manchar su blason hoy en la historia,
Que morir con honor sobre estos muros
Por salvar á la patria en sus apuros.

¿Quien eres ¡O deidad! dixo entre el sueño
El bravo Palafox, que tanto encantas?
Pues en tu rostro hermoso y halagueño
A todas las deidades adelantas.
¿Qué nos demuestra aquese trage isleño
Que émulo oculta perfecciones tantas?
Nada me encubras; que tus grandes dones
Me convidan á darte adoraciones.

No es mucho extrañes Gefe prodigioso,
Respondió la deidad, ya mi figura;
Pues el hado contrario y enojoso
Desunió tiempo ha nuestra ventura:
Soy vuestra hermana, que en el mar undoso
Tengo mi reyno, y hoy á la blandura
De Iberia vuelvo, porque en dulce lazo
Disfrute de Albion el tierno abrazo.

Salve ¡O gran diosa! dixo en el momento
El bravo General que la escuchaba;
Salve mil veces, gloria y ornamento
De la España que ausente te lloraba;
Hoy vuelve á renacer nuestro contento,
Y tu dulce presencia nos acaba
De enxugar este llanto lastimero
Que nos causa un traydor astuto y fiero.

Por tí la gloria de mi patria amada
Restaurada se ve de muerte á vida,
Y abatida tambien la fuerza armada
De ese monstruo sangriento y homicida:
Tú sostienes la causa mas sagrada
De la nacion valiente y atrevida;
Y por tí mueve sus robustos brazos
Libre de sus cadenas y embarazos.

¡O fé dichosa y amistad amable!
¡O fuertes brazos que volais unidos
A resistir la furia detestable
Y el inmenso poder de esos bandidos!
Tu ardor constante y zelo infatigable
Junto con estos pechos atrevidos
Domarán su cervíz, y Europa entera
Gozará de una paz firme y sincéra.

Con tales sentimientos recreaba
Su grato corazon el Gefe honroso,
Y sus rosados labios estampaba
En el roxo carmin del rostro hermoso.
Ya el apacible sueño le olvidaba
De su crecido mal, y en el reposo
Se anegaba su alma; quando ¡ay cielos!
Un triste acaso turba sus consuelos.

El horrendo cañon truena y retruena,
El timbal y el clarin hieren su oido,
Y la caxa marcial el ayre atruena
Entre el triste clamor y el alarido:
En confuso rumor la gente suena,
Tiembla la casa, y al mortal sonido
El soñoliento Gefe se estremece,
Y la augusta vision desaparece.

Salta del lecho, y la turbada prisa
Le olvida del ornato y dulce abrigo,
Y apenas el umbral osado pisa
Quando gritando viene un fiel amigo:
Al arma ¡ó General! que se divisa
De nosotros bien cerca al enemigo,
Y á esta hora tal vez segun entiendo
El flaco muro viene ya batiendo.

LA IBERIADA.

CANTO SÉPTIMO.

ARGUMENTO.

Acometen de nuevo los franceses,
Y el pueblo con valor siempre constante
Entre encuentros felices y reveses
Queda del invasor al fin triunfante:
Por salvar de Aragon los intereses
Aparece la hija de Taumante:
Habla el Ebro en un sueño al Gefe osado;
Y hecho de una muger bien señalado.

Llegaba Palafox al débil muro
Quando ya de Titan la clara hija
Rasgando de la noche el velo obscuro
Las campiñas y montes regocija.
Trabada en el combate fuerte y duro
Su gente estaba, que al valor aguija,
Rechazando con brio inimitable
Del contrario la saña formidable.

La presencia del Gefe generoso
Alentó su vigor y confianza,
Y cada qual mas bravo y animoso
Al contrario esquadron de nuevo avanza.
En medio de los suyos mas ayroso
Que en la selva el cipres, á la venganza
Con la espada en la mano los incita,
Y los puestos corriendo á todos grita.

Valor ¡ó compañeros! que hoy depende
La libertad de Europa en vuestro acero;
Que á ese brazo inmortal tan solo atiende
Por romper de una vez su yugo fiero:
Quien en rabia y furor ya no se enciende
Por defender su honor, su patria y fuero,
Es español espurio y deshonroso
Y su nombre será siempre afrentoso.

No desmaye ninguno con la vista
De ese enemigo fiero y orgulloso;
Que no hay fuerza y poder con que resista
Al pueblo aragones siempre glorioso:
Por mas que en su rigor temoso insista,
Verá su muerte al fin el alevoso
Con tal que vuestro pecho siempre sea
Animoso y constante en la pelea.

De este modo animaba á sus soldados
El General valiente, sin recelo
Del fuego asolador que á todos lados
Parecia subir al mismo cielo:
Por los muros y fuertes colocados
Todos los nuestros con ardiente zelo,
Tanto rigor y fuerzas oponian,
Que las filas enteras deshacian.

Quál tempestad violenta y repentina
Que lanzada en el mar manso y sereno,
Todo lo mueve, turba y desatina
Y de tristes despojos dexa lleno;
Ya resuena en el valle y la colina
De parda nube el espantoso trueno,
Y el rayo abrasador á cada instante
Ofrece horrenda muerte al navegante.

De esta suerte en un choque tan sangriento
Se hallaba la ciudad en esta hora,
Que entre el humo horroroso y negro viento
Vuela la ardiente llama destructora:
Ya el horrísono obús con fiero acento
El ayre atruena, y todo lo devora;
Cayendo de una vez sobre la gente
De horribles males un fatal torrente;

El vapor denegrido y nube espesa,
El constante tronar de los cañones,
La centella contínua que atraviesa
Por las fuertes colunas y esquadrones,
La inmensa lluvia fulminante y gruesa
De granadas, metralla y municiones
Con el triste clamor y la agonía,
Era la horrenda escena de este dia.

Las tormentosas bocas eructaban
Tan ardiente volçan y horrible fuego,
Que las llamas parece que abrasaban
Las aguas del Canal, Ebro y Gallego:
El incendio y el humo se mezclaban
Con su manso raudal tan sin sosiego,
Que al ronço Flegetonte parecian
Segun los vivos rayos despedian.

Las murallas y puertas defendiendo
Se hallaban nuestras tropas animosas
Con tan bravo teson, que iban cediendo
Ya las contrarias huestes temerosas:
De su tenaz empeño desistiendo,
Cesan el fuego; pero mas rabiosas
Por algun intervalo se retiran
Y á vengar su furor tan solo aspiran.

En seguida los nuestros caminaban
Persiguiendo en su fuga al fiero bando,
Y á sus cansadas tropas acosaban
Las presurosas marchas redoblando:
Ciegas con el rencor amenazaban
Á las gruesas colunas, que ocupando
Otras nuevas y fuertes posiciones,
Desplegaban los recios batallones.

El hijo de Hiperion en su carroza
Al fin de su carrera ya llegaba,
Y á seis horas no mas de Zaragoza
El Gefe aragones tambien paraba.
En un llano feraz por dó retoza
El parlero Xalon, se situaba,
Bien cercano á Segontia, antigua villa
Patria de Juan Primero de Castilla.

El astuto enemigo recobrado
Del perdido vigor, que ya observaba
Al Ibéro esquadron flaco y cansado,
Su exterminio y ruina meditaba:
En las verdes llanuras acampado
De sus duros combates descansaba;
Quando el bravo contrario de repente
Le atacó despechado por su frente.

Como el ligero tigre que sangriento
Á la fiera enemiga atento acecha,
Y ocultando su furia y ardimiento,
La oportuna ocasion solo aprovecha:
Con astucia cruel sube al intento
En el árbol añoso, y su derecha
Afila sobre el tronco, hasta que avanza
Á la mísera presa y la afianza.

No de otra suerte el fiero y sanguinario
Enemigo esquadron los asaltaba;
Que apurando el rigor mas temerario
La horrorosa contienda renovaba.
Todo el zelo y valor fué necesario
Para lo contrastar; porque cargaba
Con ímpetu y furor tan truculento
Que á los nuestros faltaba ya el aliento.

El bravo General que el riesgo mira
En medio de los suyos discurriendo,
Nuevo valor y esfuerzo les inspira,
Las rompidas colunas reuniendo:
Su fuerte corazon ardiendo en ira
Por las haces contrarias paso abriendo,
Al bruto oprime, y el acero aprieta,
Y el campo corre qual fugaz cometa.

Casi en un tiempo veinte mil volcanes
Se miraron subir á la alta esfera;
Qual si al tonante Jove los Titanes
Moviesen otra vez la lid severa:
Como recios y horribles huracanes
Corren y atruenan toda la ribera
Los fieros esquadrones, que cerrando
Llamas ardientes iban vomitando.

En medio de ellas brillan las espadas
Rayos abrasadores centellando,
Que batiendo los petos y celadas
Hienden hasta los oascos penetrando:
Las fieras bayonetas afiladas
Abren los pechos, que el furor lanzando,
Tras él arrojan las entrañas duras
Con la enconosa sangre en las llanuras.

Por ambas partes el combate crece
Con saña tan cruel y sanguinaria,
Que hasta la misma tierra se estremece
De refriega tan cruda y temeraria.
Ya la gente cansada desfallece,
Y la suerte inconstante y siempre vária
Asi al contrario bando perseguia,
Que un destrozo infernal en él hacía.

Mil cabezas y troncos desangrados
Se miraban tendidos por sus reales;
Quando de tantos riesgos ya cercados,
Renovaban su esfuerzo los rivales:
Nuevamente acometen despechados
Causando en su furor tan crudos males,
Que nuestra brava gente es obligada
Á batir al contrario en retirada.

Entre el fuego horroroso y gritería
Busca el fiero rival su atroz venganza,
Y á la gruesa y tonante artilleria
Qual rabioso leon corre y avanza;
El grande Palafox en tal porfia
Retirarla dispone sin tardanza;
Pero fueron tan cortos los momentos,
Que clavados perdió quatro violentos.

Con el órden mejor su gente unida
Se replega sus fuegos repitiendo,
Qual suele la centella despedida
Que en su curso los ayres vá encendiendo;
De fuerza superior acometida
Caminaba su furia resistiendo,
Buscando posicion mas ventajosa
Contra el fuerte enemigo que la acosa.

En el frondóso pié de una colina
Una rica ciudad hay situada
Donde corre ya el agua cristalina
Del Xiloca y Xalon en sí mezclada:
Á media legua tiene por vecina
Otra montaña amena y elevada
Que Bámbala la nombran en el dia,
Dó la antigua ciudad antes yacia.

Se dice que en lo antiguo fué llamada
Con el nombre de Bilbilis Augusta
Hasta que á Cala-Ayub fué subyugada
Rey moro de Sevilla en guerra injusta;
Pero siendo por él recuperada
Á su antiguo esplendor y fama justa,
Calatayud se dice y apellida
De la arábiga voz ya corrompida.

Aquí nuestro esquadron fixó su asiento,
Y libre del rival que lo atacaba,
Levantando de nuevo el campamento
Á Saldúba otra vez se replegaba:
El hermano del gefe que al intento
Varias tropas y auxîlios reclutaba,
Se hallaba á la sazon de allí apartado
Con algunos refuerzos que ha juntado.

La sábia Palas que en aquel instante
El peligro de Melci está mirando,
Envía luego la hija de Taumante
Al hermano que estaba descansando:
Íris tomando su fulgor brillante
Que vá de mil colores matizando,
Qual de alto númen clara mensagera,
Baxa cortando la celeste esfera.

Era ya el tiempo que entre sombra obscura
El torpe sueño cubre á los mortales,
Y en muelle calma, plácida blandura,
Yacen las aves, hombres y animales:
El Gefe digno, de mortal presura
Turbado el pecho con tan duros males,
Á un profundo letargo ya entregado
Se hallaba en el silencio transportado.

Quando la bella ninfa descendiendo,
Se llega junto al lecho, y su embaxada
En concisas razones proponiendo,
Así le dice grave y mesurada:
Sabe ¡ó gran Gefe! que Minerva viendo
La ciudad de tu hermano amenazada
Por una grande fuerza en este dia,
Desde el excelso Olimpo á tí me envía.

El sangriento Lefebre despechado
Anda todas sus tropas reuniendo
Por descargar su brazo denodado
Contra el pueblo español de un modo horrendo.
Vuela pues, al socorro apresurado,
Y el sueño de tus miembros sacudiendo,
Junta al instante todas tus legiones
Y marcha á reforzar sus esquadrones.

¿Qué te detienes? corre sin tardanza;
Que el funesto desastre y la ruina
Suelen seguirse al ocio y confianza,
Y tras ella el rival siempre camina:
De la guerra el laurel jamas se alcanza
Sin mucha actividad y disciplina;
Y el triunfo en una accion no se asegura
Sino en ganar el tiempo y coyuntura.

Así le dice, y al momento hiende
La sutil aura y éter azulado,
Formando un arco cuyo punto extiende
Por todo el cielo de uno al otro lado:
El bravo militar que el caso entiende
En las sombras del sueño sepultado,
Turbado se incorpora y desatina
Por honrar á la ninfa peregrina.

Abre los ojos, y aunque nada advierta
Los derrama curioso y asustado;
Que la imágen que vió no es tan incierta
Que le dexe dudar de lo pasado:
Con esta turbacion corre á la puerta;
Manda tocar al arma, y denodado
Con sus tropas camina de improviso,
Tomando el sueño por fatal aviso.

Entre tanto que el Gefe vá marchando
Con su gente valiente y animosa,
Los tristes españoles rodeando
Andaban la ciudad, el muro y fosa.
Ya el luminoso Apolo iba auyentando
Con su carro la noche tenebrosa,
Quando el pueblo subido en los bastiones
Aguardaba los recios batallones.

Luego que todos ellos van llegando
Dó la rica ciudad se descubria,
Los brillantes aceros desnudando,
Ostentaban con ellos su osadía:
El sol sobre sus ojas rechazando
Tan rutilantes rayos despedía,
Que el pueblo aragones vió su consuelo
Y alegres vivas dirigió hácia el cielo.

Al contrario esquadron que cerca estaba
Causó gran confusion la griteria;
Quando un soldado llega y avisaba
Del lucido refuerzo que venia:
Á las puertas del muro se acercaba,
Y el sangriento Lefebre que veia
Frustrada su intencion, marcha furioso
Sobre el pueblo valiente y generoso.

Al sur de la ciudad hay una altura
Media legua del muro levantada
Que domina el poblado y la llanura
Con su cumbre fragosa y escarpada.
Por una gran matanza y guerra dura
Que sufrió la morisma en su explanada,
Barranco de la Muerte se decia,
Lo que Monte-Torrero es en el dia.

El sañoso enemigo apoderado,
Entre un duro combate, de su cima,
De su encono y furor arrebatado
Quiere que la ciudad ansiosa gima:
El hijo de Hiperion ya sepultado
En el profundo mar, hácia otro clima
Presuroso marchaba, y las estrellas
Iban cubriendo sus radiantes huellas.

Quando al son de un estruendo pavoroso
Tantas balas y bombas arrojaba
El alto monte, que en volcan humoso
Qual ardiente Vesubio se abrasaba:
Hendiendo el viento denso y tenebroso
La encendida espoleta se cruzaba
De tal modo, que rayos parecian
Que de la excelsa esfera descendían.

No desmaya el valor y fiel constancia
Del pueblo aragones al ver el fuego
Como lluvia caer; que otra Numancia
Parece en su firmeza y teson ciego:
Dobla el gran Palafox su vigilancia
El peligro al mirar; y sin sosiego
Ya corre la ciudad de una á otra banda,
É inspirando su ardor en todos anda.

¡Ó dulce noche que con negro velo
Preparas el descanso al afligido!
¿Porqué en tanto pesar y desconsuelo
Envolvistes á un pueblo dolorido?
¿Mas quién podrá cantar sin tierno duelo
El lamento, la pena y el gemido
Que entre el crudo rigor y fiero espanto
Ocultaba esta vez tu triste manto?

Las fuerzas enemigas ya rendidas
Con los mismos estragos que causaban,
Nunca pueden lograr ver abatidas
Á las gentes briosas que atacaban:
En todas partes siempre rebatidas
Llenas de confusion se retiraban,
Meditando tal vez daños mayores
Para saciar del todo sus rigores.

Se hallaba el General en esta hora
Recorriendo los puestos avanzados,
Quando la fresca rutilante aurora
Coloraba los montes y collados:
En la márgen del Ebro que sonora
Alegraba los campos esmaltados
Se quiso reclinar; y el ruido manso
Causóle un dulce sueño en el descanso.

Estando de este modo le aparece
La augusta imágen del undoso rio,
Que entre juncos y sauces se le ofrece
Alzándose del suelo helado y frio:
De verde lino un manto la ennoblece;
Completando su adorno y atavío
De hojosas cañas una gran corona
Que mostraba el poder de su persona.

De esta suerte se acerca al Gefe osado
Que entre el sueño escuchó que le decía:
¡Ó tú jóven valiente y esforzado
Por quién libre se vé la patria mia!
Tú de Hesperia serás el fiel dechado
Que aliente su firmeza y bizarría:
Por tí vive Aragon, y tu memoria
Cubrirá á tu nacion de eterna gloria.

Yo soy el Ebro azúl tan conocido
Entre todas las gentes y naciones:
Aquí el cielo me dió mi claro nido
Donde baño mil pueblos y regiones:
No temas al rival que fementido
Juntando contra tí vá sus legiones,
Que de constancia fiel y bravo zelo
Quiero que al mundo dés un gran modelo.

Mira esta bella imágen que el destino
Hoy presenta á tu patria para exemplo
De heroismo y valor; y es el mas dino
Que de justa alabanza yo contemplo:
Con tu mano despliega el pergamino
Que arrebaté á la Fama allá en su templo:
Esta es la copia; que el modelo ha sido
Con caractéres de oro allí esculpido.

Diciendo de este modo se avecina
Algo mas hácia el Gefe, que curioso
Toma el rollo en sus manos, y exâmina
Aquel nombre inmortal siempre glorioso:
Ésta es la grande y célebre Agustina,
Por su extremo leyó, que al suelo honroso
De la Hesperia feliz, la dió por guia
El cielo, de constancia y valentía.

Basta, no leas mas; díxole al punto
El Ebro al General; que en este dia
En ella mirarás todo el asunto
De tan clara y segura profecía:
En ella admirarás como un trasunto
De la misma firmeza y osadía
Que al mundo asombrará, y á tus leones
Dará de su valor altas lecciones.

Esto dixo, y sumióse en lo profundo
De su mismo raudal y ancha corriente,
Y ya Febo alumbrando todo el mundo
Comenzaba á asomar por el oriente:
Ansioso Palafox quál sin segundo
De tan digno exemplar, osadamente
Íbalo á arrebatar, y en este empeño
Turbado despertó del dulce sueño.

Entre tanto ya escucha las señales
Del sangriento enemigo que batiendo
Nuestros puestos venía, y en los reales
Resonaba un rumor triste y horrendo:
Quál leve exhalacion, á tantos males
Con su tropa inmortal luego acudiendo
Con tal furia al contrario rebatía
Que ganar éste un paso no podía.

El combate cruel y sanguinoso
Aumentaba el rigor ya de tal suerte,
Que andaba cada qual tan solo ansioso
Por dar á su rival la dura muerte:
Ya la Puerta Quemada, y hasta el Coso
Penetraba el frances temoso y fuerte;
Y osado la del Cármen combatía
Que constante y audaz se defendía.

Por las calles y plazas derramado,
Se renueva y aumenta la matanza,
Y el pueblo valeroso amotinado
Acude á la defensa sin tardanza:
En confuso tropel todo mezclado
Con el bravo enemigo, su venganza
Saciaba ya cruel de tal manera,
Que cerraban los muertos la carrera.

Quáles de las ventanas y terrados,
De las armas precisas careciendo,
Arrojaban los leños arrancados
Ó el aceite encendido y agua hirviendo;
Quáles ya los balcones desquiciados,
Los dexaban caer con recio estruendo;
Y quáles por causar mayor asombro
Lanzan hasta las tejas y el escombro.

No faltaba esta vez alguien tan ciego
Y del negro furor arrebatado,
Que cogiese el ardiente y vivo fuego
Por saciar su rencor desatinado;
Pues andaba tan crudo y vivo el juego
Que hasta el palo y el hierro ya inflamado
Con sus manos briosas arrojaban
Si las armas y tiros les faltaban.

Con los sables, pistolas, bayonetas,
Con estacas, con piedras, con espadas,
Con los puños, cuchillos y escopetas
Se combaten las gentes obstinadas:
No hay manos que esta vez se queden quietas
Por caidas que estén y quebrantadas;
Que cortados sus pies y pantorrillas,
Hay algunos que luchan de rodillas.

Corre la noble sangre denegrida
En tan grandes arroyos y raudales,
Que no hay casa que allí no esté teñida
De la misma cubierta á los umbrales:
La saña mas cruel que está esculpida
En los pechos briosos é inmortales,
De roxa tinta cubre los aceros,
Calles, ventanas, salas y terreros.

El bravo Palafox que en tal desgracia
Á sus tropas andaba reanimando,
Con pié ligero, zelo y eficacia
Todos los puestos iba registrando:
Llegando al del Portillo y Santa Engracia,
Á una invicta muger vió que luchando
Lanzaba un fuego tal con un violento,
Que un destrozo causaba el mas sangriento.

Recordado del sueño en este instante,
Se quiere asegurar, del caso incierto;
É intentando seguir mas adelante,
Mira junto á sus piés un hombre muerto:
Con triste palidez cubre el semblante,
Y de un tiro cruel un lado abierto
Tiene, por donde vierte de la herida
Un arroyo de sangre denegrida.

Lleno de admiracion siguió su intento,
Y acercándose mas, vió que el difunto
Era el consorte, que el vital aliento
Consagró á la defensa de aquel punto:
Conoció á la muger en el momento
Que en la imágen del sueño tuvo junto;
Y supo que al morir su dulce esposo
Ella quiso imitar su esfuerzo honroso.

Con tan rara vision ya no perdía
Ocasion de observarla en todo trance,
Y mira que al seguir su compañía
Es la primera siempre en el avance:
Vé que llena de ardor y de osadía
En el mayor peligro y duro lance
Animaba constante á los soldados
Si los mira tal vez acobardados.

Atónito y suspenso el Gefe andaba
Al mirar un exemplo tan notable,
Y llegándose á ella así exclamaba
Con afecto el mas tierno y entrañable:
¡O valiente muger! el mundo acaba
De ver en tí una prueba inimitable
Del zelo y patriotismo que debiera
Seguir todo español en esta era.

Tú serás el blason de nuestra España
Que cubra de ignominia al indolente,
Y al que huyendo la adversa y dura saña
Vuelve en la lucha su cobarde frente:
Aprenda cada qual en esta hazaña
De una flaca muger á ser valiente,
Y arrostrar con ardor la muerte dura
Por librar su nacion de tal presura.

Hablando de este modo el bravo cuello
Le estrechaba en sus brazos amorosos,
Dándola para honor y eterno sello
Distintivos y grados decorosos:
Así, dice, se honra el sexô bello
Que dexando temores melindrosos,
Dá exemplos de valor y bizarría
Por salvar á la patria en su agonía.

LA IBERIADA.

CANTO OCTAVO.

ARGUMENTO.

La batalla cruel ya decidida
Celebra el pueblo su brillante gloria;
Y de Fama sonora precedida,
Baxa sobre Aragon la alma Victoria.
Luego que su atencion llama y convida,
Refiere de Baylen la clara historia;
Y como baxa á Calpe el gran Fernando
Al ínclito Castaños animando.

Ya Diana en su carro tachonado
De luceros y estrellas relucientes
Iba de escasa luz vistiendo el prado,
Y plateando al Ebro y sus corrientes:
El pérfido enemigo ya cansado
De golpes tan contínuos é inclementes,
Huyó de la ciudad, dexando en ella
Un cadáver helado en cada huella.

Al punto Palafox unió sus tropas,
Y con gefes y nobles retirado,
Resonaban los brindis y las copas
En obsequio de un triunfo tan colmado:
Tiran al ayre sus teñidas ropas
En la sangre enemiga, y acabado
El lucido convite, sus asientos
Ocuparon alegres y contentos.

Con grata suavidad y melodía
Comienzan á tañer sus instrumentos
Los diestros cantadores, que á porfia
Lanzaba cada qual dulces acentos.
Uno expresaba en métrica armonía
Los gloriosos é ilustres vencimientos
Que alcanzó del frances el pueblo hispano
En la márgen feraz del Garigliano.

Otro cantaba con templada lira
La conquista de Amiens, otro la hazaña
Con que vengó su enojo y justa ira
En Francisco Primero nuestra España.
Aquel con clara voz su gozo espira
Refiriendo al cantar la dura saña
Con que el bravo Pescara, y gran Colona
Abatieron de Francia la corona.

Este templando un laúd dulce y sonoro
En letrilla marcial les repetía
La fuga de Condé, con el desdoro
Que en sus tropas miró Fuenterrabía;
Mas el otro, suspenso todo el coro,
Expresaba la toma de Pavía,
Cantando aquel tambien en tono alto
De la gran San-Quintin el fiero asalto.

Entre los dulces metros y canciones
Resonaban los vivas placenteros
Dando el debido honor á las acciones
De tan altos caudillos y guerreros:
Á este tiempo por todas las regiones
Con rapto presuroso, y pies ligeros
Va corriendo la Fama voladora
Con trompeta marcial, clara y sonora.

Por los valles, campiñas y collados
El templado clarin ya resonaba,
Alegrando las selvas y los prados
Con los grandes sucesos que anunciaba:
Andando pues así, vé los nevados
Hombros del gran Pirene, que llegaba
Con su enhiesta cabeza de albo yelo
Al pavimento azul del alto cielo.

Allí las nubes lóbregas y obscuras
Téxenle en torno perennal corona,
Y el recio viento brama en sus alturas
Rotos los antros donde lo aprisiona.
Allí en las rocas ásperas y duras
La nieve y el granizo se amontona,
Que juntos con las fuentes despeñadas,
Forman anchas corrientes y cascadas.

Sobre la excelsa cumbre la alta Fama
Con sus batientes alas estrivando,
Al pueblo de Aragon convoca y llama
La canora trompeta resonando:
La gozosa asamblea á gritos clama
Tan alegres acentos escuchando,
¿Qué esto? ¿quál sonora melodía
Así pudo excitar nuestra alegría?

Un suceso tan nuevo y peregrino
Al concurso movió de tal manera,
Que hácia el campo volaba repentino
Inquiriendo la causa verdadera.
Alzando la cabeza hácia el divino
Eco de la deidad, vieron la esfera
Irse abriendo en sus quicios rutilantes
De esmeraldas, topacios y diamantes.

Las cristalinas puertas ya patentes,
Vieron el alto Olimpo luminoso,
Cuyas gruesas colunas relucientes
Mostraban el rubí mas prodigioso:
Allí el oro y las piedras transparentes
Ornaban la pared y suelo hermoso,
Donde estaban los dioses por sus grados
En solios de carbuncos asentados.

El alto padre Jove presidía
En un trono mas rico y elevado
Tan divina y augusta compañía
De brillantes estrellas rodeado.
En su rostro imperioso residía
Un ayre placentero y mesurado,
Y teniendo á Minerva á su derecha
Con un festivo amor su cuello estrecha.

Arrobada miraba nuestra gente
Tan extrañas y grandes maravillas;
Quando vieron moverse de repente
Las excelsas deidades de sus sillas.
Los indígetes dioses dulcemente
Estrechando sus brazos y mexillas,
Á las puertas caminan, entonando
Mil canciones que Apolo fué dictando.

Entre el coro armonioso y lisonjero
Una bella deidad se distinguía
Con trage mugeril, rostro severo,
Mezclado de placer y bizarría:
Vibraba en su derecha un blanco acero,
Y una palma en la izquierda sostenía;
Adornando su frente belicosa
Guirnalda de laurel, de mirto y rosa.

Sobre un grupo de escudos y armaduras
Que sirvieron de trono á su grandeza,
Comenzó á dividir las auras puras
Ornada de esplendor y gentileza:
Á su vista se auyentan las obscuras
Nieblas del horizonte, y su belleza
Inflama al sol en llama auri-rosada,
Preparando festivo su jornada.

Mil blandos cefirillos la recrean
Respirando contento y alegría,
Y con soplo sutil mueven y ondean
La veste y manto real que la cubria.
Los placeres y juegos la recrean
Con sus danzas y acorde melodía;
Y los prados mezclando sus colores
Téxenla alfombra de fragantes flores.

Natura placentera su alborozo
Comunica á la tierra desmayada:
Las flores rompen su copado embozo
Esparciendo fragancia delicada:
Brinca el cordero, y con gentil retozo
Busca la oveja de saltar cansada,
Y erguido el ruiseñor dulce y sonoro,
Forma con el canario alegre coro.

Nueva esmeralda al campo reverdece,
Nuevas flores los troncos hermosean,
Y el pomífero vaso hinchado crece
Con las nacientes almas que se crean:
El sazonado fruto ya aparece,
Y en las dobladas ramas balancean
Las aves, que sus picos enlazando
Su cercano placer van anunciando.

Con auriverdes colas escamosas
Rompen las crespas ondas los Tritones
Tras las bellas Nereydas, que graciosas
Brincan sobre las olas y turbiones.
Melíferas abejas oficiosas
Á deponer los ricos dulces dones
Que Hymeto les prestó, vuelan cargadas
En las alas del céfiro apoyadas.

¿Qué es esto? dime ¡ó Musa! ¿quién exôita
Tan festivo placer, tanto contento?
¿Quién es esta deidad que al alma incita
Y mueve á contemplar tan gran portento?
Más ya escucho el clarin: la Fama grita
Con un eco marcial y dulce acento;
Victoria baxa á vos; oid mortales
Sus consuelos y voces celestiales.

Desde el monte escarpado y cima umbrosa
Dando entónces un vuelo repentino,
La Fama pregonera, á la gran diosa
En seguida conduxo á su destino:
Sobre el alto Torrero al fin reposa;
Y el pueblo aragones luego previno
Su debida atencion, quando escuchaba
Á la excelsa deidad, que así le hablaba.

No canteis esta vez, gefes osados,
Vuestros pasados triunfos y victorias
Quando acabais de ser hoy coronados
De mas alto laurel y nuevas glorias:
Cantad sí, de los héroes esforzados
Las hazañas que á todos son notorias;
Quedando por sus manos ya abatida
La arrogancia feroz del homicida.

Cantad, coro inmórtal, cantad sin pena,
La placentera diosa repetía;
Cantad la libertad, y la cadena
Que rompió vuestro esfuerzo en este dia:
Cantad luego el valor, que al orbe llena
De admiracion, de gozo y osadía,
De las gentes y pueblos Cato-Alanos
Y el de aquellos invictos Edetanos.

En sus honrosos campos ya se miran
Destrozadas las águilas francesas,
Y entre el cruel veneno que respiran
Reducidas sus huestes á pavesas:
Allí, pues, vergonzosas se retiran
Huyendo por los montes y dehesas
Del bravo catalan y valenciano
Que su fuerza arrolló con dura mano.

Cantad con dulce metro finalmente,
La amable libertad restituida
Al betícano pueblo, que valiente
Su yugo sacudió con mano erguida.
Hoy Castaños el fiel su clara frente
De un eterno laurel lleva ceñida:
Celebrad, pues, el triunfo mas colmado
Que en mi templo inmortal se ha colocado.

Luego que la deidad el nombre honroso
De tan alto varon ha proferido,
De la Fama el clarin mas sonoroso
Por la antrosa montaña lo ha esparcido:
Eco lo repitió, y el Ebro undoso
Comunicó á las ninfas su sonido;
Y todos á una voz grata y festiva
Decían sin cesar, Castaños viva.

Este nombre eternal, dixo la diosa
Quando el dulce rumor hubo cesado,
Es la piedra mas firme y prodigiosa
Dó vuestra libertad hoy se ha apoyado:
Ni la envidia mordaz con faz rabiosa,
Ni el sangriento rigor del duro hado
Por mas que aspirarán á hollar su suerte
Jamas podrán vencer su pecho fuerte.

Su constante virtud será el escudo
Dó se quiebren los dardos que el abismo
Lanzará con furor del seno crudo
Contra su ardiente zelo y patriotismo.
Jamas hombre mortal hallarse pudo
De tamaña constancia y heroismo;
Que vencida del galo la arrogancia,
Hollará de Fortuna la inconstancia.

Su pecho religioso, dulce y grato,
Su piedad, su valor, su mansedumbre
Y su prudencia sábia es el ornato
Que lo alzó de la fama á la alta cumbre.
De nada servirá que el hado ingrato
Lo intente despeñar con pesadumbre;
Pues sus altas virtudes guarda el cielo
Para ser del soldado fiel modelo.

Sobre mi sacro altar su augusto nombre
En el bronce eternal hoy he grabado,
Poniendo una inscripcion que al mundo asombre
Quando mire su triunfo señalado.
La historia memorable de tal hombre
Ornará á la nacion que ha libertado:
La Fama la copió, y yo he querido
Trasladarla del templo á vuestro oido.

Esto dixo, y sacó del almo seno
Un libro de diamantes tachonado,
Con hojas de marfil, de letras lleno
Del oro mas sublime y acendrado;
Y tendiendo su vista al prado ameno
Donde el pueblo se hallaba colocado,
Con alta y clara voz que la entendiera
El volúmen leyó de esta manera.

Invadida la corte de la España
Se hallaba, por la astucia y vil engaño
Del pérfido Murat, que entre su saña
Maquinaba de Iberia el negro daño;
Con inmenso poder y fuerza extraña,
La ocupaba tal vez cerca de un año;
Quando por dar ya fin al fiero intento,
Sobre el Betis pensó fixar su asiento.

Sobre los anchos mares de Eritréa
Una esquadra á este fin se sostenía;
Que cargada de gente de pelea,
Con el griego caballo competía:
El tiempo y la ocasion dieron idéa
De su astuta codicia y tiranía,
Quando roto ya el velo el dos de mayo,
De ellas hizo el infiel horrible ensayo.

Combinado ya el plan de su malicia,
Nombró por general de esta jornada
Al astuto Dupont, cuya pericia
Era en toda la Europa decantada:
Con lisonja falaz luego le oficia
Haciéndole saber que en la arriesgada
Empresa que medita, solo fía
El grande Emperador en su osadía.

Recibida la carta el gefe vano
Que se hallaba de allí poco distante,
Lleno de presuncion y orgullo insano
Á la corte corrió luego al instante:
Con agrado cortés se fué al tirano,
Y ostentando grandeza en su semblante
Las gracias le rindió con bizarría
Por las altas mercédes que le hacía.

Con estruendo marcial ya desfilaban
Á este tiempo las huestes sanguinosas,
Y entre caxas y trompas se mostraban
De sangrientos combates deseosas:
Los bélicos clarines resonaban
Por los montes y peñas escabrosas;
Y dada al general la voz y mando,
Fueron sus grandes marchas redoblando.

El valiente andaluz hasta este punto
En la dulce molleza descansado,
Ignoraba tal vez todo el asunto
Que trataba el rival disimulado.
El contrario esquadron ya todo junto
En la márgen del Bétis fué acampado,
Que manso y apacible en su corriente
Retrataba la paz de su alma frente.

Al regazo de Tetis se lanzaba
Con semblante festivo y cariñoso;
Quando el albo cristal dó se miraba
Presentóle un objeto lastimoso:
Vió en él una muger que ya exhalaba
Su espíritu agitado y angustioso,
Y cubierta de llanto y de tristeza
Marchitaba por puntos su belleza.

Sobre su blanda faz amortiguada
Una rubia madexa descendía
Que al ayre desenvuelta y desgreñada
Hasta el eburneo pecho la cubría:
Con un negro sayal toda enlutada
Explicaba su pena y agonía,
Y torciendo sus manos fieramente
Dixo con un suspiro lo siguiente.

¿Porqué plácido y ledo vas corriendo
Sin querer escuchar mi tierno llanto,
Quando el mismo peligro á lo que entiendo
Amenaza á los dos en tal quebranto?
Híspalis infeliz soy, que á un tremendo
Sacrificio entregada, tú entre tanto
Sobre el lecho y mollez de tus arenas
Descansas sin sentir tan duras penas.

Sabe que el galo fiero y ambicioso
Que en tu misma heredad has hospedado
Hoy con amiga faz quiere mañoso
Ver nuestro libre cuello encadenado:
Del soñado laurel ya deseoso,
Nuestro triste exterminio ha decretado:
Tú mira si será tal vez cordura
En silencio sufrir tanta amargura.

Así dió fin la diosa, y en sus brazos
Cayó con fuertes ansias desmayada;
Y el luciente cristal hecho pedazos,
La sombra se sumió sin ser hallada:
Betis, pues, temeroso de los lazos
Y dura esclavitud, con faz turbada
De sus ojos vertiendo mil raudales,
Lloró con la deidad sus tristes males.

Con pena tan cruel enfurecido,
La cabeza sacó del hondo seno,
Y espumando su boca, dio un gemido
Semejante á la voz del recio trueno:
Con el cabello azúl todo esparcido
A lanzarse en el mar corrió sin freno
Despertando con gritos espantosos
A los tartesios pueblos perezosos.

El horrendo clamor hirió el oido
De la bética gente adormecida;
Y cada qual sañoso y atrevido
Procuró defender su propia vida.
Á las armas corrió todo el partido,
Y al combate cruel apercebida
La turba, discurrió por todas partes,
Tremolando en su ardor los estandartes.

Ciega con el furor, sobre la armada
Los ímpetus primeros descargando,
Dentro del mismo puerto y ensenada
La mas sangrienta lid se fue trabando;
Mas rota al fin su xarcia y destrozada,
Las rendidas banderas arriando;
Á la furia cedió de los leones
Que rugientes provocan sus legiones.

En confuso monton sin disciplina
Las márgenes del Betis ocuparon,
Y al pie de una elevada y gran colina
Las tropas enemigas avistaron:
Sobre la ancha corriente cristalina
Hay un robusto puente, que cortaron
Los bisoños paisanos, defendiendo
La entrada á su rival con fuego horrendo.

En paso tan estrecho sostenidos
Encendióse el combate de tal suerte,
Que los bravos franceses repelidos
Ya rendidos luchaban con la muerte;
Pero siendo despues sostituidos
Por un grueso esquadron mas duro y fuerte,
La quadrilla inexperta y mal unida
Á la fuga se dió toda aturdida.

Dueño y señor del campo el enemigo,
En Córdoba cayó como un torrente,
Derramando la muerte y el castigo
Sobre el pueblo tranquilo é inocente:
De sus débiles muros al abrigo
La empresa meditó ya mas prudente;
Y entre triste, medroso y fluctuante
Se abstuvo de pasar mas adelante.

Mientras esto pasaba, el fiel Castaños
En la falda de Calpe descansaba,
Angustioso de ver los fieros daños
Con que el duro rival amenazaba:
Combatido de tristes desengaños
En su futura suerte meditaba,
Y revolviendo allí su fantasía
Á sus solas hablaba, y se decía.

¡O insaciable ambicion! ¡Con quántos males
Afliges al mortal en esta vida!
¡Qué desdichas, qué tragos tan fatales
Le reparte tu saña fementida!
¿Hasta quándo tus aras infernales
El hombre adorará con faz rendida,
Siendo esclavo infeliz baxo tu mano
Y un verdugo cruel contra su hermano?

Por tí Sila soberbio y orgulloso
Penetró por Italia á sangre y fuego:
Por tí el grande Alexandro codicioso
Al Tebano domó, y al Tracio y Griego:
El Romano por tí mas criminoso
Todo el orbe turbó con furor ciego;
Y tan solo por tí la Europa llora
Con un monstruo feroz que la devora.

¿Y quieres fementida en tu regazo
Mancillar esta vez mi fé sincera?
¿Quieres que extienda yo mi honroso brazo
El incienso á poner sobre tu hoguera?
Solicíte, está bien, tu tierno abrazo
Un alma desleal y lisongera;
Pues el pecho leal y virtuoso
En su pura conciencia halla reposo.

No intente seducirme ese valido
Brinco de la fortuna detestable;
Que seguir de virtud el fiel partido
Hará solo al mortal feliz y estable.
El vicio criminal queda en olvido
Si vuelve la deidad su faz mudable,
Y solo dexa al hombre en su demencia
El remorso cruel de su conciencia.

No venga aquí, por tanto, ese tirano
Que á todos acedó sus tristes dias,
Con promesa falaz á hacerme ufano
Con soñadas ventajas y alegrías;
Que yo á los piés del ídolo inhumano
Recuso desde hoy las glorias mias,
Y he cerrado la puerta á la grandeza
Por no abrirla jamas á la vileza.

Reciba enhorabuena el ambicioso
De su mano cruel altos honores
Porque pueda calcar del virtuoso
La sincera verdad en sus horrores:
Levante sobre el vicio un gran coloso
Adornado de falsos resplandores,
Donde el vulgo humillado y trepidante
Precisado á le honrar sus glorias cante.

¿Qué sacará de aquí? ¡triste memoria!
Sobresaltos, desayres y esquiveces;
Y émulos sanguinarios de su gloria
Que intentan humillar sus altíveces.
Su perfidia servil será la escoria
Que al alma llenará de amargas heces,
Y en breve su grandeza y poder sumo
Disipados serán qual leve humo.

¡Ó clara fuentecilla! ¡ó monte! ¡ó rio!
¡Ó matizado campo! ¡ó bósque umbroso!
Asilos de virtud contra el desvío
Y soberbio desden del poderoso:
Á vos me acojo ya roto el navío
En este mar hinchado y proceloso:
Salvadme, pues, del golfo en que navego
Entre los tiernos brazos del sosiego.

Aquí reyna el candor, renace el sábio
Y opone á la ambicion un fuerte muro:
Aquí bebe con paz y dulce labio
Del tranquilo placer el nectar puro.
Aquí de la lisonja y vil resabio
Del amigo traydor, vive seguro;
Y aquí mi corazon halla consuelos
Que envidia el cortesano en sus desvelos.

Allá miro á la Aurora que lanzando
El pavonado manto en los oteros,
Su rozagante falda van soplando
Los blandos cefirillos lisongeros.
Las orbayadas flores matizando
El campo, le alcatifan los senderos;
Y el ruiseñor canoro al contemplarla
Sale del verde lecho á saludarla.

Aquí sentado al pié de esta fontana
De natura contemplo la armonía,
Y la mano constante y soberana
Que tanta variedad mantiene y cria;
Y hollando el corazon la gloria insana
Con que el mundo doró su tiranía,
De la austera verdad oye lecciones
Que el mundano no escucha en sus pasiones.

Órden, me dice, y ley siempre inmutable
Tienen todos los seres que estás viendo,
Y con ella la mano inexcrutable
De la eterna deidad los vá rigiendo:
Ella gobierna al cefirillo afable
Como al Éuro que brama con estruendo;
Y ella liga ó desata sabiamente
Al gusanillo vil, y al rey potente.

Honrar á esta deidad con fé sincéra,
Y el bien universal de sus hermanos
Es la lumbre eternal y ley primera
Que ella quiso grabar en los humanos.
Feliz aquel mortal que considera
Y abraza sus decretos soberanos,
É injusto y criminoso no procura
Turbar la paz del hombre y su ventura.

Que firme en su deber, nó es dominado
De la negra pasion de la codicia:
De ese interese vil, que apoderado
Aun del alma mas fiel, su razon vicia;
Porque entonces el hombre encenagado
En el charco soez de su malicia,
Con pié sucio y brutal, troncha y quebranta
De fragante virtud la hermosa planta.

Revolcado el mortal en este cieno,
Bebe tan solo en él triste amargura,
Y huye del corazon manso y sereno
La paz consoladora y la dulzura:
Solo gusta el placer el pecho ageno
Del crímen opresor; y al alma pura
Comunica no mas dulce ambrosía
La fuente perennal de la alegría.

En las hondas mazmorras tenebrosas
Del pobre ó infeliz triste morada
Vierte sobre el mortal horas dichosas
La conciencia del vicio no manchada:
En tanto que memorias criminosas
No remuerdan al alma tribulada,
Nada importa que oprima al miserable
La fortuna cruel siempre mudable.

Su sábio corazon nunca abatido
No exígirá piedad del altanero;
Ni buscará quartel envilecido
En la injusta merced del lisongero:
Opreso, calumniado y perseguido,
Será siempre feliz como primero,
Alhagado de un puro regocijo
Si en la virtud su pié tuviere fixo.

Sobre basa tan firme sustentado
Con pecho sosegado considera,
Quán próvido reparte el justo hado
El bien ó el mal al hombre en su carrera:
Hora afable lo lleva por un prado
Tapizado de rosas; hora quiera
Arrancarlo del vicio y la ruina,
Por veredas de abrojos lo encamina.

Así el sábio Castaños discurría
De un presagio cruel atormentado;
Que el triste corazon le descubría
Un futuro terrible en tal estado:
En esta situacion se proponía
No sucumbir jamas, ni ver manchado
Aquel nombre inmortal que en este suelo
Las semillas plantó de su consuelo.

Á la sombra de un roble que movido
Era de un cefirillo blandamente,
Sus ojos fué cerrando adormecido
Entre el arrullo manso de la fuente.
De angustiosos pesares combatido
Solo velaba su turbada mente;
Quando de claras luces rodeado
Un varon respetable vió á su lado.

Ornada su cabeza ricamente
De corona imperial resplandecía,
Con manto de brocado que pendiente
De sus hombros, al suelo descendía:
En su mano siniestra un reluciente
Y poderoso cetro sostenía;
Empuñando su diestra una ancha espada
Que en la sangre enemiga fué templada.

Llegando, pues, al Gefe, que observaba
Tan augusta vision dentro del sueño,
Con un tono marcial así le hablaba
Entre agradable faz y blando ceño:
El cielo ¡ó varon noble! que hoy acaba
De ver tus intenciones halagüeño,
Queriendo ya librar la patria mia,
Desde el templo de Fama á tí me envia.

Soy Fernando Tercero, cuya vida
De laureles y triunfos coronada,
Goza la honra inmortal que es concedida
Tan solo á la virtud acrisolada;
Pues el alma del vicio corrompida
Su nombre acabará con la jornada;
Y sola la virtud á los mortales
Ha igualado á los dioses eternales.

El olvido fatal nunca ha podido
La memoria borrar del virtuoso;
Que qual fresco laurel se ha sostenido
Contra el tiempo voraz siempre frondoso.
No abandones jamás su fiel partido
Si en tu empresa quisieres ser dichoso;
Que la virtud anima al brazo inerte,
Mientras que el vicio abate al pecho fuerte.

Un corazon infiel que está cercado
Del vicio criminal y sus horrores,
De su mismo poder desconfiado,
Halla en todo motivo de temores:
Teme su vil conducta en tal estado,
Teme del justo cielo los rigores,
Y teme á la segur y horrenda muerte
Que dispone cruel su dura suerte.

No así al justo acontece, que apoyado
Sobre el gran pedestal de su justicia,
Vive en el riesgo mismo confiado
De una conciencia fiel y sin malicia.
En su vida y su muerte será honrado;
La fama le será siempre propicia;
Y elevando su vista al justo cielo
Mira el premio eternal de su desvelo.

La escuela de virtud solo ha formado
Los héroes y españoles verdaderos
Y hoy nombre tan ilustre se vé hollado
Por no seguir sus huellas y senderos:
En el templo de Fama ha colocado
Ella con su poder altos guerreros;
Y á ella sola debieron sus ensayos
Los Alfonsos, Ramiros y Pelayos.

Sus hijos separados torpemente
De tan alto modelo y fiel camino,
Confundidos se ven hoy con su gente
Entre el fiero rigor de un vil destino.
Mas el cielo que mira ya clemente
Un exemplar en tí de un gefe dino,
Hoy hará pulular con tus anhelos
La semilla inmortal de sus abuelos.

Tu mano poderosa en este dia
Los daños vengará ya cometidos
Por la vil asechanza y tiranía
De esos vanos guerreros atrevidos.
Ella hará renacer hoy la alegría
En las gentes y pueblos abatidos,
Y enjugará tal vez el triste llanto
Con que gime la Europa en su quebranto.

Ella abrirá de nuevo el fundamento
Al valor español y al patriotismo,
Y ese rival hinchado y opulento
Deshecho se verá con su heroismo.
Por tí toda su gloria y ornamento
Se verá sepultada en hondo abismo,
Y sus águilas fieras ya abatidas,
Hoy serán entre el polvo confundidas.

Por tu bravo poder serán quebrados
Esos carros soberbios y arrogantes
Dó los pueblos y reyes maniatados
Van siguiendo sus pasos humillantes.
Á tu brazo inmortal son reservados
Unos triunfos y glorias tan brillantes;
Y el hinchado Dupont por vez primera
Hoy se vá á despeñar de su alta esfera.

Levántate del sueño, y al momento
Despliega tus banderas y estandartes:
Que de sangre el rival siempre sediento
Los suyos adelanta en todas partes.
Así dixo; y prestando nuevo aliento
Al Gefe militar con tales artes,
De la mano le traba y le incorpora,
Huyendo la vision en esta hora.

Con tan fuerte mocion mas animado
El bravo General, luego despierta,
Y á unir sus tropas marcha de contado
Con segura esperanza de la oferta.
Un lucido esquadron presto ha juntado
Que aunque de gente nueva é inexperta,
Armada de valor y confianza
Sigue su mando y voz ya sin tardanza.

El osado Reding y el valeroso
Marques de Cupigní llevan el mando
De la fuerte vanguardia, deseoso
Cada qual de encontrar al fiero bando:
Tercera division manda el honroso
Mariscal Jones, y á la voz quedando
Del general Lapeña la reserva,
Órden y sumision solo se observa.

De esta suerte las haces van marchando
Al son de los clarines y tambores,
Las honrosas banderas tremolando
Entre festivos vivas y clamores.
De Andújar á la vista al fin llegando
Los soldados del triunfo ya señores,
Allí sus grandes fuerzas desplegaron,
Y las huestes contrarias avistaron.

El soberbio Dupont mas orgulloso
Con el triunfo anterior que ha conseguido,
Su tropa hizo juntar, y vanidoso
Este breve discurso ha proferido:
Soldados; vuestro esfuerzo poderoso
Á quien ningun poder ha resistido,
Se apresura á llenaros hoy de gloria
Declarando por vuestra la victoria.

Vuestra grande valor, vuestra pericia
Que catorce campañas decidieron,
¿No triunfarán del miedo y la estulticia
De estos que á provocaros hoy vinieron?
Verán su destruccion, sin que noticia
Quede nunca jamás de lo que fueron:
Voläd sobre sus haces ¡ó soldados!
Y veréislas huir por todos lados.

Aquí dió fin, y la trompeta horrenda
En las hondas cavernas retiñía:
Oyóla el Bétis y la atroz contienda
Temeroso de ver, atrás volvía:
Oyóla la montaña, y con tremenda
Y horrible convulsion se estremecía:
Oyóla en fin la madre trepidante,
Y al pecho estrecha al pavoroso infante.

El osado frances ya desplegaba
Una parte de fuerzas enemigas,
Que apoyada en los vados intentaba
Oponerse á Reding en sus fatigas;
Mas el gran campeon que despreciaba
Su orgulloso poder y sus intrigas,
Cargaba en el rival tan fuertemente,
Que huyendo escapa su turbada gente.

Por temor del contrario que la acosa
Entre el fiero destrozo y la ruina,
Buscando posicion mas ventajosa
Á los muros de Anduxar se encamina:
Unida al gran Dupont allí reposa,
Y este sábio adalid que ya exâmina
La pericia y valor del adversario,
Lo intenta combatir de un modo vario.

Un oficial astuto y eloqüente
Llamó por acabar su infiel intento;
E instruido por él secretamente
Á Castaños envía un parlamento:
Pasó de la avanzada el confidente,
Y al ver al general y campamento
La faz se le turbó de la osadía
Que tuvo en acceder á su porfía.

Llegando pues, del Gefe á la presencia
Con labio seductor y fraudulento
Á hablarle comenzó con la afluencia
Que prestaba la astucia al pensamiento:
Sabe ¡ó Gefe inmortal! que la experiencia
Que te ha dado, le dice, el ornamento
De sábio General, hoy me confía
En que será feliz la empresa mia.

Bien puedes conocer la fuerza y arte
Del gran emperador á quien servimos,
Y que nadie en el mundo ha sido parte
Para abatir las glorias que adquirimos:
En la escuela feroz del crudo Marte
Jamas la suerte adversa conocimos;
Y debe tu esperanza ser ninguna
Siéndonos siempre amiga la fortuna.

Nadie mejor que tú concebir puede
Las ventajas que á todos hoy llevamos;
Y tu gente bisoña es fuerza quede
Muy atrás en la lucha que esperamos:
El osado Dupont que no concede
Á ninguno el favor con que os brindamos,
Conociendo mejor vuestra demencia
Os convida esta vez con su clemencia.

No pierdas la ocasion como prudente,
De salvar á tu pueblo de los males
Con que siempre amenaza la impaciente
Rabia de este rival en casos tales.
Si exâminas tus tropas sabiamente,
Á las nuestras las vés muy desiguales,
Y gentes sin union ni disciplina
Que una emulacion vil las contamina.

¿Imaginas acaso que el valiente
Y sábio general á quien han dado
De invencible el blason tan dignamente
Por tu gente ha de ser hoy derrotado?
¿Por aquesa desnuda y flaca gente
Que á tu digno gobierno han confiado,
Y que unas pocas tropas miserables
Las filas romperán inexpugnables?

Si te resta algun tanto de cordura,
Hoy debes renunciar tu vano empeño,
Y prudente abrazar la gran ventura
Con que el hado te brinda sin desdeño:
Huye ¡ó Gefe inmortal! la desventura
Que te ofrece sinó con duro ceño,
Y redime la sangre que inocente
Hoy correr se verá como un torrente.

Aun quando tu valor que el mundo admira,
La victoria á tu mano reservara,
La paz é ilustracion porque suspira
Tu valiente nacion, no disfrutára:
No es triste esclavitud, si bien se mira,
Esta dulce amistad, que la prepara
El gran Napoleon, que en sus auspicios
El premio logrará de sus servicios.

Las ciencias, el comercio y policía
Con la sábia instruccion que así la espera,
Compensarla podrán con mejoría
De esta su independencia lisongera.
La paz renacerá con la alegría
Entre una sumision fiel y sincéra,
Y cogerá los frutos que la guerra
De sus campos sangrientos hoy destierra.

Felices para siempre y venturosos
Los dias de la paz, que en sus hogares
Disfruta cada qual los deliciosos
Dulces placéres, libre de pesares;
En que tantos mancebos virtuosos
No se vén arrancar de entre sus lares,
Donde guardan seguros la riqueza
Que próvida les dió naturaleza.

De la guerra la mano destructora
Priva siempre al mortal de inmensos bienes,
Y natura oprimida gime y llora,
Cubiertas de terror sus claras sienes.
Sola la dulce paz consoladora
Que te espera en sus brazos sin desdenes,
Es la que hará feliz á un pueblo honrado
En la brusca ignorancia sepultado.

Si aceptares tal vez, como lo espero,
Las dichas de la paz que ya te ofrece
El gran Napoleon fiel y sincéro
Con quien toda la tierra se ennoblece,
El liberal Dupont será el primero
Que premie tu virtud qual se merece,
Dándote desde luego aquel empleo
Mas conforme á tu honor y á tu deseo.

Esto me manda el Gefe que te diga
Baxo palabra firme y verdadera
Y este es solo el motivo que me obliga
Á hablarte ¡ó General! de esta manera:
Tu prudencia esta vez escoja y siga
El partido mejor ó el que mas quiera,
Que tu sábia respuesta declarada
He cumplido fielmente mi embaxada.

Callóse el oficial en este punto,
Y el Gefe militar que lo escuchaba
Con aspecto severo y cejijunto
En ayre de desprecio lo miraba.
Recorriendo despues todo el asunto
Conque su fé sincéra provocaba,
Volviéndose hácia él, con energía
Estas sábias razones le decía.

Dile á tu General que yo venero
Su invencible poder y sus victorias;
Que con necia altivez tampoco quiero,
Como piensa tal vez, borrar sus glorias;
Pero dile tambien que si altanero
Hoy coloca su nombre en las historias,
La perfidia y el fraude de un tirano
Es quien abrió á sus triunfos paso llano.

Si ese vil interes que en las naciones
Ha labrado el sepulcro á su grandeza
Hoy pretende comprar los corazones
Que nutrió con su néctar la nobleza;
Muy erradas irán sus intenciones
En querer escalar nuestra firmeza;
Quando el nombre español jamas ha sido
Con tan negra vileza obscurecido.

No faltarán algunos, te confieso,
Que hoy aspiren á verse colocados
Allá entre vuestros héroes, y por eso
Vuestros grillos les son no tan pesados.
Ellos, está muy bien, que en su embeleso
Vuestros triunfos admiren asombrados,
Y que besen sumisos las cadenas
Por el oro que brilla entre sus penas.

Mas yo, que superior á su atractivo
Desprecio su esplendor y su belleza;
Yo, que á la vil codicia siempre esquivo,
Mi pecho la mostré con entereza;
Me burlo del honor con que expresivo
Hoy me brinda Dupont con tal largueza;
Pues mi mayor grandeza está cifrada
En salvar á la patria encadenada.

Reyne, está bien, el Corzo en todo el mundo;
Sobre él desplegue su poder insano;
Nosotros con silencio el mas profundo
No resistimos su sangrienta mano:
Mas querer extender su brazo inmundo
Por un engaño vil sobre inhumano
Á este pueblo constante y generoso,
No lo puede sufrir mi pecho honroso.

Prepare enhorabuena sus legiones;
Ármelas de sus yelmos y corazas;
Jamás podrá vencer los corazones
Dispuestos á burlar todas sus trazas:
Yo siempre le haré ver en mis acciones
Que no temo sus fieros y amenazas;
Y mientras un guerrero tenga al lado,
Trataré de librar al suelo amado.

Ved aquí mi sentir, y la respuesta
Que al gefe llevarás que aquí te envia,
Haciéndole saber que á su propuesta
Hoy debo preferir la gloria mia:
Y si otra comision igual á esta
Intentas repetir; en aquel dia
Tu diligencia vil será premiada
Con el filo sangriento de mi espada.

CANTO NONO.

ARGUMENTO.

Sigue Victoria excelsa relatando
De Andújar y Baylen la accion brillante:
Queda al fin prisionero el fiero bando,
Y á Sevilla Castaños va triunfante.
Nuestra gente en el Ebro se apoyando,
La desune Discordia fulminante.
Vuelve el duro enemigo á Zaragoza,
Y en sus firmes trincheras se destroza.

Ya el gefe daba fin á sus razones.
Y el infiel seductor que las oía
Con trepidantes brazos y pulmones
Del bravo general se despedia:
Entre fieras y tristes convulsiones
Al soberbio Dupont las proponia,
Que irritado y rabioso con el hecho
Vivo fuego lanzaba de su pecho.

Por los campos y reales discurriendo
Sus tropas orgullosas preparaba,
Y del ronco clarin al son horrendo
A la lucha feroz las animaba:
Oyó Castaños el sangriento estruendo,
Y las manos en alto levantaba,
Ofreciendo sus votos á Fernando
Si le hiciese triunfar del fiero bando.

Con escudo tan firme protegido
Ordenaba sus filas y esquadrones,
Y la trompa marcial con su sonido
Esforzaba los recios batallónes:
Á su prudente voz todos unidos
Ya esperan la señal como leones;
Quando el gefe inmortal que los regía
Este breve discurso les hacia.

Valerosos soldados, ya estais viendo
De la patria la suerte desdichada,
Y que una esclavitud y yugo horrendo
Asesta á su cerviz jamas hollada.
Vuestro grande valor, á lo que entiendo,
Solo podrá salvarla en tal jornada,
Redimiendo tambien de sus reveses
Vuestras propias familias é intereses.

De vuestro invicto brazo solo pende
La amable libertad por que luchamos,
Y el renombre español, que el pecho enciende
Quando nombre tan digno contemplamos.
Si el inmenso poder con que hoy se extiende
Ese tirano vil, no destrozamos,
Lloraremos despues con pesadumbre
Nuestra eterna deshonra y servidumbre.

Quien intenta salvar la triste vida
Á trueque de sufrir su cautiverio,
Á sí mismo es traydor, y á un homicida
Vende de su razon el alto imperio.
El español leal no se intimida
Si se trata salvar al suelo hesperio;
Y en prueba de mi honor y fe sincéra,
Hoy mi espada en el riesgo es la primera.

Así dixo, y batiendo las hijadas
Del fogoso bridon, corrió ligero
Por las huestes y filas ordenadas
Provocando el valor del mas guerrero:
Las banderas al viento tremoladas,
Retiñó la trompeta en el otero,
Marchando su esquadron al enemigo
Que de Andújar se hallaba en el abrigo.

En sus mismas trincheras atacado
Por el bravo español fué con tal brio,
Que entre los vivos fuegos sepultado
Desmayaba su esfuerzo y poderío.
El obus y cañon jamas cansado
Encendieran tal vez el ayre frio
Con las ardientes balas y granadas
Que arrojaban sus bocas destempladas.

Bien en vano las fuerzas del contrario
Intentan resistir á la osadía
Del valiente andaluz, que temerario
Vengar su ultraje vil ya pretendia:
Entre el crudo furor mas sanguinario
Los horrísonos fuegos repetia
Con tan fiero tesón, que en el momento
Levantaba el rival el campamento.

Bien así como liebre perseguida
Por los canes y diestros cazadores,
Entre la espesa mata ya escondida
Se procura evadir de sus rigores;
Mas si la llega á ver luego encendida
Pretendiendo escapar de sus horrores,
Huye por la campiña, y da en las manos
De otros perros mas fieros é inhumanos.

El tímido Dupont no de otra suerte
Intentando eludir el mal tremendo,
Á la fuga librar quiere su suerte
Sus redobladas marchas repitiendo:
Mas al paso salió la cruda muerte;
Porque el bravo Reding ya reuniendo
Sus invencibles tropas, acudia,
Y al encuentro con ellas le salia.

En la márgen del Betis caudaloso
Hay un pequeño pueblo situado,
Donde un claro arroyuelo bullicioso
Corre de un alto risco despeñado:
Su terreno quebrado y montuoso
De un espeso olivar se ve plantado,
Que en los siglos será fiel monumento
Del mas alto combate y vencimiento.

Á este fragoso sitio, que es llamado
Con nombre de Baylen, Reding llegaba,
Y en las sierras y olivos apoyado
Sus fuertes esquadrones desplegaba.
El valiente Dupont asaz turbado
Con la suerte infeliz que le esperaba,
Ostentando denuedo y valentia
Á la lucha sus huestes disponia.

Ya la aurora, del dia la alma frente
De oro, lirios y rosas adornaba,
Descubriendo su faz por el oriente
Que de alba espuma y de carmin bañaba:
Ya de estrellas el techo reluciente
El pabellon azul nos ocultaba,
Y ahuyentando las sombras de la noche
La luna esconde su argentado coche.

El dorado horizonte descubria
Entre lumbrosos rayos halagado,
Su rostro de cristal, y el claro dia
Ya brillaba en el monte y el collado,
Quando del gran Reding la compañia
Animada al combate mas osado,
Á la voz del clarin, que horrendo grita,
Sobre el fiero rival se precipita.

El valiente enemigo sostenido
Por su hinchada altivez y su arrogancia,
Avanzaba sañoso y atrevido
Sosteniendo en su honor el de la Francia.
Luego en toda la línea fue encendido
Un fuego tan voraz, que en cada estancia
El campo abrasador ya no podia
La sangre recibir que en él caia.

Rimbomba y brama el bronce tormentoso
En las hondas cavernas resonando,
Y el horrendo volcan va sin reposo
Entre el ronco sonido allí eructando:
El alto risco duro y escabroso
Los férreos globos luego rechazando,
Sacude y bate las pesadas rocas,
Al recio estruendo de las igneas bocas.

El horroroso fuego en cada lado
Con saña tan cruel se repetia,
Que del humo y las balas impregnado
Todo el ayre comun se obscurecia.
La espada y bayoneta del soldado
La muerte á todas partes conducia;
Y en rabia su valor ya convertido,
Solo se escucha el llanto y alarido.

De la guerra los Dioses sanguinosos
En confuso tropel parece andaban
Atizando los pechos rencorosos,
Que en sangriento furor ya se abrasaban.
Ya las Furias con soplos venenosos
Aun las almas mas tibias inflamaban,
Y Discordia infernal en cada bando
Iba nuevos horrores aumentando.

Pues Belona feroz y el cruel Marte
Por las rabiosas huestes discurrian
Y esforzando la lucha en cada parte
Los ánimos briosos encendian:
Con esto cada qual vierte y reparte
La furibunda llama con que ardian,
Descargando cruel su brazo ingente
Sobre el duro rival que ve á su frente.

La sanguinaria accion iba creciendo,
Con tan fiera y atroz carnicería,
Que á tan duro rigor nadie cediendo,
El destrozo y horror tambien crecia:
Las heridas y golpes repitiendo,
La titilante sangre ya corria
De los sangrientos pechos, de tal modo,
Que inundaba el raudal el campo todo.

Por contrarios respetos dirigidos
Cada qual aumentaba su fiereza,
Y en su sangre infeliz ambos partidos,
Nadaban sin perder su gran firmeza.
Los pérfidos rivales son movidos
Por la negra ambicion y la vileza;
Mas el bravo Español sostiene el duelo
Tan solo por salvar al patrio suelo.

El osado Gobér fue la primera
Víctima de su ardor y valentia;
Que estorbando á Reding en su carrera,
Del Menjibar las barcas defendia;
Mas pagó su teson y saña fiera
Sirviéndole el raudal de tumba fria;
Que de una bala atroz ya traspasado,
En su arena quedó yerto y helado.

Una nueva tan triste y lastimosa
Provocaba al francés á la venganza,
De tal modo, que en rabia sanguinosa
Convertido el ardor, su gente avanza;
Mas el gran Coupigny que no reposa
Causando acá y allá cruda matanza,
Concentrando su fuerza en tanto apuro,
Ponle en cada español un fuerte muro.

Al invicto Venegas destacando
Con su tropa valiente y atrevida,
Este bravo adálid iba mostrando
La honrosa llama que en el pecho anida:
Al espeso esquadron luego cargando
Qual ardiente centella despedida,
Batallones enteros arrollaba
Con el fuego incesante que lanzaba.

Sobre nubes de polvo levantados
Los desangrados brazos sacudian,
Y en fuego, sangre y humo sepultados
La dulce libertad hoy defendian:
Saltan los cráneos de sudor bañados,
Los destrozados sesos les seguian;
Y por montes de troncos ya tendidos
Descargaban su furia en los bandidos.

Jácome allí tambien á la cabeza
De otro cuerpo inmortal, los golpes fieros
Acude á resistir, y la braveza
De los fuertes y horribles coraceros.
Mezclados entre sí con tal viveza
Descargaban sus fuegos los guerreros,
Que al estruendo horroroso de su saña
Se estremece gimiendo la montaña.

En polvoso turbion todos cerrando,
Se desprenden mil brazos homicidas;
Y por el roxo campo van saltando
Las feroces cabezas esparcidas;
Con la sangre rabiosa palpitando,
Vuelan las duras manos atrevidas
Sin soltar el acero, que desnudo
Vengó mas de una vez su furor crudo.

Pues los bravos lanceros rechazando
El ímpetu feroz de la guadaña;
Con sus robustas astas renovando
Iban el negro horror de la campaña:
Las duras puntas todos enristrando
Con fuerza enorme, con astuta maña,
En cada golpe de la atroz cuchilla
Alzan muerto á un rival de entre la silla.

El valiente Cherif, que los comanda
Sin temer de la parca el rigor duro,
Herido gravemente en la demanda
Mantiene su lugar siempre seguro;
Mas la muerte fatal que ya le anda
Cubriéndole la faz de un velo obscuro,
En tierra dió con él entre el tormento
Que le causó su ardor y atrevimiento.

Entre tanto que aquí se representa
Una escena tan triste y dolorida,
Con firmeza mayor la lid sustenta
El invencible Cruz y su partida.
Qual furioso huracan de una tormenta
Que todo lo destruye en su corrida;
De este modo la gente impetuosa
Al infiel esquadron hiere y acosa.

Las descargas y fuegos acertados
Así las bravas tropas repetian,
Que miraban caer por todos lados
Las filas delanteras que embestian;
Mas los fieros contrarios porfiados
Su constancia; por eso no perdian;
Que entre el crudo rigor que los combate,
Su orgullosa cerviz ninguno abate.

Con sus sombras de horror el negro abismo
No pintará un pais ya tan horrible
Qual dibuxó el valor y el heroismo
De uno y otro rival siempre invencible;
Que se vió reunir á un tiempo mismo
Todo lo mas cruel, duro y terrible
De la suerte fatal y crudos males
Con que aflige la parca á los mortales.

Entre el humo y el volcan del bronce horrido
Retumbaba la bala y la granada
Y la dorada mies estaba ardiendo
De palpitante sangre ya bañada:
Con rayo abrasador Apolo hiriendo
Presentaba su faz ensangrentada;
Y entre el polvo, y sudor, y sangre fria
Todo el campo la muerte discurria.

El combate feroz jamas cesaba,
Y Febo en su pavor ya tremulante
A su media carrera al fin llegaba,
Y huyendo del furor marcha adelante:
Cada bando su puesto conservaba
Resistiendo qual muro de diamante;
Y en su fiero teson y rabia mucha
Indecisa se ve la fuerte lucha.

El invicto Castaños sustentando
La amable libertad por que pelea,
Por las filas veloz iba cruzando,
Esforzando el valor del que flaquea.
Ya á su gente el vigor iba faltando,
Y el triunfo hácia el rival se balancea;
Quando el gefe inmortal ardiendo en ira
Nuevo brio y ardor así la inspira.

Valerosos soldados, les decia
Apretando la espada entre su mano,
Solo vuestro teson y bizarría
El yugo romperá de este tirano;
Vuestro esfuerzo mostrad; que este es el dia
De salvar la nacion y al soberano,
Y coger el laurel que ya os presenta
La dulce libertad entre su afrenta

Diez horas de combate ya contaban
Las invencibles tropas, que feroces
Sus furibundos brazos descargaban
Nuevamente al oir tan fuertes voces,
Á las filas contrarias se arrojaban
Lanzando en ellas golpes tan atroces,
Que aquejadas del hambre y sed ardiente,
Ya no pueden sufrir tan gran torrente.

De tan crudos tormentos combatidas,
Comienzan á ceder al duro hado
Las robustas legiones foragidas,
Que á Marengo y á Jena han aterrado:
Por el sangriento campo ya esparcidas,
El destino por fin ha pronunciado
Su decreto fatal; y entre su saña
El triunfo declaró por la alta España.

De un presagio funesto atormentado
El soberbio Dupont, así yacia
A la sombra de un árbol recostado,
Que cercado de horror se estremecia:
Parecíale estar junto á su lado
Al gefe vencedor, y que blandia
Agitado de rabia, y de despecho
El acero cruel sobre su pecho.

De tan acerbas penas combatido,
Meditaba entretanto los rigores
Del fiero Emperador, que enfurecido
Lanzaba contra él duros rencores.
De su nombre inmortal mira abatido
Su adquirido esplendor, y estos horrores
Le mostraban tal quadro en sus tormentos,
Que profiere quejoso estos acentos.

¿Con que al fin me abandonas inconstante
¡O fortuna voluble! en esta hora?
¿De qué me sirve tu favor brillante,
Y esa mano feliz mi protectora?
¿Has olvidado ya por un instante
Que con ronco timbal, trompa sonora
Mis votos te ofrecí, y en tus altares
Los trofeos colgué siempre á millares?

¿Y ya en la tierra ingrata que ha regado
Con su honroso sudor, yace rendido
El bravo campeon que de tu agrado
Era un tiempo el mortal mas distinguido?
¿Los héroes qué dirán al verme hollado
Por un pueblo bozal y sumergido
En brusca estupidez y abatimiento,
Que hoy me roba el laurel en un momento?

¡O quánto es mi dolor! ¡quánta mi pena
Quando llego á pensar que en este risco,
Rota del todo su fatal cadena,
Alze el vano español un obelisco!
Aquí, dirán, el vencedor de Jena
Como manso cordero en el aprisco
Humilló la cerviz, y sus soldados
De un oprobio eternal, yacen marcados.

Así el caudillo en su dolor gimiendo,
La mexilla en su mano reclinada,
Sus ojos un raudal iban vertiendo
Por la sudosa faz ya desmayada;
Quando el ronco clarin estaba oyendo
Y del triunfo la voz, que rechazada
De las cóncavas peñas que batia,
Viva España: victoria, repetia.

Temeroso, confuso y trepidante
Se incorpora otra vez, su vista tiende;
Y ve su tropa tímida y errante
Que huyendo en dispersion, toda se extiende;
Aquí abate su pecho palpitante,
Y á vista del rival ya se suspende,
Rindiendo al vencedor en este estado
Su espada y su poder nunca humillado.

Entre flautas, clarines y tambores
Iban las bravas tropas desfilando;
Y á los claros é ilustres vencedores
Las rendidas banderas entregando;
Quando el fuerte Vedel que á los clamores
Y avisos de Dupont viene marchando,
Del combate al lugar ya se acercaba
Y los fieros destrozos avistaba.

Cercado del horror va caminando
Por montones de muertos y de heridos,
Que aun las piernas y manos levantando,
Prorumpen sin cesar tristes gemidos:
Entre lagos de sangre ve nadando
Troncos, cabezas, brazos divididos,
Y este quadro de horror tan inhumano
Apagó al corazon su fuego insano.

Luego manda avanzar á sus legiones,
Que del miedo y terror ya desmayadas,
No resisten los bravos campeones
Que las llevan vencidas y arrolladas.
El combate encendió los corazones
De las hispanas tropas, que irritadas
Sobre el triste Dupont iban cargando,
Con la muerte y cuchillo amenazando.

El gefe que en su horror ya contemplaba
La guadaña cruel y suerte fiera
Al osado Vedel luego mandaba
Que su grande legion rendida fuera.
Cumpliendo el general lo que ordenaba,
Rindióse á discrecion, y prisionera
Quedó la division que en tantos años
El triunfo preparaba al gran Castaños.

La bética campiña resonaba
Con el dulce clamor de la alegría,
Y Eco que entre la roca lo escuchaba
Lo reitera con grata melodía:
El esmaltado valle lo anunciaba,
Y la selva tambien lo repetia;
Y corriendo de Hesperia los confines
Lo renuevan las trompas y clarines.

Entre el ruido marcial y el aparato
Ya marchaba la ilustre comitiva
Del triunfante adalid, que por ornato
A una y otra legion lleva cautiva:
La pródiga natura en su conato
Nunca tan grata fue ni tan festiva,
Desplegando al pasar los vencedores
Ricos tapetes de fragantes flores.

El sonoro canario y filomena
Hieren con dulce acento los oidos,
Y en la grata cancion que allí resuena,
Salen á saludarlos de sus nidos:
Saltando el corderillo por la arena
Repite alegre plácidos balidos;
Y el cristalino arroyo y clara fuente
Alzan á honrarlos su argentada frente.

De esta suerte divisan las almenas
Do la bella Alcidonia residia,
Que al verse libre de sus duras penas
Sus brillantes adornos ya vestia.
De tierna gratitud las gentes llenas,
Mil canciones entonan á porfia,
Y el bélico cañon con las campanas
Publicaban sus glorias soberanas.

Pues las ninfas del Betis codiciosas
De honrar al general como debian,
De Minerva al pensil vuelan ansiosas,
Y de verde laurel su falda henchian:
Enlazando con él fragantes rosas
Una fresca guirnalda le texian,
Ornando de esplendor sus claras sienes
Entre vivas y gratos parabienes.

Así camina el campeon triunfante
Llevando por señal del vencimiento
Maniatado al terror que fulminante
Muerde sus carnes con furor sangriento:
Por mas alto blason lleva delante
La turba infiel del héroe fraudulento,
Arrastrando entre grillos y eslabones
Yelmos, corazas, armas y pendones.

A las aras del ínclito Fernando
El bravo vencedor se dirigia,
En su augusta cabeza colocando
La corona de honor que conducia:
Su triunfo y su laurel le consagrando,
Para eterna memoria de este dia
Los trofeos colgó del almo templo,
Dando de gratitud un fiel exemplo.

Esta és la clara accion, dixo la diosa
El volúmen divino aquí cerrando,
Que ornó del Español la frente honrosa,
Su brillante memoria eternizando:
Ella fue quien domó la jactanciosa
Cerviz del enemigo, derrocando
Todo el alto poder de aquesa gente
Del pequeño Baylen en el vertiente.

Allí en las altas sierras y llanuras
El valiente Andaluz ha destruido
Las horribles cadenas y ataduras
Que forjaba el rival desvanecido:
Rotas sus duras huestes y armaduras,
El famoso adalid yace rendido
Con muerte de trés mil bravos guerreros,
Quedando veinte mil por prisioneros.

Allí fueron vencidas las legiones
Que domaran tal vez al mundo entero,
Y holladas las banderas y esquadrones
Del déspota cruel, aleve y fiero.
Sus bagages, sus carros, municiones,
Su general soberbio y altanero
Y el orgullo y valor de toda Francia
Cedió del Español á la constancia.

Acabando de hablar razones tales
La bélica deidad, luego se oyeron
Los conciertos y voces celestiales,
Que con dulces canciones la aplaudieron.
De clara luz vivíficos raudales
En rutilante grupo la cubrieron,
Alzándola en los ayres, apoyada
Sobre una hermosa nube aurirosada.

Entre el dulce placer y arrobamiento
Que al pueblo aragones acompañaba,
Sonaba sin cesar el grato acento
De la trompa marcial que lo aumentaba;
La campana y timbal con el violento
En salvas y repiques lo expresaba,
Con que huyendo turbado el enemigo
El espanto y terror lleva consigo.

La Fama entonces su clarin volante
Por los campos y pueblos resonando,
Va reuniendo al esquadron triunfante
Y las tropas de Hesperia convocando.
El bravo Palafox en el instante
Sus valientes soldados concertando,
Marchó contra el rival, y todos juntos
Ocuparon el Ebro en varios puntos.

El sanguinoso Marte que miraba
Su horrible destruccion á este momento
En tono despechado así exclamaba
Vuelto hácia la Discordia en su tormento:
¡O precursora fiel! ¿con qué se acaba
Todo humano recurso á mi ardimiento
Para vencer la rabia y osadia
De esta gente que así nos desafia?

A mí cargo tomé por tí esta lucha,
Y al mirarme contigo ya abatido,
¿Tu implacable rigor siquiera escucha
Del fiero Marte el infeliz gemido?
¿De qué sirve esta vez tu fuerza mucha,
Si al Ibero constante y engreido
Con sus grandes victorias, no deshaces
Y consigues romper sus duras haces?

Tu ponzoña cruel tan solo puede
Recuperar mi honor y mi grandeza,
Visto que algun recurso ya no quede
Para rendir de Iberia la braveza:
Hoy tu mano fatal el lazo enrede,
Y deshaga su union y su entereza:
¿Qué te detienes? marcha sin tardanza,
Y rompe de una vez esta alianza.

Apenas escuchó tales razones
Del humano linage la enemiga,
Agitada de horribles convulsiones
El pecho en su temblor mueve y fatiga:
Ella frustradas ve sus intenciones,
Y esta idea fatal así la instiga;
Que lanzando furor y saña ardiente,
Muerde sus carnes con rabioso diente.

Sus crines serpentinas sacudiendo
Entre el crudo rencor que ya la agita,
De allí se parte con semblante horrendo
Y á la infernal region se precipita:
El tártaro tembló con ronco estruendo,
Y la turba feroz que en él habita
Con trémulo pavor huye medrosa
Á la mansion mas honda y tenebrosa.

En su ceño cruel tendió la vista,
Y la obscura caverna meneando,
Sin que á su horrible voz nadie resista
Los tartáreos ministros fue juntando:
Sobre el fiero esquadron pasó revista,
Y á la negra *Perfidia* separando,
Siguióle la *Ambicion*, como asimismo
La triste *Emulacion* y el *Egoismo*.

Quando juntos á todos ya está viendo
Lanzó tan fuerte grito en su amargura,
Que en las opacas grutas retiñendo,
Del espanto gimió la cárcel dura:
La torva vista luego revolviendo
Por aquella region triste y obscura,
Fixos en ellos sus sangrientos ojos,
De esta suerte les habla en sus enojos.

¿Hasta quando, ministros infernales,
Osareis el sufrir con pecho frio
Estos terribles y funestos males
Que insultan esta vez el poder mio?
¿Vos, que el azote sois de los mortales,
Serenos mirareis el desvarío
De esta gente soberbia y orgullosa
Que así burla el rigor de vuestra diosa?

Si mi rabia cruel y dura saña
Con su fuerza y union ha despreciado,
Hoy por vuestro poder y astuta maña
Tal vez mi intento miraré logrado;
Todos marchemos ya, y en la campaña
Lanzemos el veneno que guardado
En el pecho tenemos, que con esto
Verá su destruccion quizás bien presto.

Dixo, y la puerta del horror abriendo,
Montó sobre una nube tenebrosa,
De inflamado alquitran y azufre ardiendo
Que surcaba la esfera luminosa;
Entre truenos horrísonos subiendo,
Sobre el alto Pirene al fin reposa,
De donde todos cinco á ver alcanzan
A uno y otro rival que ya se avanzan.

Al momento la turba destructora
Lanzóse á nuestras huestes, corrompiendo
Con lengua maldiciente y turbadora
Los pechos que en furor iban ardiendo.
De esta suerte consigue en esta hora
Ir los brazos y fuerzas desuniendo,
Con que logró el abrir con maña y arte
Una puerta capaz al crudo Marte.

Por ella el dios cruel se entró al momento
Y blandiendo su acero fulminante,
Disperso cada qual, ya sin aliento
Busca sus gefes tímido y errante.
El grande Palafox que el fiero intento
Del rival conoció, marcha adelante
Con triste corazon y ardiente zelo
Á cubrir otra vez el patrio suelo.

Apenas su esquadron llegado habia
Á la rica ciudad y alojamiento
Quando vuelto á las tropas les hacia
Este sabio y eficaz razonamiento:
Ya estais viendo, soldados, les decia,
Hoy en cabeza vuestra el escarmiento
Que dá la desunion, si un alma ciega
A su errado dictámen ya se entrega.

Quan grande es el poder del brazo unido
Que no hay fuerza capaz de contrastarlo;
Tan pequeño será, si dividido
El contrario lo hallare al atacarlo.
Fácilmente el cordon será rompido
Si todos sus estambres al quebrarlo
Separáreis del nudo y la presura
Que hacen su consistencia fuerte y dura.

El arco que en un punto solo estriba
Si al centro vertical siempre se uniere,
Ningun crecido peso lo derriba
Por mas fuerte opresion que en él hiciere;
Mas si un leve poder cargando arriba
Sus costados de apoyo dividiere,
Luego los sacará tambien de quicio
Y por tierra ha de dar el edificio.

Tal será vuestra suerte, ó compañeros!
Si perdiendo la union que nos anima,
Intentáreis tal vez ser los primeros
En vuestro errado juicio y vuestra estima:
La negra emulacion, los zelos fieros
Contra el hermano fiel que se sublima
Causan la division é inobediencia
Como prueba esta vez nuestra experiencia.

Vuesta alteza mayor, vuestro heroismo
En la causa comun que defendemos,
Debe ser vuestra union y patriotismo
Para el yugo romper que al cuello vemos:
Qualquiera sacrificio que al fin mismo
De todos nuestros bienes hoy hacemos
Es sin duda el blason mas decoroso
Y el mas digno tambien del hombre honroso.

Brio y fidelidad tened, soldados,
Respeto y sumision á la cabeza;
Que sin esto los brazos esforzados
Se cubrirán de oprobio y de flaqueza:
Vuestros fieros rivales porfiados
Que no pueden rendir vuestra firmeza,
Intentan conseguir con viles mañas
Lo que no han de lograr por sus hazañas.

Así el gran Palafox los exhortaba,
Quando el contrario infiel que solo espira
Su venganza feroz, ya preparaba
Contra el triste Aragon toda su ira:
En su negro furor luego juntaba
Una fuerza y poder que al mundo admira,
Y entre el odio mortal que lo destroza
Se convierte de nuevo á Zaragoza.

Qual bravo jabalí que en la batida
Huye del cazador que ya lo acosa,
Y con el corvo diente va en la huida
Destrozando la selva montuosa;
Mas si llega á sentir sangrienta herida
Se revuelve con saña impetuosa,
Y avanza en su dolor mas despechado
Contra el brazo cruel que la ha causado.

Así el duro frances de muerte herido
Y en su sangre rabiosa ya bañado
Se convierte mas recio y atrevido
Á la fuerte ciudad que lo ha humillado.
Con mano destructora el fementido
Va talando la oliva y el sembrado
Sin dexar cosa alguna en la carrera
Que no sufra esta vez su saña fiera.

La insigne capital de Celtiberia
Al combate entretanto apercibida,
Entre el horrendo estrago y la miseria
Jamas abate su cerviz erguida:
Aunque goza de paz y calma séria,
En los puestos la gente repartida
Observaba sagaz y vigilante
Al temoso rival en cada instante.

La esposa de Titon su clara lumbre
Iba esparciendo por la seca tierra;
Y ornando de arrebol la excelsa cumbre,
Las frias sombras y el horror destierra;
Quando mirando ya segun costumbre
Un soldado hacia el campo de la guerra,
Alzarse ve de polvo una alta nube
Que obscureciendo el sol al cielo sube.

¿Qué nube es esta? luego al punto grita
Al escuchar las flautas y tambores:
¿Veis al contrario qual se precipita
Sobre nosotros? ¿veis sus batidores
Que abriendo el paso, cada qual se agita
Lanzando el pecho furias y rencores?
Al arma, compañeros, luego, luego
Que entra el crudo rival á sangre y fuego.

El bravo Palafox que esto escuchaba,
Da sus señales, y á tambor batiente
Sus invencibles tropas ya juntaba,
Oponiendo su esfuerzo á tal torrente:
Ya en las puertas y muros aguardaba
La lucha cada qual con pecho ardiente,
Al tiempo que Moncey con huestes duras
Ocupó del Torrero las alturas.

Dos colunas á un tiempo destacando
Que en fuego vengador y saña ardian,
Balas, muertes, é incendios vomitando
Por la izquierda del monte ya subian:
Por derecha tambien otras marchando
De Casablanca el punto combatian,
Entretanto que siete con Treviso
Cercando el arrabal van de improviso.

La valiente Salduba bloqueada
Con fuerzas tan horribles y espantosas,
Redoblaba el valor mas alentada
Resistiendo las huestes sanguinosas:
Trabóse luego la contienda osada,
Y entre gritos y voces rencorosas,
El horrendo cañon ya retumbando,
Iba negros volcanes eructando.

Bien como los betunes que encerrados
En las hondas cavernas y aberturas,
Si les tocan las aguas, ya inflamados
Rugiendo baten en las rocas duras;
Mas con su ardor los ayres dilatados
No pudiendo sufrir tales presuras,
De la tierra sacuden los cimientos
Produciendo terribles movimientos.

Así al estruendo ronco y espantoso
De los ardientes fuegos y explosiones
Temblaba la ciudad, y el pueblo honroso
Ve sereno sus fuertes convulsiones:
Entre el nuevo peligro mas rabioso
Penetrando las haces y legiones,
Su brazo cada qual ya descargaba
Armado del furor que lo alentaba.

Saltan las chispas del arnes templado
Entre el humo que arrojan los cañones,
Y el bravo aragones jamas cansado
Va rompiendo las filas y esquadrones.
El gran Velasco, y Manso el alentado
Que mandaban los recios batallones,
Como fieras andaban combatiendo
Y á los riesgos mayores acudiendo.

Seis horas y algo mas quizás habia
Que la espada y el fuego no cesaba,
Y el ancho campo todo se cubria
De la sangre rival que lo regaba.
El rabioso Mortier al fin cedia
Al ver que un solo paso no ganaba,
Y en triste confusion se retirando
Otro mas fiero plan va meditando.

Bien así como el can que al ver la presa
Con aguzado diente luego avanza,
Y en aullido feroz su angustia expresa
Quando llega á mirar que no la alcanza:
Mas por lograr mejor la dura empresa
Se retira hácia atrás con la esperanza
De conseguirla al fin, si desde el suelo
Pega salto mayor tomando vuelo.

Así el infiel Treviso retirado,
Del inhumano empeño no desiste;
Sino que mas cruel y ensangrentado
Con su fuerte reserva luego embiste;
Mas el gran Palafox auxîliado
De Oneill y de Sant-Marc así resiste,
Que las filas enteras arrollaban
Con los fuegos horrendos que lanzaban.

Con la espada en la mano discurrian
Por su espeso esquadron los tres valientes,
Y los pechos mas tibios encendian
Con exemplos y voces eloqüentes:
De este modo las tropas sacudian
Golpes tan crudos, tajos tan freqüentes,
Que abatido el frances en todos lados,
Huyen sin tino gefes y soldados.

El invicto y osado Renovales
De San Josef el fuerte defendia
Con tan bravo teson, que en los rivales
Un destrozo infernal ya se advertia.
Con sus recias colunas inmortales
Lanza al fiero rival en su porfia
De las espesas selvas y estacadas
Donde estaban sus tropas emboscadas.

Mientras unos talaban los arbustos
Capa de su temor y sus acechos,
Otros al fuego sin horror ni sustos
Presentan firmes sus ardientes pechos.
Arruinados los puntos mas robustos,
Los fuertes espaldones ya deshechos,
Así al bravo enemigo rechazaban
Que de muertos los fosos rebosaban.

En tanto que el contrario se aproxîma
Á las flacas murallas quebrantadas,
Arrojaba el Torrero de su cima
Á millares las bombas y granadas:
Treinta bocas de fuego tiene encima
La infelice ciudad; que situadas
En torno de ella, lanzan noche y dia
La horrenda destruccion y la agonia.

Tiemblan las casas, húndense los muros,
Se desprenden los techos desplomados,
Y las torres y templos mas seguros
Baxan entre un volcan precipitados:
El mortero y obus con golpes duros
Hacen volar las vigas y tejados,
Y ardiendo Zaragoza en viva llama
Su constante valor con ella inflama.

Á manera de roca fuerte y dura
Que del soberbio mar es azotada
No se abate jamas á la bravura
De la undosa corriente arrebatada;
Sino erguida su frente con mesura
Resiste inmoble la violencia ayrada,
Y burla su rigor firme y serena
Apoyado su pie sobre la arena.

Así á la furia del volcan tonante
Que el ayre enciende con atroz bramido,
La gran Salduba siempre mas constante
Burla la fuerza del rival temido.
Cada fiel pecho muro es de diamante
Que en rabia cruda todo convertido
Al ver del fuego la cruel braveza
La muerte arrostra con mayor firmeza.

El osado Butron, á quien no espanta
El peligro de fuerzas tan tremendas,
Con su tropa invencible se adelanta
Del sangriento frances hasta las tiendas.
Con el duro cuchillo á la garganta
Soltando al pecho del valor las riendas,
Clava y destruye audaz la artilleria
Que al fuerte del Pilar se dirigia.

Á este tiempo el sañoso y atrevido
Lannes el mariscal la tropa manda;
Que al templado Moncey sostituido
Por el corzo feroz fue en la demanda:
Su fiero corazon ya enardecido
Lanzando negra hiel en todos anda;
Que no puede sufrir mucha tardanza
Su horrorosa crueldad y destemplanza.

Por acabar de un golpe la contienda
Todas sus huestes luego desplegaba;
Marchando á la ciudad, porque ya entienda
El valiente adalid con que luchaba:
Así la embiste con fiereza horrenda,
Y con tantos esfuerzos la atacaba,
Que tan solo Salduba la invencible
Resistiera violencia tan horrible.

Casi desmantelada enteramente,
Se mira acometer por todas partes,
Cayendo á un tiempo en ella de repente
Todas las tropas, armas y estandartes;
Mas en tanto que opone á tal torrente
Sus duros brazos, máquinas y artes,
De Santa Engracia el fuerte va forzando
El fiero mariscal con recio bando.

Aquí fuera de ver la rabia cruda,
La cruel mortandad y los clamores
De uno y otro rival, que nadie muda,
Ni retrocede el pecho á los rigores:
Entre el fuego voraz anda desnuda
La espada y bayoneta, y sus rencores
Los hispanos vengaban con tal saña,
Que sembraban de muertos la campaña.

¿Visteis al Betis grave y caudaloso,
Que la undosa corriente detenida
Del sibilante viento impetuoso,
Alza su frente de furor ceñida;
Mas si llega á romper, corre furioso
Arrollando y batiendo en su corrida
Los gruesos pinos, piedras y majadas
Qual si fuesen aristas delicadas?

No de otra suerte cargan los Iberos,
Arrollando las huestes enemigas;
Que alzando el brazo, van con los aceros
Cercenando cabezas como espigas;
Mas no saciados con los golpes fieros
Y el fin queriendo dar á sus fatigas,
Vuelan la mina, que subiendo al cielo
Tres mil rivales dexan sobre el suelo.

El bravo mariscal no desistiendo
Con suceso tan triste y lastimoso
De su empeño cruel, va reúniendo
Su deshecho esquadron, mas rencoroso:
Por la calle del Coso iba subiendo;
Quando el grande Butron siempre animoso
La defensa tomaba de este punto,
Que era en su destruccion otra Sagunto.

Entre la ardiente llama abrasadora
Con que el crudo rival la línea enciende,
Corre la mecha y mano minadora,
Que por toda la calle el fuego prende;
Mas andaba Butron en esta hora
Con tal serenidad, que á todo atiende,
Sin que tantos estragos ya le abatan
Por mas que el fuerte pecho le combatan.

Las huestes valerosas animando,
Así la fiera saña resistia;
Que el enemigo infiel nada alcanzando,
Tantos golpes sufrir ya no podia:
Los templados aceros descargando
Cada qual por su parte rebatia
Del contrario las fuerzas de tal suerte,
Que era todo rencor y horrenda muerte.

El rugiente cañon que el ayre atruena,
La horrísona explosion del cruel mortero,
La sibilante bomba que resuena
Por la ronca caverna y el otero,
La humeante ciudad de escombros llena,
El fuego abrasador y el *clamor fiero*
Tan terribles angustias producian
Que aun al duro rival ya conmovian.

Mas la fiel Zaragóza en tal debate
Qual oro en el crisol, así mantiene
Su constancia y honor, que nadie abate
El honroso valor que la sostiene;
El osado enemigo en el combate
Al mirar su teson, ya se contiene,
Y Marte confundido en su esperanza
Busca el medio postrero á su venganza.

Ya entre las olas Febo zabullendo
La luz robaba del alegre dia,
Y en negras sombras iba convirtiendo
La tierra y ancho mar la noche fria.
El claro gefe luego reuniendo
Su brillante esquadron, se dirigia
Á tomar su quartel, por dar reposo
Al cuerpo flaco, y corazon ansioso.

CANTO DECIMO.

ARGUMENTO.

Rendido Palafox á un blando sueño
Lo arrebata Minerva á la alta esfera:
Lo que en ella observó, y el gran diseño
Que mostróle de un monte en la ladera.
Prosiguiendo la diosa con su empeño
El aura desde allí surcó ligera,
Y al templo de la Fama al fin baxando
Los héroes del valor le fue mostrando.

Pensativo, azaroso y afligido
El bravo Palafox ya descansaba,
Y de penas tan duras combatido,
De su patria los males contemplaba.
Al acerbo dolor casi rendido,
La mano en la mexilla, suspiraba,
Y sobre el blando lecho recostado
Iba quedando al sueño enagenado.

Apenas sus potencias y sentidos
Con el dulce beleño transportados,
Y en la parte mas noble recogidos
Se miraban suspensos y arrobados;
Quando sus miembros laxôs y caidos
Fueron por Palas otra vez tocados,
Que ornada de esplendor y bizarria
Entre el triste sopór le aparecia.

Del alma abrió los ojos, y al momento
El silencio rompiendo la alta diosa,
Al labio comunica el dulce acento,
Y así le dice afable y cariñosa:
¡Ó constante varon! no el fin sangriento
De una guerra tan cruda y espantosa
Te debe intimidar; porque la gloria
Te ha seguido constante en la victoria.

Tu esforzado valor y tu osadia,
Tu sincéra lealtad al soberano
Y tu amor á la patria, en este dia
Han cubierto de honor tu fuerte mano:
Que el hinchado rival si en su porfia
Tus fuerzas quebrantó sañoso y vano,
Ha visto con dolor que su partido
Á tu brazo quedó siempre rendido.

Así no temas fieras tan crueles,
Que á ornar tus sienes generosa te convida
Con verde mirto, rosas y laureles
La eterna Fama, tu deidad querida;
Tú ¡ó invicto jóven! sigue, y no receles
Mis árduos pasos; pues en la partida
Verás los héroes que en su augusto templo
Ella conserva para darte exemplo.

En él te mostraré los campeones
Que en los siglos ilustres y afamados
Por su digno valor y sus acciones
Fueron en duro bronce eternizados:
Allí sus nombres é ínclitos pendones
De lauro eterno los verás ornados;
Y su alto esfuerzo, gloria y arrogancia,
Dará á tu pecho la mayor constancia.

Dixo; y arrebatando dulcemente
Su turbada y obscura fantasía,
Por el aura sutil y fresco ambiente
Qual ligera saeta discurria.
Comenzóse á elevar tan eminente,
Que en la etérea region ya se escondia;
Tanto que viendo el mar y tierra junto
Parecia un pequeño y negro punto.

Aquí su rostro el Gefe revolviendo
Con gesto esquivo y ojos temerosos,
Largas provincias iba descubriendo,
Montes excelsos, valles deliciosos.
Los anchos mares por allí va viendo,
Aquí ciudades, pueblos numerosos,
Allá mil lagos, rios, fuentes puras;
Acá los campos, prados y llanuras.

Allí mira los cuerpos luminosos
Por el órden y serie de su asiento:
Vé los siete planetas portentosos
Y su vario y errante movimiento:
Ve sus vueltas y giros presurosos,
La causa de su mengua y de su aumento,
Y ve los fixos y constantes modos
Con que cortan la eclíptica en sus nodos.

Allí de los cometas mira luego
El curso orbicular con que caminan;
Que con grave compas, manso sosiego
Ó se alejan del sol, ó se avecinan:
Ve que al se le acercar, con tan gran fuego
Los abrazan sus rayos é iluminan;
Que en humosos vapores se exhalando,
Van con ellos sus colas figurando.

Allí mira el gran órden y armonia
Con que gira de Oriente al Occidente
Sobre sus firmes polos cada dia
La máquina del cielo transparente.
Mira luego despues la simetría
De la Ursa boreal, Carro luciente,
Ó Bocina mas bien do los Triones
Soplan los recios bóreas ó aquilones.

Allí tambien absorto está mirando
Del Norte la brillante y clara estrella,
Que hácia el fin de la Osa se apoyando
Cierra su cola refulgente y bella.
Ve que el luciente carro caminando,
Ella le sigue con radiante huella,
Y en su fixo y constante seguimiento
Va girando al compas del Firmamento.

Allí mira del sol el curso vario
Y el movimiento opuesto con que gira,
Formando el Equador con el diario
Que igual de entrambos polos se retira;
Mas girando tambien hácia el contrario
El Zodíaco forma, que se mira
Distar del Equador al año solo
Veinte grados con tres en cada polo.

Ve que siguiendo el carro de Faetonte
La rota perennal por do camina,
Si al hemisferio nuestro se remonte,
Con radiante fanal nos ilumina;
Mas si llega á pasar nuestro horizonte
Y al opuesto hemisferio se avecina,
Nos priva de la luz, y asi su coche
Con su curso señala el dia y noche.

Allí mira tambien que se acercando
A uno y otro solsticio de la esfera,
Dos veces en el año va cortando
La línea equinocial en su carrera:
De esta suerte el Invierno va fixando,
Y el Verano, y Otoño y Primavera,
Segun del Equador al Sur se arrima,
Ó al Trópico de Cáncer se aproxîma.

Allí despues la causa va notando
Del auge de la luna y decremento;
Que los rayos del sol participando,
Recibe de su luz el complemento;
Mas luego con la tierra se encontrando
En su órbita mensal, va su incremento
Perdiendo á proporcion que ella la cubre
Y la cara del sol mas se le encubre.

Allí nota tambien que igual motivo
Ocasiona su eclipse; porque siendo
De la tierra el grandor mas excesivo,
Contra la luz del sol la va cubriendo.
Ve tambien que la *luna* el *rayo* activo
Obscurece del sol; que interponiendo
Su presencia entre el astro y ancha tierra
En parte su esplendor de nos destierra.

Allí mira asímismo el gran influxo
Que ella da á varios cuerpos sublunares,
Causando su atraccion el recio fluxo
Y refluxo constante de los mares.
Ve que el sabio hacedor quando produxo
Dos tan grandes y claros luminares
Quiso en ellos fixar los movimientos
Y el orígen y causa de los vientos.

Allí mira despues que se elevando
Los vapores del mar y tierra al cielo,
Derretidos en lluvia van baxando
De la ardiente region al hondo suelo;
Mas si el frio aquilon los va encontrando
Los convierte al subir en nieve ó hielo,
Ó los hace al baxar duro granizo
Quando el calor ya en gotas los deshizo.

Allí la causa (en fin) atento nota
Por qué de algunos cuerpos atraida
La eléctrica materia, en volcan rota
El rayo destructor forme y despida.
Otros secretos mil en tal derrota
Contemplaba su mente ya abstraida;
Y anegada en un golfo tan extenso,
Alababa el poder del ser inmenso.

De aquí luego baxando á la llanura
Que el Betis baña con fugaz corriente,
Otro nuevo portento y hermosura
Se mostraba á su vista de repente:
Que próvida esta vez quiso natura
Presentarle el pais mas excelente
Que pudo dibuxar, ni ha producido
Con su lindo pincel y colorido.

En la cumbre de un monte que llegaba
Segun su parecer al alto cielo,
A la augusta deidad que le guiaba
Plugó ya el abatir su raudo vuelo:
Aquí el jóven atento contemplaba
La amena variedad de aquel gran suelo
Así en sus frutos, árboles y plantíos
Como en sus claras fuentes y anchos ríos.

Allí los frescos prados le tenian
Ricos tapetes de pintadas flores,
Y el nardo y la mosqueta le ofrecian
Con la rosa y jazmin bellas labores:
El lirio y alelí allí esparcian
Entre el verde arrayan gratos olores,
Quedando el campo así todo esmaltado
De blanco y carmesí, roxo y morado.

Aquí frondosos huertos y vergeles
Ocupaban la tierra en gran distancia,
Donde el albo azahar y los claveles
El ambiente llenaban de fragancia.
A otro lado las naves y bateles
De las aguas siguiendo la inconstancia,
Llenas las velas del Favonio blando,
Las verdes alamedas van cruzando.

Pues las claras y puras fuentecillas
Con murmurio apacible susurrando
Atraviesan las flores y semillas
Sus matizes y aromas renovando:
Y las tiernas y dulces avecillas
Sus armoniosos trinos alternando
Del verde lecho [illegible] hacia
Una grata y acorde melodia.

Y el blando cefirillo meneaba
Las flores, arboledas y sembrados,
Y con suaves soplos ondeaba
Las ricas mieses, y los verdes prados:
Aquí tambien ayroso retozaba
Por los valles y campos recamados
El becerrillo tierno y el cordero,
Y el manso conejillo y el ligero.

Todo brotaba allí por cada parte
El gozo, la abundancia y el recreo;
Que pródiga natura, y sabio el arte
Quiso saciar el gusto y el deseo:
La abeja y el olivo allí reparte
Los sazonados frutos de Aristeo,
Y acá cubren los llanos y laderas
Altos pinos, cipreses y moreras.

Entre mapa tan bella y deleytosa
Registraban los ojos colocada
Una ciudad ilustre y populosa
De castillos y muros rodeada:
Era rica, opulenta y espaciosa,
Y de grandiosas torres coronada,
Con templos y edificios portentosos,
Fábricas y palacios suntuosos.

Por todo su contorno la cercaban
Muchos pueblos y quintas deliciosas,
Y sus grandes llanuras adornaban
Alamedas tambien las mas frondosas:
Por ellas blandamente paseaban
Las Náyadas del Betis tan ayrosas,
Que cada qual ufana competia
En adorno, belleza y gallardia.

Allí entre bosques de fragantes rosas
Una corriendo va con leve planta;
Otra templa las cuerdas armoniosas
Y al sonoro compas su placer canta,
Aquella sobre alfombras olorosas
De un ameno vergel sus pies levanta,
Y en compasada vuelta corta el ayre
Entre los tiernos quiebros del donayre.

Quál al prado robándo su belleza,
Sus faldas hinche de olorosas flores,
Ornando de fragancia y gentileza
El nevado pensil de sus amores:
Esta al claro arroyuelo se endereza,
Y al movedizo espejo en sus fulgores
Mira su blanca faz, y en que bello
Transforma el rubio color de sus cabellos.

Mil hileras de alígeros cupidos
Entretanto los ayres van poblando,
Que tesando los arcos atrevidos
Andan ardientes flechas arrojando;
Sobre blandos placeres sostenidos,
Aquí y allí mil pechos asestando,
El camino preparan á Ericyna
Que en nacarada concha se avecina.

Allí de blancos cisnes conducida
Se divisa baxar entre los juegos;
Su nívea cara de carmin teñida
Y sus ojos lanzando dulces fuegos:
Allí despues al hijo convertida
Grata á la fuerza de amorosos ruegos,
Le manda despedir duros arpones
Traspasando de amor los corazones.

Extático, suspenso y admirado
El gefe con vision tan prodigiosa,
De sus duros trabajos olvidado,
Entre tantas delicias ya reposa.
De tan dulce transporte arrebatado
Contemplaba su suerte venturosa;
Quando vuelta hácia él su amable guia
Dentro del sueño oyó que le decia:

Conviénete partir de aquí al momento,
¡Ó valeroso jóven! que al soldado
No le es dado jamas fixar su asiento
Sobre el deleyte muelle y delicado.
La suave molleza y blandimento
Afeminan al brazo mas osado,
En tanto que el trabajo y duro acero
Los esfuerzos aumentan del guerrero.

Otro mapa mas bello y peregrino
Hoy te quiero mostrar; porque en él veas
Qual deba ser tu fin y alto destino,
Y la gloria y honor que mas deseas:
Tú prosigue constante mi camino;
Que el eterno laurel por que peleas
Tus sienes ceñirá, si consiguieres
Imitar los exemplos que aquí vieres.

Diciendo de este modo, nuevamente
Por el aura sutil le iba arrebatando,
En una nube clara y reluciente
El flúido celeste va surcando
Con raudo vuelo la deidad potente
Tierras y mares iba traspasando
Hasta llegar á un monte, cuya cima
A las nubes mas altas se aproxima.

Aquí paró la diosa, y rodeando
Sus ojos Palafox curiosamente,
Iba por todas partes registrando
Un hermoso pais y nueva gente:
Tales cosas el Gefe contemplando,
Vió luego otra ciudad mas eminente,
Cuyas torres y muros parecian
Que elevarse á los cielos pretendian.

Alcázares soberbios y encumbrados,
Robustos baluartes y albarradas,
Circos y anfiteatros derrocados,
Gruesas colunas, termas y portadas,
Castillos y obeliscos empinados,
Aqüeductos, estátuas y calzadas
Con otros mil preciosos monumentos
Formaban sus bellezas y ornamentos.

Sobre una de sus plazas se miraba
Un espacioso templo, cuya altura
Entre las altas torres descollaba
Ostentando su bella arquitectura:
El ingenio y el arte allí mostraba
Toda su magestad y su finura
En sus grandes linternas, chapiteles,
Acroteras, pilastras y linteles.

A este lugar el Gefe se avecina
Con la sacra deidad, y atentamente
Todo lo mira, toca y exâmina
Así como varon sabio y prudente:
Siguiendo sus pisadas se encamina
Por una grande puerta que al Oriente
Estaba situada, y conducia
A un ancho corredor ó galeria.

Caminando por ella á otra portada
Aun de mayor grandeza y aparato,
El alma se paró toda arrobada
Al ver tanta riqueza y fino ornato.
La fábrica sublime y elevada
Mostraba en su altivez el gran conato
De una brillante mano que ingeniosa
La supo presentar tan portentosa.

Su terso y espacioso pavimento
Era de ricas losas chapeado,
Que en su fino color y pulimento
Del nacar y marfil fuera envidiado:
Se elevaban despues sobre su asiento
Altos postes de marmol encarnado
Tan sólidos, robustos y arrogantes
Que pudieran ya ser nuevos Atlantes.

Allí sobre elegantes capiteles
Una ayrosa cornisa descansaba
Que en frisos, arquitrabes y boceles
Todo el primor del arte presentaba:
Con la fina escultura y los pinceles
Su decoro y labor aun mas brillaba;
Aumentando tan altas perfecciones
Los triglifos y alados modillones.

De ella arrancaban luego sostenidos
Sobre lindas impostas jaspeadas
Arcos de grandes vuelos, reunidos
Á bóvedas grandiosas y elevadas:
De paises y hermosos coloridos
Todas ellas se miran adornadas,
Cerrando al fin un alto cupulino
Aquel templo tan bello y peregrino.

Orlaba su interior ayrosamente
Un barandal de bronce balaustrado,
Adornando sus lados, pies y frente
Con el jaspe mas fino y acendrado.
Aquí el oro y la plata reluciente
Brillaba entre el matiz mas delicado
En plintos, dados, golas, dentellones,
Pedestales, volutas y festones.

En el ara mayor, do se subía
Por una relevante y alta grada,
La imágen de la Fama se veía
De altura colosal representada:
Por sus batientes alas descubria
En cada pluma con primor grabada
Una parlera lengua, y á su lado
Un ojo velador grande y rasgado.

En torno de los muros se notaban
Varias urnas y nichos repartidos,
Donde el oro y cristal reverberaban
Con la concha y marfil entretexidos:
Ceñidos de laurel allí se hallaban
Los bustos de los héroes mas floridos
Que vió la antigüedad, y sus blasones
Se adornaban con bellas inscripciones.

Minerva que al gran Gefe conducia
Hácia el primer lucillo señalando,
Aquí se ve Sesostris, le decia,
Monarca poderoso, dulce y blando:
Este fue el grande Egipcio que en su dia
Muchas naves y tropas acopiando,
Subyugó con valor y fuerte audacia
Los pueblos desde el Ganges hasta Tracia.

Siguiendo la deidad mas oficiosa,
Otro busto le muestra, así diciendo:
Esta de Acelmie es la estátua honrosa
Que defendió de Tiro el cerco horrendo:
No teme al enemigo que le acosa
Siete meses continuos; resistiendo
El ímpetu cruel y la osadia
De Alexandro que atroz le combatia.

Mas en aquel varon tu vista para,
Minerva prosiguió, y á Nino mira
Rey Asirio, de fama tan preclara
Que su historia inmortal esfuerzo inspira:
El Éufrates corrió con fuerza rara,
La Armenia sujetó, y á Egipto admira;
Al Persa sojuzgó y al Parto y Medo,
Y al Celesírio en fin llenó de miedo.

Mira, le dice, allí mas adelante
A Ciro Rey de Persia el valeroso,
Que soberbio, atrevido y arrogante
Un esquadron juntó muy numeroso:
Entró con él en Sárdis, y triunfante
Hizo cautivo á Creso el poderoso,
Y al Éufrates mudando de su asiento,
Taló de Babilonia hasta el cimiento.

De esta suerte va el Gefe prosiguiendo
De los héroes el órden comenzado,
Las estátuas y bustos conociendo
Que cercaban el templo dilatado:
Llegando pues á uno, y advirtiendo
En un varon ayroso y mesurado,
En la breve inscripcion que al pie tenia
Con letras de oro vió que se leia.

Aquí está el sabio, el justo, el mas prudente
Y mas bravo Señor y Rey Darío,
Que aterró al Babilonio, y á su gente
Venció con su constancia y poderío:
El que juntó una esquadra muy potente
Y á la India invadió con grande brio,
Y al Tragio subyugó y al Macedonio,
Y sujetó las islas del mar Jonio.

Vuelve los ojos ya, dixo la diosa,
Y aun mas triunfos verás aquí en los nombres
Que la Fama grabó sobre esta losa
Para eterno blason de estos dos hombres:
Temístocles el grande allí reposa
Y Arístides con él, cuyos renombres
Tan justamente honró su patria Atenas,
Que de ellos andan las historias llenas.

Estos dos capitanes opusieron
Al persa Xerxes toda su constancia,
Y un inmenso esquadron le destruyeron
Con su armada invencible y su arrogancia.
En Maraton primero lo vencieron,
Y con firme y tenaz perseverancia
Completaron del todo su ruina
Junto al Peloponeso y Salamina.

Pero mas digno fue, siguió Minerva,
De memoria eternal aquel soldado
Cuyo nombre la Fama nos conserva
A pesar de la Parca y duro hado.
Filipo el Macedonio allí se observa
De tan altas virtudes adornado;
Que su curso fugaz y corta vida
Aun no dexa de ser hoy aplaudida.

Fue astuto, justiciero, manso, afable,
Político y audaz, fuerte y temido,
Que á Pizne y Potidéa la indomable
Y á Antípolis rindió su cuello erguido:
En Queronéa rompió la formidable
Liga del Ateniense envanecido,
Y conquistó el pais con buen suceso
Que está entre el Estemion y el fértil Neso.

¿Mas qué Jóven alli miro á su lado?
Preguntó Palafox; pues segun creo
Me parece el mas bravo y alentado
Monarca y Capitan que entre estos veo:
Es Alexandro el Grande, el esforzado,
Respondió la deidad; y sin rodeo
Te digo que jamas un Rey ha habido
Tan guerrero, valiente y atrevido.

Quatro lustros contaba todavia
Quando heredando el reyno y la corona
De su padre *Filipo*, ya tenia
Todo el orbe respeto á su persona:
Refrenó de la Trácia la osadia,
Hizo temblar la *Grecia*, y no perdona
A la rebelde Tebas insolente
Asaltando sus muros impaciente.

La misma desgraciada y triste suerte
Sufrió de su valor Halicarnaso
Poderosa ciudad y plaza fuerte
Donde el Persa feroz le estorba el paso:
Ni el trabajo y la sed, ni el hambre y muerte
Bastaban á apagar el ancho vaso
De su pecho animoso é iracundo
Que ansiaba por domar á todo el mundo.

Fue desde Macedonia costeando
Todo el Mediterráneo, y de aquí pasa
A la tierra de Egipto, penetrando
De Libia el arenal que ardiente abrasa:
Despues el Roxo Mar atravesando
Y el Pérsico tambien, luego traspasa
La gran India, venciendo á los Escitas,
Y arrancando coronas infinitas.

Cada vez mas atento y admirado
Contemplaba el caudillo las acciones
De aquel bravo adalid que denodado
A su brazo rindió tantas regiones;
Mas mirando del templo á otro costado,
Otra brillante série de varones
De gloria no menor se presentaba,
Que la audacia y valor solo inspiraba.

Pues fixando su vista en el primero
Le señala Minerva con la mano
A Régulo el leal, bravo guerrero,
Y Cónsul generoso y fiel Romano:
Este, le dice, fue quien con su acero
Batió al Cartaginès republicano,
Y el que siendo por él al fin vencido,
Su fama acrisoló como es debido.

Porque á Roma llevando la embaxada
Para ajustar la paz, solo procura
La guerra sostener, teniendo en nada
Por salvar la nacion, su prision dura;
Y por no quebrantar la fe jurada
Volvió del cautiverio á la presura,
Mirando mas su honor, que el fiero estrago
Que á su vida amenaza allá en Cartago.

El próxîmo lugar luego ocupaba
Un gallardo mancebo de estatura
Elegante y hermosa, que mostraba
Un agradable aspecto de dulzura.
Este fue, dixo Palas que miraba
A Palafox leyendo la escritura,
El bravo Scipion, por cuya espada
La cerviz de Cartago fue domada.

No menos admirable y celebrado
Ha sido el que ahora ves; pues sus victorias,
Continuó Minerva, le han llenado
De inmortales laureles y de glorias;
Es Cesar el audaz, que apoderado
De las Galias, nos cuentan las historias
Que asaltó mil ciudades diferentes,
Y rindió á su poder trescientas gentes.

A su lado tambien mira y repára
Colocado á Pompeyo el invencible,
Que la España invadió con mano avara
Rindiéndose á su fuerza irresistible:
A la Italia extendió su dura vara,
Y su nombre en el Asia fue terrible,
Derrotando despues á los piratas
Con sus muchos baxeles y fragatas.

Igual en el valor; Palas prosigue,
Fue el gran Cartaginés que allí estás viendo,
Y es Anibal el bravo, el que consigue
Asolar á Sagunto y verla ardiendo:
Al Romano inmortál tambien persigue,
Mucha fuerza y poder le destruyendo,
Y venciendo á Turin y á Casilino,
Y á Escipion Primero en el Tesino.

Acababa de hablar estas razones
La sagrada deidad; quando observaba
El bravo Palafóx unos renglones
Que en antiguo español los pronunciaba.
Allí entre el oro y ricos pabellones
Muchos Reyes ilustres contemplaba,
Que por todos sus trages y señales
Mostraban ser de España nacionales.

Pues mirando al primero de la fila,
La estátua conoció del Gran Pelayo,
Padre del desgraciado Rey Favila,
Y el que al Reyno libró de su desmayo.
Este, dixo Minerva, es quien ventila
El honor de su patria, y hace ensayo
Con pocos Asturianos de su espada
Contra la infiel morisma sublevada.

Continuó la empresa aquel siguiente,
Añadió la deidad; que fue llamado
El Grande Don Alonso, que hizo frente
Al bárbaro Africano porfiado:
Extendió su dominio hasta el vertiente
Del Tajo y Guadiana plateado;
Sus triunfos numerando y sus hazañas
Por sus grandes empresas y campañas.

La ilustre de Pancorbo fue testigo,
La de Órbigo tambien, Lugo y Zamora,
Sin hallar Cillorico algun abrigo
Contra su recia espada asoladora:
Arrancó Porto y Braga al enemigo,
Y con mano robusta y vencedora
Triunfó de Atienza y Ávila, y predomina
A Coímbra y Lamego, y luego á Eminia.

Con no menor braveza y gallardía,
Dixo Palas, se muestra allí Ramiro;
Pues abatió del Moro la osadía
Corriendo de la España todo el giro.
A Madrid asoló; siguió la vía
De Simancas, y allí su triunfo admiro;
Desbarató al contrario en Zaragoza,
Y en Osma y Talavera lo destroza.

De semejantes lauros coronado
Mas adelante ves á Alfonso el Bueno,
Que qual Rey valeroso y denodado
Muchos triunfos ganó del Sarraceno:
Sobre todos fue grande y señalado
El que alcanzó de Losa en el terreno,
Donde muertos quedaron á sus manos
Doscientos mil rebeldes Mahometanos.

Así la bella diosa proseguía,
Quando el Gefe volviendo aquí la cara,
Una estátua miró que en valentía
Parece que á ninguna se compara:
Mil coronas rendidas allí habia,
Y una dorada letra que declara
Las glorias que alcanzó de los paganos,
Diciendo en caractéres castellanos.

ESTE ES FERNANDO EL SANTO, EL OMILDOSO,
É GRAND REY DE LEON É DE CASTILLA;
EL QUE TRUNFÓ DEL MORO QUE OMINOSO
EN JAEN É GRANADA SE LE OMILLA:
EL QUE VENCIÓ Á XEREZ, É ASÁZ TEMOSO
FIZO RENDIR Á CÓRDOVA É SEVILLA,
É RESCATÓ Á VALENCIA É Á BAEZA,
É Á MURCIA LA ARREDRÓ CON SU BRAVEZA.

Apenas la inscripcion leyendo estaba
El jóven, de placér y gozo lleno,
Quando ya la deidad le señalaba
Al invencible rey Alfonso Onceno:
Este es, dixo Minerva, á quien no acaba
La historia de alabar; pues puso freno
A la horrible morisma en el Salado,
Do todo su poder fue destrozado.

Otros muchos ilustres triunfadores
Mira el invicto Gefe colocados
Por el grandioso templo, y corredores
Que cercaban su frente y sus costados.
Ve los altos Monarças y Señores
Que salvaron su patria y sus estados
Del sangriento enemigo que vencieron,
Y sus vastos dominios extendieron.

Vió al Grande emperador Don Carlos Quinto,
Cuyo excelso valór igual no halla,
Y á su hijo Don Juan, que en sangre tinto
Dexó al mar de Lepanto en su batalla:
Vió al quinto Rey Felipe, que el recinto
De la España salvó qual fiel muralla,
Defendiendo con cortos esquadrones
La corona debida á los Borbones.

Allí vió al fuerte Aquiles, el que en Troya
Y su cerco fatál perdio la vida,
Y al Gran Caupolicán, Rengo y Lincoya
Por los quales fue Aráuco defendida:
Vió al célebre Cortés, que rica joya
Al Imperio Español dexóle unida,
Y al griego Agamenón, y en el extremo
Al rey Lacedemonio Aristodemo.

Ve por último allí muchos pendones
Que colgados del templo presentaban
Los escudos, castillos y leones
Que á la Fama sus triunfos consagraban.
Ve de todas las gentes y naciones
Varios reyes y gefes, que gozaban
De la gloria y laurel mas permanente
Con que ornó la deidad su clara frente.

Nota.

Desde el pliego 35 hasta el fin de este tomo se ha impreso en la oficina de Don Diego Garcia Campoy, plazuela de Orta.

ERRATAS

que se hallan en algunos exemplares de este primer tomo.

Pag.	*Lín.*	*Dice.*	*Debe decir.*
13.	11.	Aragon.	Alagon
17.	17.	Contiuúa.	Continúa.
18.	1.	Todas sus fuerzas.	Todas sus huestes.
18.	13.	Separa entre ellos.	Separa á la perfidia.
24.	20.	Exôrtar.	Exhortar.
30.	19.	Easa.	Casa.
33.	20.	Planicias.	Planicies.
36.	5.	Dixóse.	Díxose.
68.	6.	Duerme reposa.	Duerme y reposa.
69.	8.	Que no me dé.	Que me usurpe.
96.	24.	Enlance.	Enlace.
121.	1.	Visoña.	Bisoña.
180.	18.	Eaverga.	Aferra.
181.	21.	Amura.	Escota.
246.	15.	Alhagado.	Halagado.

SEÑORES SUBSCRIPTORES DE ESTA OBRA.

Excmo. Sr. D. Pedro Agar.
Excmo. Sr. Lord Wellington Duque de Ciudad-Rodrigo.
Excmo. Sr. Duque del Infantado.
Excmo. Sr. Duque de Hijar.
Excmo. Sr. Duque de Frias.
Excma. Sra. Marquesa de Astorga.
Excmo. Sr. Marques de idem.
Excmo. Sr. Marques de Villafranca.
Excmo. Sr. Marques de Castelar.
Sr. Marques de la Motilla.
Sr. Marques de Sales.
Sr. Marques de Castellanda.
Sr. Marques de Casa-Madrid.
Sr. Marques Pané.
Excma. Sra. Condesa de Benavente.
Excmo. Sr. Vizconde de Gante.
Sr. Conde de Maule.
Sr. Conde de Riomolino.
Sr. Conde de Cantillana.
Sr. Conde de Noroña.
Ilmo. Sr. Obispo de Siguenza.
Excma. Sra. Doña Ramona Parada y Bardaxí.
Excmo. Sr. Embaxador de S. M. B.
Excmo. Sr. D. Adrian Jácome.
Excmo. Sr. D. Joaquin de Mosquera.

Excmo. Sr. D. Juan Maria Villavicencio.
Excmo. Sr. D. Juan Perez Villamil.
Excmo. Sr. D. Ignacio de Rivas.
Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos.
Excmo. Sr. D. Martin de Garay.
Excmo. Sr. D. Ignacio de Álava.
Excmo. Sr. D. Antonio Cano Manuel.
Excmo. Sr. D. Tomás González Carvajal.
Excmo. Sr. D. Juan Alvarez Guerra.
Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Castaños.
Ecxmo. Sr. D. Cayetano Valdes.
El Comisario General de S. M. B.
El Lord Macduff.
El Sr. Encargado de Negocios de Portugal.
El Sr. Cónsul de Portugal.
Sr. Arcediano de Medina.
Sr. Arcediano de Segovia.
Sr. D. José Brun.
Sr. D. Miguel de Álava.
Sr. D. Juan Facundo Caballero.
Sr. D. José Morales Gallego.
Sr. D. Victor Soret.
Sr. D. Manuel Salmon.
Sr. D. Pedro Bailin.
Sr. D. Pedro Ric.
Sr. D. Manuel de Lardizabal.
Sr. D. Juan del Castillo y Carróz.
Sr. D. Alonso de Torres Guerra.
Sr. D. Tomas Moreno.
Sr. D. Nicolas Guinllica.
R. P. Prior de S. Agustin.
D. Antonio Picardo.

D. Benito Picardo.
D. Ricardo Meade
D. Nicolas Enriles.
D. Gregorio Santa Cruz.
D. José Joaquin de Landáburu.
D. Gregorio La-Torre.
D. José Agustin de Sanchez.
D. Manuel Almeida y Alzaibar.
D. Santiago Terri.
D. José Sanchez del Asalto.
D. Alonso Fernandez Benitez.
D. Manuel Loreto.
D. José Loreto de la Torre.
D. Domingo Cierto.
Dr. D. José Francisco Cebrian
Dr. D. Antonio Cabrera.
D. Juan de Madrid Dávila.
D. Francisco Fontela.
D. Damian de Goñi.
D. Luis Vargas.
D. Juan Lorenzo de Argüelles.
D. Justo Necochea.
D. Vicente Pasqual.
D. Franciseo Martinez de la Rosa.
D. Antonio Oviedo.
D. Pedro Sorela.
D. Pedro Urquinaona.
D. Juan Celestino Caballero.
D. Francisco Calleja.
D. José Lesaca.
D. Miguel Lobo.
D. José Maria Giove.

D. Dámaso San-Pelayo.
D. Domingo Oneto.
D. Francisco Xavier Isturiz.
D. Manuel de Llera.
D. Tomas de Urrutia.
D. Gerónimo Lobo.
D. Manuel Ferrer.
D. Antonio Vallarino.
D. Juan Antonio Llorente.
D. Felipe Sanclemente y Romero.
D. Miguel de Marron.
D. Matias Jorge de Arcas.
D. José Romero Campo.
D. Ildefonso Ruiz del Rio.
D. José Ramon de Muxica.
D. Luis Landáburu.
D. Juan Bautista Sactone.
D. Martin Belda.
D. José Alvareda.
D. Antonio Pizano.
D. Francisco de Xerez.
D. Liberato Delgado.
D. José Elisaga.
D. Nicolas Brunett.
D. Andres Dargelez.
D. José Francisco de Leceta
D. Francisco Antonio de La-Serna.
D. José Lopez Martinez.
D. José Trasella.
D. Antonio Vignau.
D. Jorge Montañes.
D. Sebastian Peñasco.

D. Juan Segismundo.
D. Lorenzo Rodriguez.
D. Luis Carmen de Leon Sotelo.
D. Gerardo Prichardo.
D. Rafael Merelo y Beynardo.
D. Joaquin Antoñeti.
D. Bartolomé Marfori.
D. Ramon Romero.
D. José Maria Vincenti.
D. Francisco Carmona.
D. José Maria de la Cruz Romero.
D. Juan Antonio de la Cruz Romero.
D. José Tomasi
D. Patricio Iznardi.
D. Juan José Fret.
D. José Pulsiani.
D. Ildefonso Arroyuelo.
D. Ángel de Saavedra.
D. José Tixe Vallarino.
D. Joaquin Escario.
D. Francisco Espejo.
D. Francisco Martel.
D. José Gonzales Martinez.
D. Lúcas Gonzales Martinez.
D. Francisco Sanz.
D. José Antonio Carazo.
D. Isidro de Ángulo.
D. Pablo Sebastian Odero.
D. Tomas Crespo.
D. Joaquin Pulsiani.
D. Juan de Villaran.

D. Pedro de Redondo.
D. Ramon Inarra.
D. José Ugarte.
D. Antonio Toscano.
D. Andres Salazar.
D. Juan Bautista Vea Murguia.
D. Pedro Gutierrez de Otero y Sidro.
D. José Ruiz.
D. Manuel Campana.

PORTUGAL.

Excmo. Sr. Ministro de S. M. B. D. Cárlos Stuart.
Sr. Casamayor.
Sr. Hamilton
Sr. Croft.
Sr. Silva.
Sr. Fitcheu.
Sr. Sampayo.





